



AÑO 9.º

NUM. 102.

LA
ESPAÑA MODERNA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

Director: JOSE LAZARO

JUNIO 1897

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,

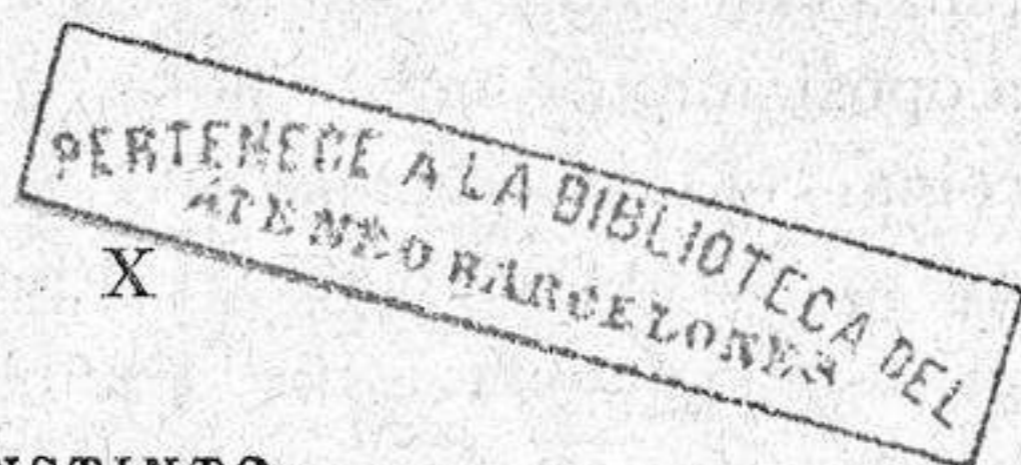
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EL SALUDO DE LAS BRUJAS

(CONCLUSION)



INSTINTO

Contribuyó la presencia del bohemio en la Ercolani á despejar y normalizar la situación de Felipe y Rosario. Desde la llegada de Miraya se había establecido cierto alejamiento: lo que no fuese encontrarse completamente solos, era estar aislados: la interposición de un hombre equivalía á la de una multitud. Y lo que más les apartaba moralmente, no era la persona de Miraya, sino la representada idea, encarnada por el agente de Stereadi. En Miraya tenían que ver el símbolo de su eterna separación—tan próxima, y y que sin embargo parecía una pesadilla.

Viviendo Yalomitsa bajo el techo de Felipe, constaba que á las horas dedicadas á la política, Rosario quedaba acompañada y atendida por alguien adicto y cariñoso, que gozaba fueros de pariente, y que por su humorismo inagotable, era como bufón voluntario, altanero y genial, á quien ninguna ley sujeta, á quien no mueve el interés, y sólo por amistad se presta á espantar ajenas melancolías. Yalomitsa, excluído de los consejos y deliberaciones, “acompañaba” á Rosario, y cada día el cargo daba más que hacer, puesto que cada día estaba Rosario más sola, y mayor número de horas. Ya no era caso desusado el que Felipe y Miraya se pasasen el día en Mónaco ó en Rocabruna, almorzando allí, invitados por Nakusi,

conferenciando después con los personajes dacios, de ambos partidos felipistas. La situación política era muy distinta que al principio. Como la actitud del duque Aurelio había suprimido el obstáculo más temible que la candidatura de Felipe podía encontrar, los dos partidos, casi desligados de su pacto, empezaban á practicar activos manejos para comprometer á Felipe en el sentido de sus miras é intereses: la coalición, nunca muy estable, se había roto. Es el destino de las coaliciones todas: formadas por la necesidad de aplastar á un enemigo común, se desbaratan el día en que esta necesidad desaparece. Habiendo renunciado el duque Aurelio á sus pretensiones, más enfermo y decaído el rey á cada instante, ya Felipe no hallaba oposición; y á no ser por la sorda pero iracunda resistencia de la reina, celosa hasta más allá de la tumba, no faltaba quien creyese que era posible llamar á Felipe María en vida de su padre, para que éste sancionase libre y públicamente la transmisión de la corona. ¡Sí: á no ser por aquel rencor de una mujer constante en guardarlo y acariciarlo como se acaricia la hoja lisa de un puñal—rencor que no aplacaban el transcurso del tiempo ni la proximidad de la muerte—Felipe podría ya entrar en triunfo, aclamado príncipe heredero, en lo que había de ser su reino! Pero mientras tanto—y aun cuando hubiese que aguardar la procesión de los sucesos, esa procesión que lo trae todo, las horas de triunfo y las de derrota, las de embriaguez y las de desaliento, las supremas y las últimas—los partidos, mirándose ya con desconfianza, temerosos del porvenir, se empeñaban en asegurar la presa de antemano. Los liberales y Stereadi llevaban la mejor parte, porque tenían cerca de Felipe á su representante Miraya; pero los del partido antiguo, y el duque de Moldau á su cabeza, no dejaban de confiar en Nakusi, que si bien distaba mucho de poseer la inteligencia y el pico de oro del periodista, tenía sobre él la superioridad de la educación y del nacimiento, y en su carácter un sesgo caballeresco, entusiasta y varonil, que se había captado la simpatía del jóven príncipe.

Cabildeos y gestiones, intrigas y esperanzas ya sazoadas, se traducían en movimiento, en una ausencia casi continua de la Ercolani, que ya era para Felipe María una especie de apeadero, donde descansaba antes de asistir á nuevos conciliábulos y de dejarse ver, solicitar y halagar por sus partidarios, nunca saciados de su presencia en los primeros instantes, luna de miel del entu-

siasmo y la adhesión. Hoy era un viejo general cubierto de heridas, compañero del duque de Moldau, que solicitaba el alto honor de sentar á su mesa al príncipe; mañana una hermosa patricia, ornamento de la corte de Vlasta — una futura dama de honor de la futura reina de Dacia — que organizaba en los jardines de su villa un concierto ó baile, pretexto para que desfilase ante el príncipe lo más lucido de la colonia. Y Felipe andaba de zeca en meca, en continua exhibición, oyendo el rumor halagüeño que se alzaba á su paso, y recogiendo, mezcladas con sinceras y vehementes pruebas de amor, las prematuras y enervantes auras de la adulación y la interesada bajeza. Eran anticipadas emociones del reinar las que saboreaba Felipe, y se le subían al cerebro como los vahos de un licor emponzoñado, como bocanada de opio que embarga la razón y la voluntad.

Entre sus aduladores más declarados y solícitos, contábase aquel conde de Nordis, agente y mano derecha del duque Aurelio, — el mismo que en París había preparado secretamente la campaña de *La Actualidad* y enseñado á Viodal una estocada pérfida, que sólo por casualidad no envió á Felipe á contarlo al otro mundo. — No eran antecedentes para que Nordis fuese acogido con agrado, y efectivamente, Felipe, en dos ó tres ocasiones señaladas, recibió las humildes protestas de Nordis con rostro grave y displicente. Miraya, partidario de los moldes anchos y conciliadores de Steradi, hubiese aconsejado una dirección de tolerancia, desconfiada en el fondo; pero el conde de Nakusi, cuyo ascendiente en el ánimo de Felipe era cada día mayor, sentía por Nordis una repulsión física, invencible. “Podré creer — decía — en la sumisión y en la renuncia del duque Aurelio, que está dando á todos sus partidarios la consigna de adherirse á la causa del príncipe Felipe; pero ¡jamás! ¡jamás! tragaré al Nordis, ni menos á sus adláteres Jegarsa el trapacero y Prunkay el espadachín. ¿Quiere saber vuestra Alteza — añadía con calor — la verdadera causa de que la gente honrada y noble del país se horrorizase ante la contingencia del advenimiento del duque Aurelio al trono? No era otra sino su.... su indulgencia hacia estos tipos sospechosos. Pedimos águilas y leones; no nos gustan los cuervos ni los buitres. No hemos olvidado que el duque Aurelio es un valiente, un gran capitán; pero nos parece que no ha debido consentir ciertas cosas..... Se refieren episodios de la guerra

que erizan los cabellos..... Hay historias de mujeres atadas á un cañón, desnudas, en presencia de sus padres y esposos; de niños ensartados con los sables; de prisioneros con las orejas cortadas..... ¡hasta de rescates por dinero! A mi tío el duque de Moldau no le agrada que se hable de eso..... Cree que si tales cosas son verdad deben callarse, y si son calumnias, con mayor razón..... Calumnias serán; tal vez el gran duque, obligado á hacer la guerra con tropas indómitas y feroces, no haya podido contenerlas, y ahora se le achacan á él las atrocidades de sus soldados.....”

—Eso es lo más probable—observaba Felipe.—En todas las guerras pueden registrarse hechos análogos; si un caudillo es valiente, se le moteja de sanguinario y cruel.

—Cierto —asentía Nakusi; pero con el instinto de sencilla rectitud, que era la única ley de su inteligencia, añadía inmediatamente:—Mas, si eso no fué culpa del duque Aurelio, ¿á qué rodearse de gentuza como Nordis, como Jegarsa el falsario, comprometido en los negocios más turbios, hasta en el de la quiebra de cierta casa de banca judía, quiebra escandalosa, que nadie creyó, y que le costó al Estado varios millones; ó como Prunkay, que se vale de golpes ilícitos en los duelos? Quien es honrado — declaraba Nakusi echando atrás la cabeza con desdén—mal hace en proteger á los canallas: él no los rehabilita, y ellos, en cambio, le desprestigian y manchan. Ahí tiene vuestra Alteza á Nordis. De este no sabemos nada concreto, pero lo sospechamos todo; no conocemos su origen ni su familia; de lo que estamos seguros es de que no conviene jugar con él, y yo, no hace dos días, me he separado de una mesa de *whist*, porque ví que le hacían lugar..... ¡Y á este hombre, dándonos á toda la nobleza de Dacia un bofetón en el rostro, se le otorga un título, se le inscribe en nuestro libro venerable! ¡Por eso, señor—añadió el joven conde de Nakusi con altanero brío,—por eso y por otras cosas que duelen en el alma á todo patriota, más de un “antiguo” de Dacia ha abrazado la causa de vuestra Alteza, y está dispuesto á dar por ella, si necesario fuese, sangre y vida!

Cuando Nakusi hablaba así, Felipe María le miraba con interés vivísimo. La naturaleza de Felipe María era más intelectual que otra cosa, y su físico el de un hombre nervioso, impulsivo y variable. En cambio el conde Nakusi ofrecía el tipo de una raza militar y aristocrática á la vez, y sobre todo, enérgica, con su alta

estatura, su ancho pecho, su cintura quebrada, su cara de un moreno sano y sanguíneo, su boca sana y de firme dibujo, su aguilena nariz y su mostacho castaño y retorcido. Seguramente en tal hombre no había afinación cerebral; sus raciocinios no eran profundos, pero sí justos y derechos, y su instinto, su primer movimiento, fruto de una voluntad entera y guiada siempre por la dignidad y el culto del honor, no podía engañarle. Sintióse Felipe lleno de confianza en Nakusi, y apoyando su mano en el hombro del mozo, preguntó afectuosamente:

—Usted, en mi caso, ¿recelaría algo de la presencia de Nordis?

—Sí, señor—contestó con fuerza Nakusi.— Tanto recelaría, que librárame Dios de aceptar nunca una taza de té que él me brindase. Vuestra Alteza tiene más entendimiento que todos; pero yo, lealmente, no debo ocultar mis recelos. No me ha mentido nunca el corazón cuando escucho su voz..... Guarde bien vuestra Alteza su augusta persona! ¡A ese hombre con quien no he querido jugar, le creo capaz de todo! ¡De todo lo malo!

Felipe María calló. No le agradaba manifestar hasta qué punto le impresionaban los augurios de Nakusi, por no parecer pusilánime, defecto que él sabía que no se perdona á los reyes, ni á los que á serlo aspiran; y además, aquello no era pusilanimidad, como no lo es en quien camina de noche y á obscuras estremecerse si ve brillar unos ojos en la sombra. No podía olvidar que Miraya—y no por instinto, sino por raciocinio—había demostrado también una extraña aprensión al saber la venida y la aparente adhesión de Nordis á la causa de Felipe; y dominándose, con la fuerza de voluntad que sabía desplegar en casos como aquel, nuevamente murmuró, cual reflexionando:

—Pero si Nordis se atreve á intentar algo contra mí, ¿no será por iniciativa propia? ¿Tendrá instrucciones?.....

Nakusi bajó la cabeza, no se atrevía á formular una acusación directa contra el gran duque, al fin el hermano del rey, el valeroso caudillo, el veterano.....

—¡Sólo mi tío..... ó la reina!—prosiguió Felipe sonriendo, para animar á su interlocutor.

—¡La reina es una señora cristiana!—contestó lacónicamente Nakusi.

—Entonces.....

—Guárdese bien vuestra Alteza, señor — repitió el sobrino de Moldau.—Los grandes tienen la desgracia de que á veces les sirven..., hasta el crimen, aunque ellos no exijan tal servicio. El duque Aurelio de cierto no ordenará una infamia, pero Nordis es capaz de adelantarse hasta al pensamiento.... Guárdese bien vuestra Alteza — insistió con empeño, cruzando las manos.

XI

MÁS RECELOS

De las virtudes requeridas para el papel que iba á desempeñar, tenía Felipe, en grado más eminente, el valor; y, sin embargo, las indicaciones de Nakusi le hicieron sentir ese primer escalofrío inevitable, que causa hasta en el hombre más entero el peligro vago y sin forma, imposible de prever, y, por consiguiente, de evitar. La impresión fué rápida; la duración del escalofrío, corta y sin influencia depresiva. Con un desdén que tenía líneas de belleza olímpica y majestuosa, Felipe resolvió conjurar ese fantasma del miedo que se alza sangriento y lívido ante las testas coronadas. Para contribuir á disipar esa preocupación de un orden inferior, aunque tan humano, tenía Felipe otra muy honda y persistente: Rosario y su suerte. A medida que se acercaba el día de romper aquel lazo, más apretado de lo que sospechaba él mismo, el alma de Felipe se sentía invadida de sorda angustia, parecida al remordimiento. La desdicha más grande del hombre moderno, es ser á la vez egoísta y sensible: lo bastante egoísta para ceder á sus pasiones, lo bastante sensible para sufrir al presenciar el estrago causado por ellas en el ajeno destino. Por ser interior y cuidadosamente oculta, la lucha de Felipe no era menos violenta, ni menor su desasosiego. A decir verdad, no puede llamarse *lucha* aquel estado especialísimo: existe lucha propiamente dicha, cuando la voluntad fluctúa entre dos soluciones; y Felipe no fluctuaba: comprendía—en esos momentos de lucidez que acompañan á las crisis supremas—que estaba resuelto; que lo había estado desde el día y hora

en que los enviados de Dacia llamaron á su puerta y le saludaron con el nombre de *rey*..... Todos sus actos, á partir de aquel instante, habían sido inspirados y dictados por la volición—inconsciente al principio, y hasta envuelta en repugnancias y negativas semejantes á las de la mujer que rehusa el amor deseándolo en secreto con todas las fuerzas de su alma—al fin explícita, desbordada como torrente que todo lo arrebatara. No fluctuaba, pero sufría, y tal vez sufría más al reconocer que no fluctuaba siquiera; que la conciencia de su divina felicidad al lado de Rosario, no era suficiente para quitarle el afán de correr á otra vida cuyos riesgos y amarguras presentía. Y no fluctuaba, á pesar de ver con intuición clara y aguda, que lo que dejaba atrás, lo que sólo había disfrutado poco tiempo, era la bienaventuranza, y lo que buscaba algo incierto y triste, cuyo peso de antemano sentía sobre los hombros, cuyo azoramiento ya le hacía latir de inquietud las sienes y el corazón.

La consecuencia fatal de estados del alma semejantes al de Felipe, es que impulsan á la resolución inmediata, la cual, sólo por ser resolución, tiene la virtud de sosegar, siquiera un momento, el espíritu. “El mal paso andar lo pronto,”—dicen para sí todos los que se ven en casos análogos—el condenado á muerte, que ansía llegar cuanto antes al lugar del suplicio; el enfermo, que desea la cruenta operación; el hierro registrando sus entrañas; la mujer en cinta, que, con vértigo indefinible, espía la llegada del primer dolor. Felipe, más hondamente afectado de lo que creía él mismo, revelaba este anhelo en una de sus conversaciones íntimas con Miraya,—porque la rectitud y lealtad de Nakusi, su otro confidente adictísimo, le hubiese estorbado un poco para descubrir sentimientos complejos, nada francos ni nobles, y en que entraba algo que un espíritu caballeresco reprobaría tal vez en voz alta,—ó en voz baja, que aún sería peor.....

—Comprendo—dijo al periodista Felipe—que es insostenible nuestra situación, y quisiera terminarla en un sentido ó en otro. He detestado siempre las posiciones falsas, y me parece la mía tan anómala.....

—La señorita Rosario—respondió Miraya, envalentonado por la confianza y atreviéndose á pronunciar un nombre que rara vez resonaba en aquellos diálogos del príncipe y el consejero—no ha

podido presentarse mejor, y la causa de Dacia no tiene amiga más sincera. Comprenderá, pues, á maravilla el estado de las cosas, y ella misma incitará á vuestra Alteza á adoptar una medida..... que..... efectivamente..... ya tiene carácter urgentísimo.

Felipe María guardó silencio un instante, pero sus ojos, oscurecidos y dilatados, interrogaban.

— Sé lo que digo, señor..... — insistió Miraya eficazmente. — Noticias tengo, y frescas: de esta mañana misma. Los astros parece que se han puesto en conjunción para favorecer á vuestra Alteza. A la adhesión del duque Aurelio..... que á la verdad, me había parecido sospechosa..... tenemos que sumar otra..... más sorprendente, mucho más, y de una importancia tan extraordinaria, que apenas me atrevería á darle crédito, si no viniese la nueva por conducto bien fidedigno..... ¡La reina, señor! ¡La misma reina transige ya con la candidatura de vuestra Alteza, y no se opone á que antes de..... de los últimos momentos del rey..... sea vuestra Alteza reconocido oficialmente!

— ¡La reina! — repitió asombrado Felipe.

— ¡La reina! A decir verdad, ya teníamos barruntos de esta gran victoria, la victoria decisiva y capital. Ha andado aquí la mano de un apóstol, de un misionero y de un santo: el arzobispo de Vlasta. Hemos tenido la suerte de tropezar con una señora piadosa, y apelando á su conciencia.....

Mientras Felipe, nervioso, se levantaba y, midiendo á pasos agitados el aposento, echaba bocanadas de humo de cigarro, Miraya continuó, irritando su deseo y exaltándolo hasta el paroxismo:

— El arzobispo de Vlasta ha conseguido el triunfo, y ya la reina no tiene más que un baluarte donde se parapeta: la..... situación de vuestra Alteza, que también el prelado considera escandalosa! El día en que vuestra Alteza dé el ejemplo de una separación..... que tranquilice las conciencias..... la reina dará á su vez el de sacrificarse por la paz y por la gloria del reino de Dacia..... y estará dispuesta á besar en la frente al príncipe heredero..... y á..... á llamarse su madre. ¡Su madre! ¡Así, así, como suena!

— Sebastí — declaró Felipe deteniéndose y frunciendo el ceño — aquí estamos solos y hablamos como hombres. Nada me importan los escrúpulos y las aprensiones de la reina y del arzobispo, y si le dijese á usted otra cosa, usted no lo creería..... Pero ya, en el caso

en que me encuentre, una determinación se impone. Busquemos medio de que lo inevitable resulte menos doloroso.

—De eso se trata— aprobó el periodista, respirando á gusto al desembarazarse de lo que él allá por dentro llamaba *tiquis miquis* de la conciencia.—En primer lugar, es preciso que la señorita Rosario no carezca de recursos jamás.

—Toda mi fortuna personal será suya por donación—contestó precipitadamente Felipe.

—Es naturalísimo! Aunque algo mermada la hacienda de vuestra Alteza, basta para que una señora viva con holgura y comodidad.

—He pensado, además—prosiguió Felipe— arrendar la Ercolani por dos ó tres años, á fin de que Rosario permanezca aquí.....

—¡Magnífico! La Ercolani es un retiro digno de una elevada dama.... Pero, si bien todo eso es muy conveniente y necesario y deja á vuestra Alteza en el lugar en que no podía menos de quedar siempre, lo creo de..... de secundaria importancia al lado de.... otras cosas que..... en el momento presente..... que ya.....

—¡Sí, sí, entiendo!—murmuró Felipe, reprimiéndose y pasando sin querer la mano por la sien, donde un ligero sudor rezumaba.

—¡Vuestra Alteza adivina! Es de la mayor urgencia, es cuestión de días ya. Aparte de que la reina está pendiente de las resoluciones de vuestra Alteza, hay un motivo para que se precipiten los sucesos. La familia de Albania llega á Mónaco á fines de la semana..... Es decir, el príncipe no llega: vienen solamente la princesa, con la heredera Dorotea Electa,—*Electa de Dios*, según la llaman en Dacia.....—y con la hermanita menor Clementina Margarita, que es un ángel. No es posible que vuestra Alteza les haga la visita que esperan, sin que antes.....

Hubo otro momento de silencio. En ocasiones análogas, Felipe, convencido y subyugado, acostumbraba sin embargo no acceder de buenas á primeras. Era una manera de salvar su dignidad.

—Se pensará en eso, Sebasti—dijo al fin.—Lo que necesitamos—añadió agarrándose, como suele hacerse en tales momentos, á una insignificante circunstancia que disimulase más graves cavilaciones—es un cochero que sepa su obligación. Echo de menos á Esteban, y no me determino á enganchar uno de los troncos buenos, porque prefiero que se estén en la cuadra á meterlos en manos pecado-

ras. Y si llega el caso de hacer alguna visita..... de cumplido..... de ceremonia..... no he de presentarme con las jaquillas de diario. Además, esos animales se están resabiando. El tronco flor de romero es una pareja de fieras. Anoche quisieron soltarse, morderse, pelearse, y armaron un estrépito infernal.

—He previsto el caso—respondió Miraya, demostrando cortésana solicitud.—He encargado á Múnaco un cochero como debe ser el de vuestra Alteza, y ya me han hablado de uno excelente,—y dacio, por más señas, pero que lleva cinco años sirviendo en París.—Sólo que quiero informarme mejor. Todo cuidado es poco tratándose de la servidumbre de un príncipe que tiene enemigos....

—¡Enemigos! Nakusi es también un medroso como usted,—dijo serenamente Felipe, que ya se había rehecho y cultivaba la estética de los reyes, el desdén del peligro.

—Conviene avisparse—respondió meditabundo Miraya.—Hay moros en la costa, y he visto revolotear pájaros de mal agüero..... La transacción del duque Aurelio no me pasa á mí de aquí—y Miraya se llevó á la garganta las manos.—Se me figura que me daba menos aprensión cuando nos hacía la guerra sin rebozo..... Temo á los griegos hasta en sus dádivas..... Nuestro insigne Stereadi ha querido imponerme sus convicciones optimistas, pero, no lo puedo rediar, del gavilán no se fían á dos por tres las palomas.... ¿Qué hacen en Múnaco ciertos personajes? Es particular que nos hayan cobrado tanto cariño, que nos sigan á donde quiera que vayamos. Yo ruego á vuestra Alteza que, por si acaso, no salga solo nunca, y, sobre todo, que evite á los espadachines de la casta de ese Prunkay, que andan siempre buscando quimera. No he olvidado la estocada de Viodal: aquello fué un aviso. El día en que vuestra Alteza haya asegurado, por un legítimo matrimonio, la sucesión al trono, se me quitará el miedo. De rodillas le ruego á vuestra Alteza que piense en todo lo que le digo..... Asegurar la sucesión..... Ese es su deber y su interés.....

—Bien; Miraya..... Yo sé lo que debo hacer—contestó régiamente Felipe.

XII

EMIGRA LA GOLONDRINA

Como una fatalidad, impúsose á Felipe la precisión de dejar cuanto antes la Ercolani, de desatar el nudo de la convivencia. Y, al advertir en sí este impulso que parecía, como dirían los antiguos, obra de un numen, Felipe notaba á la vez una especie de ardor fúnebre y malsano por la mujer á quien se disponía á abandonar. Si los arrebatados transportes, si ciertas vehemencias furiosas probasen algo más que la eterna contradicción que reside en el corazón del hombre, Rosario pudo creer, aquellos últimos días, que había reaparecido, llena y radiante, la luna de miel. Renováronse los paseos al bosque después de almorzar; á las horas de la siesta el templete y el bosquecillo acogieron otra vez el grupo inseparable de los primeros días, y de noche, la falúa recibió en sus pilas de almohadones el cuerpo del enamorado, que rendido al peso de la felicidad recuesta la cabeza para soñar plácidas visiones que se alzan de las olas, surcadas dulcemente por la embarcación, y heridas por el cadencioso batir del remo. Buscaba Felipe, en aquella embriaguez, una tregua, un instante de olvido, y con la avidez del que apura las últimas gotas del bebedizo, alzaba la copa de oro antes de dejarla rodar al fondo de las olas, como el rey de la balada— otro rey que también sufría.

Rosario se prestaba al juego. Acaso ella también quería aturdirse para no sentir el dolor. Tal vez, en su aquiescencia, en su complicidad, se ocultase la terca esperanza que nunca muere en los corazones verdaderamente apasionados; ó tal vez fuese aquella una peregrina forma de su constante abnegación.

Seguro ya de su victoria, Miraya, con la habilidad diplomática de siempre, dejaba el campo libre, respetaba el epílogo. Como en Mónaco echasen de menos á Felipe María sus amigos y partidarios, el periodista se encargó de explicar el hecho del modo más

grato á los acérrimos felipistas: era que el príncipe, llegado el momento de dejar definitivamente la Ercolani y de instalarse en Mónaco para cortejar á la princesa de Albania, necesitaba arreglar mil asuntos, y estaba consagrado á ese trabajo enojoso, pero indispensable. Cundía la noticia: el príncipe se prestaba á todos los deseos de sus leales súbditos; renunciaba á las aspiraciones de su corazón, borraba de un solo rasgo su pasado borrascoso—pasado que, por otra parte, contribuía á darle cierta aureola poética,—y se hacía, por el sacrificio de su amor, digno de la gratitud de la patria. Animoso y firme, no vacilaba: Dacia ante todo. Y los hombres serios y las damas delicadas y pudorosas le aplaudían, le compadecían, le querían más por sus desafíos, sus pasiones y sus luchas morales.

Atento á que ni el menor detalle pudiese comprometer el resultado de una campaña tan felizmente emprendida, Miraya no dejaba cabos sin atar. Había ajustado, en el mejor hotel de Mónaco, un departamento digno del príncipe heredero de Dacia, y buscado cuadras y cocheras donde cupiesen los trenes que debían trasladarse de la Ercolani, preparando así á Felipe instalación propia de su elevada categoría. Ya figuraba entre el servicio el cochero que debía reemplazar á Esteban: era un dacio montañés, de esos que han nacido á caballo, especie de centauro cuyo instinto atávico, perfeccionado por la enseñanza, puede hacer maravillas; y maravillas había hecho en Alejo—así se llamaba el nuevo auriga—la residencia en París y Londres, el continuo roce con caballistas, aficionados y chalanes. Su rostro atezado, duro y enjuto revelaba vigor y resolución, y no había sino verle asir las riendas para conocer que subyugaría al potro más indómito. Al observar una cicatriz que, partiendo de la sien, llegaba á la comisura de la rasurada boca de Alejo, Miraya hubo de preguntarle si había estado en la guerra, pues aquella señal delataba el filo de un arma corva, de las que usan los orientales; pero Alejo negó que hubiese servido jamás, si bien confesó una lucha cuerpo á cuerpo con cierto dálmata que le había cruzado con su sable.

Y mientras Sebasti Miraya ejercía las funciones de aposentador é intendente, ¿qué hacía Gregorio Yalomitsa; cuál era el papel del bohemio en la Ercolani? Un triste papel: el del que no cesa de rabiarse y gruñir. No sólo no cruzaba palabra con Felipe María; no sólo guar-

daba en la mesa un silencio de niño encaprichado, sino que, cuando le era imposible no referirse al dueño de la casa, afectaba llamarle con insistencia "Flaviani." El apellido *Leonato* no existía para él. Y de vez en cuando, en la conversación general, enjaretaba una mortificante alusión á la bailarina, á sus desventuras, á las injusticias cometidas con ella,—á todo lo que era diplomático no mentar; y estos alfilerazos apuraban la paciencia de Felipe, y en Miraya determinaban arrechuchos y desplantes de grosería. Finalmente, tanto extremó la oposición el bohemio, que un día Miraya, llamándole aparte, le significó que en aquella casa no había puesto para él, y que si tenía delicadeza, se iría inmediatamente. Nada contestó Yalomitsa; encogióse de hombros con el más profundo desprecio, y media hora después, prevaliéndose de sus hábitos de familiaridad, entraba en el gabinete de Felipe y se arrellanaba en el canapé.

—Vengo á decirte adiós, Lipe—exclamó chupando su pipa y echando las piernas por cima de los almohadones.—No es porque ese emborronado criado tuyo me haya despedido ¡quíá! es que hace tiempo deseaba yo quitarme de enmedio más que aprisa. Me repugnas, me das náuseas, y no tengo por qué aguantar elasco, cuando puedo en otra parte, pidiendo limosna con mi violín, conservar sano el estómago. Pero desde luego te anuncio que volveré aquí; volveré así que tú hayas vuelto también las espaldas, desamparando á esa mujer que por tí se ha perdido, y á quien no mereces ¡necio! Cuando tú la abandones, ¡Yalomitsa la protegerá! Y ahora, abur; hasta nunca.

Alzó las cejas Felipe, con más impaciencia que cólera.

—Ya veo que no me tomas por lo serio—prosigió el bohemio, después de sacar una densa y apestosa bocanada de humo.—Haces mal, Lipe, haces muy mal. Creo que finges. Si yo te dijese que me voy como si tal cosa, también mentiría. Las raíces del cariño no se arrancan así. He sido amigo de tu pobre madre, de quien has renegado; me he sentado muchos años á su mesa, y todavía creo paladear su vino y comer su pan. Esto no se olvida. Te he visto en la cuna, te he tenido á caballo en esta rodilla horas y horas, me has tirado del pelo, me has arañado con tus manitas; y dejar de quererte me es imposible, ¡como me es imposible dejar de ser artista! Pero desde el día en que te embrujaron..... moriste para mí. Bebiste el filtro, pisaste la mandrágora, y perdiste la [razón. No te

rías, no, que ya sé que esa risa no te sale de dentro. Si estás pensando que aquí hay un loco y que ese loco es Yalomitsa, mira, Felipe, mira que te engañas: no hay más loco que tú. Me das lástima..... Por eso no la emprendo contigo á palos.

—Gregor—murmuró Felipe,—afortunadamente te conozco y te tomo según eres. A hacerte caso..... Miraya te habrá dicho cualquier aspereza. No te ofendas; ya sabes que donde yo esté habrá sitio para tí. No creas que he olvidado á mi madre.....—y al decir esto, la voz de Felipe se veló algún tanto.

Aquella nota de sensibilidad encontró eco inmediatamente en el corazón del bohemio, que exclamó temblando:

—Felipe, tú no eres de piedra. Aún estás á tiempo. Compadécete de Rosario..... y compadécete ¡sobre todo, de tu hijo!

Saltó Felipe en la silla, clavando sus ojos espantados en la cara cobriza del bohemio.

—¡No te entiendo!—murmuró.—¿Qué dices?

—¿Qué digo? La verdad.

—¡Te equivocas, Gregor.....! ¡Rosario..... me hubiese..... enterado á mí!

—O no. El alma que te falta á tí, le sobra á Rosario. No ha querido sujetarte. Te deja á tu albedrío. ¡Ella vale cien veces más que tú!

—Pero..... ¿te hizo confianzas?

—Ninguna. ¿Para qué? ¿Soy yo ciego? Tú estás persuadido de que Gregor es un pobre jilguero, un violín que ríe y que llora..... Gregor lee en el presente y en el porvenir.

Felipe permanecía clavado en la silla, atónito, abrumado por el peso de la noticia tremenda.

—Antes de marchar quise decírtelo, para que conste que lo sabías..... No podrás alegar ignorancia. La verdad; estoy por creer que no lo sabías realmente. Es imposible que las brujas de Macbeth, al saludarte rey, te hayan arrancado el corazón y te hayan puesto en su lugar un guijarro. Felipe, aún puedes romper el maleficio..... Aún puedes volver por tí, por tu honra; aún puedes apaciguar á la sombra de tu madre..... ¿No se te ha aparecido?

Al hablar así, el bohemio avanzaba sobre Felipe, agarrándole del brazo con mano convulsa, y quemándole el rostro con su hálito febril. Sus pupilas negras fascinaban, y ondulaba su melena serpen-

tina, encrespada y electrizada. Felipe retrocedió; no era la primera vez que le estremecía ver de cerca al bohemio irritado, agorero y feroz.

—Oye—dijo éste con una especie de extravío—ya sabes que también soy algo brujo. No es la primera vez, ni la segunda, que sueño que oigo una conversación, y á los pocos días la oigo en efecto, con sus mismas palabras y hasta con los gestos que en sueños ví hacer á los interlocutores. Tú estás seguro de que no miento. Pues por la sepultura de tu madre te juro, Lipe..... que he soñado cosas horribles para tí; cosas que hasta me falta valor para explicarlas. Te he visto tendido, boca arriba, al sol..... y las moscas revoloteaban sobre tu cara y se posaban en tus ojos!

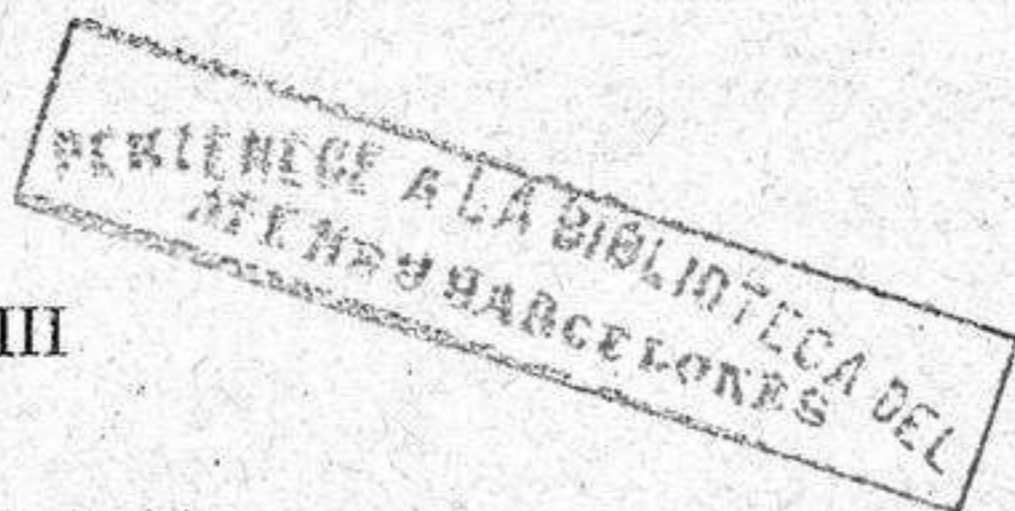
Con trágico ademán, Yalomitsa hundió los dedos en la cabellera y se la mesó, como el que ve efectivamente un horrendo espectáculo. Un gemido ronco brotó de su garganta, y salió corriendo de la habitación, donde quedaba petrificado Felipe.

A la hora del almuerzo, buscaron en vano á Yalomitsa. Se había marchado á pie, con un hatillo al hombro y el violín debajo del brazo, por el camino polvoriento, y ya debía de estar muy lejos de la Ercolani.

XIII

ÚLTIMO PASO

Conviene hacer justicia á Felipe: la cosa en que menos pensó, fué la siniestra predicción del bohemio. Le hizo el caso que haría al chillido lúgubre de ave nocturna, ó al ronco desvariar de enfermo delirante; al cuarto de hora ni se acordaba de ella. Otra idea llenaba su espíritu; otras palabras repercutían sin tregua en su mente. “¡Tu hijo!” había dicho aquel insensato..... ¿Sería verdad? La hipótesis tan sólo bastaba para dictar á Felipe su línea de conducta diametralmente..... No era dable titubear: el deber se presentaba claro y categórico..... ¡No habersele ocurrido antes que pudiese ser así! Contingencia tan natural echaba por tierra las combinaciones de la política y las imposiciones de la historia.....



Miraya salió en el cestito, con orden de recoger al loco de Yalomitsa si conseguía darle alcance, y se hallaron solos Rosario y Felipe, sentados en el sitio predilecto, el templete desde cuyos intercolumnios se veía el golfo y las gentiles escotaduras de la playa. La tarde, calurosa y luminosa, declinaba ya, cuando Felipe se decidió á interpelar á su amiga, del modo más confidencial y tierno.

—No hay nada de eso, nada absolutamente — respondió sin inmutarse la chilena que, sin duda, esperaba la interpelación, y hablaba con voz firme, clara y bien modulada.

—Rosario—dijo Felipe con ahinco y fuerza cariñosa;— piensa lo que respondes, porque de este momento depende nuestro porvenir. He contraído contigo una deuda.....

—Nada me debes, Felipe del alma — murmuró ella, poniendo en tensión la voluntad para contener la pasión que quería romper desatada por los labios.—Nada me debes. Con tu país, con tu nación, sí que tienes deudas de honra, y esas es preciso que las pagues..... cueste lo que cueste, y sea como sea.

—Escucha, Rosario.....— Y Felipe la cogió de las manos, caricia que ella rehuyó sin esquivar, sonriendo; porque su valor, ejercitado ya con la resignación, dispuesto y guardado como un tesoro, acudía entero á fortalecerla en aquella hora de prueba.— Escucha, Rosario..... nena mía, oye, no te apartes. No sé lo que tú pensarás de mí allá en tus adentros; pero reconocerás que, lo mismo en el banco del Jardín de París que ahora en este templete, donde hemos pasado momentos tan celestiales..... yo te he ofrecido siempre.... ser tu marido, serlo gozoso, satisfecho, cuando quieras. No debes dudar de mi palabra.... ¡pero si dudases, mañana mismo, ahora, dentro de media hora!.....

—No dudo, Felipe; — declaró Rosario sin perder su calma heroica. — Has estado y estás pronto á casarte conmigo; tengo que agradecerlo, y te lo agradezco. ¡Tanto te lo agradezco, tanto..... que no acepto, ni aceptaré jamás! Lo repito, lo repetiré mil veces: ¡jamás, aunque se hunda el firmamento!

—¡Jamás! ¡Ah, Rosario..... no son iguales todos los días ni todas las circunstancias, y el que dice “jamás” podrá tener que borrar la palabra en el aire con su aliento!.... ¿Estás hoy tan tranquila al decir ese *jamás*, como estabas ayer, en que te comprometías..... tú, tú sola?

Enmudeció la chilena algún tiempo, y sus pupilas vastas y aterciopeladas expresaron, del modo misterioso que expresa las emociones la pupila humana, una melancolía insondable, sin consuelo ni esperanza. Eran los ojos meridionales de Rosario tan habladores y tan cantores, poseían tal magnetismo, tal irradiación de sentimientos, que, sin alterarse ni moverse el resto de las facciones, ellos solos bastaban para revelar plenamente cuanto pasaba por el espíritu de su dueña. En aquel momento decían, con magnánima serenidad: "Me ofreces lo que sabes que no he de admitir. Tú me conoces..... y conociéndome, entiendes bien lo que tengo dispuesto."

—¿No quieres? ¿No me quieres por tu maridito? ¿Qué, me desairas *también ahora?*—añadió Felipe, con la zalamería involuntariamente felina de que sabía revestir sus halagos, y que determinaba en Rosario la reacción de la ternura, y como consecuencia, la de la abnegación generosa.

—*Ahora* lo mismo que *antes* — pronunció con lentitud y énfasis la chilena. — No ha cambiado la situación ni tanto así. Es decir: ha cambiado: antes tú no habías contraído compromisos con una nación que lo espera todo de tí..... antes no habías aceptado públicamente la sucesión de la corona de Dacia. ¡Podías volverte atrás... aunque no debías! En este mundo todos tenemos obligaciones que cumplir, deberes que llenar sin cobardía..... Unos son agradables y otros crueles..... ¡Y tan crueles!..... Tu deber consiste en *reinar*..... El mío, en no estorbártelo..... ¡al contrario! No creas que procedo así por humildad..... Es por orgullo. ¡Como que soy más soberbia que D. Rodrigo en la horca..... ¡Española al fin, de origen..... y á una española nadie la humilla!.... ¿entiendes? Ve á tu destino, Lipe..... y no te digo que te acuerdes de mí..... ¡porque ya sé que acordar has de acordarte!

El tono de Rosario era decisivo. Transpiraba en élla energía de la resolución irrevocable; y, en efecto, una especie de orgullo exaltado, la arrogancia de la mujer hermosa y grande, de la mujer de precio, tesoro en cuerpo y alma, que no quiere arrostrar desdenes, y prefiere arrancar con sus propias manos valerosas la raíz ya insegura del amor. Este sentimiento, quizás menos noble que otros en que Rosario se inspiraba, pero femenino y natural, provocó en Felipe un arranque de egoísmo feroz, una racha de bárbaros celos prematuros; y anudando los brazos al cuello de Rosa-

rio, boca contra boca, balbuceó sin saber lo que decía, descubriendo el alma:

—Si has de ser para otro, prefiero quedarme y echar á rodar de un puntapie la corona.

Un dolor agudo atravesó el corazón de la chilena: sólo en aquel momento vió patente la diferencia entre la índole de su cariño y la del de Felipe. Sólo en aquel momento lloró sin lágrimas, con una de esas efusiones interiores de llanto que son mortales como las hemorragias internas, el tremendo sacrificio consumado, la honra perdida, la ofensa á Dios, la existencia colmada de afrenta y duelo que la esperaba á ella y,— ¡castigo horrible!—al sér que llevaba en su vientre. “Acepta, cástate con Felipe, no merece tu sacrificio;” murmuró allá en el alma de Rosario una voz burlona y tentadora... Pero la chilena se hizo fuerte otra vez; esgrimió su bien templada voluntad..... y desasiéndose blandamente, dijo sin jactancia, como el que se ofrece á realizar el acto más sencillo del mundo:

—Ve tranquilo. Me considero y me consideraré siempre tuya. No hay para mí porvenir. Mi historia se cierra el día en que tú salgas de aquí, hacia Mónaco..... á pretender..... á tu futura, á *la Electa*.

Felipe se sintió abrumado, aplastado, lleno de confusión. Deseaba sinceramente que Rosario le sujetase y le compeliere á deshacer toda la labor de los últimos meses y de los últimos días. En aquel instante señalado y postrero, conocía las dulzuras victoriosas de la dicha gozada en el paraíso de la Ercolani, y sus labios tenían sed aún, y el licor no se había agotado, ni siquiera se columbraba, al través de su rojo rubí, el fondo de la copa. El presente se revestía ya de la poesía embriagadora del pasado, de lo que no ha de volver nunca..... Y el enigma de aquel seno de mujer, que encerraba la clave de la vida al encerrar quizás la continuación de la raza, acrecentaba el afán de Felipe, atado, enlazado su corazón al de Rosario por mil hilos de piedad, de codicia de los sentidos y de anhelos del corazón.

—¡Haces muy mal en no decirme..... todo!—murmuró.—Estamos á tiempo. Luego que yo salga de aquí..... no podrá repararse el daño. ¡Sé franca! ¡No mientas! ¿Es cierto que tú....?

Y una ojeada y un movimiento significativo completaron la pregunta.

—¡No y no! — insistió Rosario en voz casi dura. — ¡Manías de Gregorio! No existen tales novedades sino en su imaginación. No me preguntes otra vez, porque me haces daño y me enojas. Si en algo me estimas, sigue tu suerte, cumple tu deber. Quien nace al pie del trono, Felipe, no es como los demás hombres: ni puede regirse por la ley general, ni tiene derecho para arreglarse la vida á su modo, olvidando los intereses que representa. Cuando..... entré en tu casa..... ¡bien sabía todo esto! Y sólo entré..... para que tú no lo echases en olvido. Otra mujer aspiraría á perderte: yo me propuse salvarte. Tu dignidad es obra mía, Lipe..... Tengo esta pretensión. En cambio del bien que te hago, te pido un favor: que no te detengas..... que te vayas cuanto antes. Los dos sufrimos mucho en este período..... así..... de incertidumbre, que para nadie es bueno. Un momento de valor..... cerrar los ojos..... y después, la conciencia en paz..... Animo, Lipe..... ¡Todo es el primer instante!

—¿Lo crees tú?.....—interrogó Felipe, abrumado por una fatiga repentina, que atribuía á la pena de separarse de aquella incomparable mujer.—¿Lo crees tú? ¿Y quién te lo asegura, vamos á ver? ¿Qué sabes si creyendo enviarme á la gloria y al triunfo..... me envías.....

No prosiguió, pero ya Rosario suponía haber adivinado. Hay un punto en que jamás se equivoca la mujer si ha vivido algún tiempo en intimidad con un hombre: Rosario conocía los quilates del valor de Felipe María, y no imaginó siquiera que aludiese á ningún riesgo positivo. Rosario había oído hablar de presentimientos, de extrañas corazonadas que nadie sabe de donde vienen; pero más tarde, cuando recordó, entre accesos de desesperación, aquella conversación y otras de los últimos días de su convivencia con Felipe, tuvo que reconocer que el corazón que menos avisa, el corazón menos zahorí, es quizá el más amante..... ¿Cómo pudo ella, la apasionada, la instintiva, responder á la vaga indicación de Felipe estas palabras que los acontecimientos hicieron terribles como una sentencia?

—Te envío á tu lugar en el mundo. Ya es tarde para que desertes. Si no querías, no debiste ir al Casino, no recibir aquella ovación, no fomentar aquellas esperanzas. No se juega con esta clase de cosas, Lipe; y si hoy retrocedieses en el camino emprendido, serías la ignominia de tu estirpe..... No he de permitirlo. No se dirá que á tal vergüenza contribuyó Rosario.

—Quizás.....—exclamó Felipe, más indeciso cuanto más decidida se mostraba Rosario—quizás hagas, sin querer, mi desgracia al rechazarme de tu lado. Voy á hablarte como se habla á Dios, nena, Rosario mía; desde hace unas horas, desde que se ha marchado Gregorio, no sé por qué..... ya comprenderás que no es porque las frases ni las acciones de ese desequilibrado me hagan fuerza..... pero en fin..... ¡acaso expresen algo que yo, sin saberlo, también sentía!..... Mira..... desde esa escena, parece que veo de otra manera la vida que me aguarda.

—Eres voluble, Felipe—murmuró la chilena—y no puedes serlo; ¡tú menos que nadie!

—No es volubilidad. Es..... no sé qué; ¿cómo explicarlo, si yo mismo no lo entiendo? Es una especie de sombra rara, que me quita el sentido. Si fuese supersticioso, superstición le llamaría. Pero, ¿á qué tomarnos el trabajo de buscarle nombres? Debe de ser lo más natural: la dificultad de dejarte. Me creí armado de más valor del que tengo. ¡Hemos sido aquí tan dichosos, Rosario! Lo que me espera ¿valdrá lo que abandono? No lo creo; no cabe en lo humano. Conozco que tienes razón, que es tarde; que estoy ya en tal caso, que no me es lícito retroceder..... Pero se me han caído las alas. ¡Dame ánimos tú, Rosario!

Un movimiento de protesta, casi de indignación, encrespó el noble espíritu de la chilena. Estuvo á punto de perder la paciencia, ó, mejor dicho, la exterioridad paciente que conservaba á tanta costa. ¡Felipe pidiéndole á ella, á la víctima, fuerza, estímulo y consuelo! Pero fijó la mirada en el rostro descolorido de su amante, y su cólera se abatió como la espuma del mar al cubrirla una ola de aceite. Felipe estaba verdaderamente triste; sus ojos, en vez de exhalar los reflejos de otras veces, se cerraban mortecinos; sus labios, ligeramente temblorosos, exhalaban un suspiro hondo que parecía queja tímida y humilde. La enamorada abrió los brazos, y Felipe María cayó en ellos, silencioso, inerte, sin expresar su pena más que con la violenta presión de sus dedos convulsivos, hincados en los hombros de Rosario. Y así permanecieron más de una hora, traspasados, no sabiendo qué decirse. Los dos comprendían que aquello era despedida—verdadera despedida—para siempre.

XIV

DUNSINANIA

Tres ó cuatro días hacía que Miraya, alojado en Mónaco, en el hotel donde estaban preparadas las habitaciones de su Alteza real Felipe María de Leonato, esperaba la llegada de éste, anunciada todas las mañanas por un lacónico billete, y suspendida por otro todas las tardes. El agente del ilustre hombre público Stereadi empezaba á darse al diablo. Aquellos retrasos no le hacían ni pizca de gracia, dígase la verdad. ¡Sí, gracia! Hasta puede asegurarse que le desesperaban, que le sacaban de quicio.—“Qué mala está de arrancar la muela”—decía para sí.—Y chasqueando la lengua contra el cielo de la boca, á estilo de inteligente que paladea un vino delicioso, añadía: “No es milagro. La chilenita vale un Perú. ¡Es una gran mujer, una mujer de oro! Pero me parecía á mí que no había de ponerme dificultades; tenía yo esperanzas de que cumpliera como buena hasta el fin. ¿Será que ahora, en el epílogo.....?”

Discurría así Miraya, á tiempo que acababan de servirle una taza de café, en la terraza del hotel, y un camarero le presentaba, abierto, un cajón de escogidos puros: todo por cuenta del hospedaje del príncipe. Cuando se disponía, rumiando sus preocupaciones, á hacer fiesta á café y cigarros, oyó, á sus espaldas, la voz respetuosa del camarero..... Que estaba allí el señor conde de Nakusi, que quería verle en seguida, y rogaba que pasase el señor al salón.....

—¿Por qué no vendrá aquí? Otro maniático como su ínclito tío el duque—refunfuñó Miraya, rechazando con mal humor la taza llena.—Cualquier bobería.

Apenas hubo entrado el periodista en el gran salón del hotel, en aquel instante solitario, cambió de parecer: la agitación del conde, la precipitación con que se levantó de la butaca y corrió hacia él, lo

entrecortado de su acento, le descubrieron que no se trataba de una nimiedad, de algún almuerzo ó concierto, sino de cosa muy grave.

—¡Stt! Hablemos, pero bajito..... Las paredes oyen en estos malditos hoteles—exclamó Nakusi.—Ahora, ahora mismo, salimos para la Ercolani.....

—¿Pero qué ocurre?—preguntó el periodista con curiosidad.

—Cosas que creo muy serias..... ¡Quizá la vida del príncipe.....!—tartamudeó Nakusi, que podía respirar apenas.

—¿Su vida? ¿Eh? ¿Cómo su vida?

Y Miraya se sentía palidecer y notaba que se le enfriaban las manos.

—Su vida..... Va usted á saber..... He recibido una carta....

—¿De su tío de usted?—preguntó Miraya, reaccionando con descortés ironía.

—No de mi tío, no—contestó el joven oficial, frunciendo el entrecejo, y adoptando, á pesar de lo crítico del momento, un tono de altanería involuntaria.—Del intendente de unas tierras mías, donde son colonos y pastores los padres de Esteban, el que fué cochero de su Alteza hasta hace poco.....

—¿Y eso, qué?—insistió Miraya.

—¡Paciencia! Mi intendente me pide justicia..... Parece que el padre de Esteban apareció cadáver al pie de un muro.....; y que á consecuencia de este suceso, la madre llamó á su hijo.....; Esteban acudió.....

—De mala gana, hay que decir la verdad, porque [no quería separarse del príncipe.....—advirtió Miraya, que empezaba á entrever confusamente algo extraño.

—De mala gana, en efecto..... Pues bien; Esteban, según mis noticias, también ha sido muerto..... á cuchilladas, en riña, en la feria..... pero, aquí está lo grave: mi intendente cree que el lance fué provocado, y que los tres ó cuatro matones que se encargaron de despachar al pobre cochero, eran conocidos en el país por agentes políticos de..... de los enemigos de nuestra causa!

—¡Del duque Aurelio!—exclamó Miraya con explosión.

—¡No! ¡Eso no puede decirse! ¡Eso no puede creerse!—protestó dolorosamente Nakusi.—El duque no había de ordenar ciertas cosas; ¡es un noble, es un militar, es un héroe!

—¡Tararí!—canturreó con impertinencia el periodista.—Bueno,

quedamos en que no era el duque..... pero lo cierto es que han esca-
bechado á ese pobrecillo de Esteban.... Y ¿con qué objeto.....? ¿Qué
tiene que ver.....?

Como Nakusi, torvo y crispado, callase, Miraya se golpeó la
frente de súbito.

—¡Ah! ¡Adivino! ¡Para meter en casa del príncipe otro cochero!
El conde sacudió enérgicamente la cabeza, echando á Miraya
una ojeada de arriba abajo, desdeñosa y mofadora; y, remachando
el clavo, murmuró:

—Cochero que, por más señas, ha entrado en casa del príncipe á
instigación y por recomendación expresa del Sr. Sebasti Miraya.
Sí, señor; los tontos podremos decir las tonterías; pero es axiomá-
tico que ustedes, los hombres de talento, son quienes las hacen. Sólo
por los ojos zainos que tiene y por aquella cicatriz, no admito yo
á semejante cochero, dándole el puesto de confianza, entregándole
la vida de su Alteza.

—¡Tenía buenos informes!—alegó Miraya, sobrecogido á pesar
de su petulancia y aplomo.

—Informes de su destreza..... que es consumada..... pero no de su
pasado, no de su historia, no de la cicatriz que le cruza el ros-
tro.... ¿No le ha dicho á usted ese bellaco que no había estado en la
guerra nunca? Pues la hizo toda..... ¡oiga usted bien!, ¡como espía! y
le señalaron en la cara por infamarle, habiéndose librado de ser fu-
silado gracias á su audacia y á su coraje..... En fin, no perdamos
tiempo. Vamos los dos en persona, sin dilación, á la Ercolani, y es-
coltemos al príncipe, como es nuestro deber, y purguemos la casa
de ese bandido. Yo no me había atrevido nunca á acercarme á la
Ercolani..... por..... por respeto..... y no sólo por respeto al prínci-
pe..... sino..... á otra persona..... á una señora! Hoy, es distinto. De
cabeza..... Venga usted, ya llega mi coche..... ¿No tiene usted revól-
ver? No estaría demás cogerlo.....

Cuando Miraya se encaminaba á la puerta, dióse de pronto una
palmada en la frente.

—Es inútil ir, conde..... El príncipe debe estar llegando á Mónaco.

—¿Qué dice usted?—gritó Nakusi.

—El billete de ayer decía que si hoy, por la mañana, no se recibía
aviso en contra, á las cuatro de la tarde estaría aquí su Alteza.....
Son las tres y minutos..... Mientras vamos.....

—¡No importa! ¡No importa! ¡Razón de más! Le encontraremos en el camino.....

Y Nakusi bajó corriendo las escaleras, seguido de Miraya, que apenas tuvo tiempo de coger su sombrero, dejado encima de una silla.

Mientras los dos suben al coche y el cochero arrea á los caballos, que salen, no al trote, sino al galope, otro carruaje, un fino faeton inglés de guiar, sin pescante, marcha en sentido contrario por el camino pintoresco que, desde la Ercolani y siguiendo el borde del mar, conduce á Mónaco. Felipe María, desde la misma puerta de la villa, ha entregado las riendas á Alejo, y éste brega por igualar y contener á los dos magníficos y rebeldes potros color flor de romero—un pelo que, según opinión de los inteligentes, denuncia condición falsa y traidora, mientras los alazanes reúnen á la fogosidad la nobleza.—Fijándose sólo en la estampa, el tronco flor de romero era lindísimo. Bajo la claridad del sol, el pelaje de los dos hermosos brutos parecía de seda color rosa pálido, con visos y ondas de plata gris; y sus crines rutilantes, sus delicados remos, sus acopados cascos, sus formas mórbidas, de elegante curvatura, los hacían semejantes á los caballos del sol esculpidos en alto relieve por los artistas de la Hélade. Cualquiera que no tuviese el ánimo tan abrumado de sensaciones como lo tenía en aquel instante Felipe, seguiría con interés la lucha entre el hábil cochero y el tronco, aquel día más que nunca inquieto, impaciente y hasta enfurecido ante el menor obstáculo, pronto á espantarse y encabritarse por todo lo que veía, fuese una piedra blanca, fuese un pescador que atravesaba el camino con sus redes al hombro.

Mas Felipe no atendía á los lances de esta batalla, que otras veces le entretenía mucho. Fijos los ojos en el mar, pero sin ver tampoco su azul planicie, sentía aún en el rostro las últimas caricias de Rosario, caricias que eran lágrimas, huella de fuego, húmeda sin embargo, húmeda y quemante. ¡Nunca más! El aire vivo, rápidamente cortado por la carrera de los caballos, secaba en el rostro del futuro monarca las postreras gotas del llanto del amor, y en su cerebro, ligero y casi vacío, sin ideas, como suele estarlo cuando los pulmones respiran activa y copiosamente, sólo campeaba una percepción fuerte, poderosa, absoluta: “No puedo retroceder, no puedo cejar. Pertenezco á mi suerte. Vamos allá, su-

ceda lo que suceda." Iba, sí, iba á su destino, derecho, con los ojos de la mente vendados, para no ver peligros ni dolores; con los oídos tapados, á fin de no escuchar quejas ni voces lastimeras, de las que al pronunciar un nombre reblandecen el corazón..... Iba decidido, sabiendo de cierto que abandonaba la ventura, convencido de que no le era lícito disfrutarla desde que había sido saludado rey. Como hoja arrastrada por los remolinos del arroyo, su voluntad ya no conocía más dirección que la de la corriente que le impulsaba lejos, lejos de allí, á donde quisiese la fortuna llevarle.....

Dos ó tres veces los caballos se alborotaron, quisieron desmandarse, y Alejo, sombrío y cejijunto, les fustigó las relucientes ancas, por las cuales corrían estremecimientos de cólera, que hacían rielar la sedosa piel. Si Felipe no fuese tan abstraído, notaría algo extraño en las maniobras del cochero: diríase que procuraba inquietar á los animales, con una provocación sorda y continua, de efecto seguro; al par que los refrenaba duramente, á golpecitos reiterados, cada vez más fuertes, recalentándoles la sensible boca, toda bañada en espuma, y haciéndolos temblar á veces de dolor, los irritaba con el latigazo injusto, violento, sin causa. El caballo, animal tan capaz de experimentar corrientes de simpatía, siente también con vehemencia la antipatía, la protesta, el ciego y desesperado arranque contra la tiranía de un amo. Dóciles, aunque sea amaestrados, bajo las riendas de Esteban, los generosos potros se volvían esquivos, reacios y traidores bajo las de Alejo, que parecía gozarse en instigarlos á la rebelión. Según adelantaban por el camino colgado sobre el arrecife, donde podía ser doblemente peligrosa cualquier defensa del tronco, Alejo, en vez de calmarlos con las acciones suaves y conciliadoras de los cocheros prudentes, los excitaba más y más redoblando el castigo y las repentinas sofrenadas. En una huída terrible que dieron de pronto, vióse el ligero tren tan al borde del cantil, que Felipe María, saliendo de su ensimismamiento, no pudo menos de exclamar, maquinalmente:

—¡Eh! Alejo, atención..... Este sitio no es para bromas.

—No hay cuidado, señor.....—respondió el cochero, mirando de soslayo á su amo y conteniendo diestramente al tronco, con movimiento que revelaba tan consumada pericia, que Felipe, tranquilizado, volvió á sepultarse en su absorta contemplación del porvenir. Lo que se desarrollaba ante su imaginación, el panorama de

miles de figuras, que adivinaba soñando, no era el camino cosido como una cinta á la azul faldamenta del mar, sombreado por los copudos pinos de horizontal ramaje, y sobre el cual, algunas veces, blanca paloma, se suspendía una villita aislada y solitaria, parecida desde lejos á la Ercolani. Lo que Felipe María iba *viendo* interiormente eran las olas de la muchedumbre, alborozada y aclamadora; era la vía triunfal, entre gritos de entusiasmo y júbilo; era un palacio de altas techumbres, y, bajo un dosel de seda carmesí, un sillón dorado, rematando en garras leoninas, más elevado que los demás asientos..... Y se veía á sí propio, sentado en aquel sillón, dominando á la multitud, mientras desfilaban ante él, inclinándose, militares de uniforme de gala, mujeres hermosas, descotadas, cubiertas de collares y pedrerías, con luengas colas de raso, orladas de armiño, que al deslizarse sobre la alfombra producían un crujido suave, como el que producen al ser arrancados los pétalos de la rosa.....

Y eran tan vivas, tan insidiosas estas fantasmagorías, que Felipe María salió como de un sueño profundo al oír al cochero jurar sordamente y restallar la fusta, airadamente, una vez más, sobre las grupas nacaradas de los lindos corceles, enroscándola después con silbido de culebra, á su cuello redondo y salpicado de espuma; al advertir que corrían locos, con ese vértigo delirante del caballo que se desboca, y ni atiende ya el látigo, ni á la voz, ni conoce otra ley más que su propio frenesí. Felipe entendió el peligro, y el espacio de un relámpago, un segundo, titubeó entre arrojarse al suelo ó asir las riendas. Pero no tuvo tiempo. Con brusco impulso insensato, desarrollando sobrehumana fuerza y vigor, Alejo volteó hacia la izquierda el tronco, cual se voltea la manilla de un bicicleta, y mientras los dos caballos, empinados, sublimes de actitud, girando en el vacío y azotando el aire con los remos delanteros, relinchando de espanto, acababan por desplomarse acantilado abajo, cayendo á los peñascos y al mar desde una altura de quince metros, y arrastrando como una pluma el coche, Alejo se lanzaba de costado al camino, sobre el cual quedó boca abajo, desvanecido, aturdido con la violencia del golpe.....

Volvió en sí al darle un puntapié Miraya, al triturarle la muñeca con sus dedos de hierro el conde de Nakusi.

—¿Y tu amo?

—¿Y el príncipe, ladrón, infame? ¿Qué has hecho del príncipe?.....

Y Nakusi apoyaba el cañón del revólver en la frente del cochero. Pero éste se incorporó poco á poco, les miró sin temor, de un modo fijo, siniestro, lleno de salvaje indiferencia, hasta que, en el dialecto de su provincia—que era la misma de Nakusi,—respondió friamente, como quien sabe las consecuencias de sus acciones y no las rehuye:

—Allí..... Allí ha caído.

El conde, desesperado, rugiendo, se inclinó sobre el precipicio..... El cuerpo de Felipe María, retenido por los agudos escollos, no había llegado al mar; estaba debajo, á plomo; con la mano les parecía que podían tocar su destrozada cabeza.

EMILIA PARDO BAZÁN.

FIN

PROPAGANDA REGIONAL EN ESPAÑA

REVISIÓN HISTÓRICA HASTA LA EXTINCIÓN DE LA CASA DE AUSTRIA



DEFICIENCIAS DEL DICCIONARIO DE LA LENGUA.
CHISPAZOS SEPARATISTAS

Es muy parco el Diccionario de nuestra Academia en adoptar ciertas palabras generalizadas por el uso y la costumbre, no sólo en el lenguaje vulgar, sino en los escritos de ilustres literatos, incluso algunos inmortales de los que *limpian, fijan y dan esplendor*; y si merece aplauso el propósito de cerrar herméticamente la puerta á nuevos galicismos ó germanismos, dando siempre la preferencia á lo castizo y nacional respecto de lo exótico, tampoco faltan ejemplos de exagerado rigor en la exclusión sistemática de voces necesarias para llenar notorias omisiones del idioma patrio.

Al examinar en la duodécima edición de su obra el sentido de la palabra *nación*, encontramos el extenso vocabulario de *nacional, nacionalidad, nacionalismo y nacionalmente*, como derivados suyos; de *patria*, deduce *patrio, patriota, patrió-*

tico y *patriotismo*; en cambio, después de *región* no aparece más que *regional*, con el apéndice de *regionario*, aplicado á limitados servicios eclesiásticos. Nótese, por tanto, el contraste de que á la par de *nacionalismo*, ó sea «el apego de los naturales de una nación á ella propia y á cuanto le pertenece,» y de *patriotismo* «el amor de la patria,» no se haya dado carta de naturaleza á la de *regionalismo*, como expresión de afectos análogos en favor de una parte de la nación. Así resulta el caso verdaderamente extraño de que falten en el Diccionario voces empleadas por publicistas tan eximios y conocedores del castellano, como Pereda, en el discurso de entrada en la misma Academia de la Lengua.

Al pasar desde la edición undécima á la siguiente, recibió las bendiciones la palabra *separatista*, «el que trabaja y conspira para que un territorio ó colonia se emancipe de la Metrópoli,» pero no así la de *separatismo*, á pesar de su empleo frecuente en periódicos y revistas. Entre las acabadas en *ismo* ocurre lo propio con las de *salvajismo*, *catalanismo*, *proteccionismo*, *particularismo*, *feminismo*, *altruismo* y *misoneismo*; de las que terminan en *ista* faltan también *nacionalista*, *catalanista* y *regionalista*, y tampoco se encuentran en sus columnas *secesión* y *repatriación*, muy repetidas en la prensa periódica. Llamamos la atención del hecho, sin entrar á discutir las que debieran adoptarse en nuestro idioma.

En el repertorio técnico y artístico se muestra preponderante la influencia francesa, siendo muy raro el escritor que pone *relevado* en vez de *repujado*, ni arte de la *decoración*, «adorno ó lustre,» ó bien *del decoro*, «parte de la arquitectura que enseña á dar á los edificios el aspecto y propiedad que les corresponde según sus destinos,» generalizándose ya el título exótico de *Artes decorativas* adoptado por el *Centro* organizado en Barcelona para fomentar su progreso, y sancionado por la *Gaceta* en el reciente Real decreto de convocatoria para la Exposición de Bellas Artes de Madrid. La nube de galicismos es muy densa en asuntos administrativos y técnicos: se escribe

indebidamente *comité*, en vez de comisión; *financiero*, por rentístico; *finanza*, anticuado de fianza, en sentido equivalente á la palabra anterior; general *en jefe*, por general jefe; máquina á expansión, en vez de máquina *de* expansión; *gabarit*, por gálibo; *ajustaje*, en lugar de ajuste; *etiqueta*, por rótulo; *eclise*, por placa, sin contar otras muchas comprendidas en la Gramática de la Real Academia y en los Diccionarios de galicismos.

Obedece esta digresión á nuestro deseo de que la docta Corporación mantenga la pureza de la hermosa lengua castellana, rechazando las voces extranjeras que tengan aquí su equivalente, pero sin oponerse por esto á enriquecer el caudal de palabras con todas aquellas que el desarrollo universal de los estudios políticos, sociales, jurídicos, técnicos, filológicos y artísticos obliga á usar, si no hemos de quedar divorciados del movimiento progresivo de otros países, ú obligados al empleo de giros complicados y de repeticiones por carecer de un arsenal bien provisto para tan variado linaje de asuntos.

Discurriendo acerca de la política más adecuada para las Islas Filipinas, ha dicho recientemente D. F. Maldonado Macanáz: «que entre las muchas causas del extraordinario desarrollo de la planta parásita del separatismo en las colonias españolas consiste, una de las principales, en el funesto prurito de detracción de todo lo propio de que estamos poseídos hoy día los españoles». Otros escritores extranjeros y nacionales han atribuído las revueltas incesantes y la perenne discordia en que ha transcurrido para España la actual centuria—formando una excepción en el continente europeo—al secreto de la fuerza de los guerrilleros para combatir á los ejércitos mejor organizados demostrado en la guerra de la Independencia.

No vamos á hacer esta disquisición, que nos apartaría de nuestro objeto, limitándonos á recordar los largos períodos de convulsiones que atravesaron las naciones más adelantadas hasta alcanzar, con el arraigo de un concepto elevado del patriotismo, del espíritu de tolerancia y el desarrollo de los in-

tereses materiales, el sosiego y la estabilidad necesarias para realizar con serenidad y confianza la obra de su progresivo enaltecimiento; ¡con qué satisfacción publican libros como el titulado *Fifty years of National Progress*, presentando estadísticas elocuentes y cuadros gráficos de los vertiginosos adelantos del Reino Unido durante medio siglo en su población, comercio, industria, instrucción pública y aun en el don máspreciado de tejas abajo, que es el de la salud de sus habitantes! En cambio, á nadie se le ocurre en España trazar un croquis semejante — aunque en esfera más modesta — de las mejoras nada despreciables alcanzadas desde el término de la primera guerra civil, prevaleciendo por regla general el afán de denigrar todo lo nacional, ora sea con razón ó sin ella, en mengua del espíritu patrio, al que á fuerza de contrariedades y desdichas se le ha ido apagando aquel aliento juvenil y vigoroso comunicado por los Reyes Católicos, que hizo á los españoles del siglo de oro capaces de las más arriscadas y legendarias empresas.

La extremada división de los partidos políticos, no sólo en sus tendencias, sino en lo más fundamental, ó sea la forma de Gobierno, constituye una causa de debilidad que sólo curará el transcurso del tiempo, como ha sucedido en los países venturosos que traspasaron los linderos del período revolucionario. No obstante, disfrutábamos desde la restauración de un lapso de paz al estallar las formidables insurrecciones de las provincias ultramarinas creando á la Metrópoli una de las crisis más agudas de su agitada historia. Por fortuna, toca á su término la rebelión tagala, pero la cubana ofrece un aspecto pavoroso, cualquiera que sea el desenvolvimiento futuro de los sucesos, ora se prolongue la guerra ó se llegue á una paz onerosa, dándose el caso insólito, entre las naciones colonizadoras, de una potencia enflaquecida y esquilmada en aras de su misma hijuela. Y para recargar las tintas del siniestro cuadro de nuestras desventuras, no han faltado alarmas, — al parecer infundadas — de trastornos intestinos, brotando también

en tan azarosas circunstancias algunas semillas separatistas dentro de la madre patria.

Se ha exagerado la importancia de estas dañinas manifestaciones, por confundir el movimiento regional, bastante acentuado en varias comarcas españolas, con la tendencia á la disgregación, que afortunadamente alcanza insignificante desarrollo, viniendo á demostrar la marcada diferencia entre los estrechos vínculos nacionales, bien arraigados y sólidos dentro de las fronteras metropolitanas, y el afán emancipador de las colonias principales, unidas á su matriz con lazos más flojos y de carácter movedizo, salvo honrosas excepciones.

A desvanecer la alarma producida por los chispazos llamados *nacionalistas* en el novísimo lenguaje, y á bosquejar el estado de la propaganda regional en diversas comarcas del reino, se encamina este rápido estudio, que exige como preliminar una breve ojeada histórica relativa á los orígenes de tales manifestaciones, derivadas de los rasgos típicos y peculiares de los diversos territorios enclavados en la Península ibérica.

II

CARÁCTER HETEROGÉNEO DE LOS ANTIGUOS ESPAÑOLES

Los gobernantes españoles, antiguos y modernos, han incurrido en un error al tratar de introducir en la Península el sistema unitario perfecto, moldeado á la francesa, por no acomodarse á nuestras tradiciones históricas, ni á la acentuada diversidad de matices entre las regiones españolas. Fué tan rápido el desplome del imperio visigótico, como lenta y trabajosa la expulsión de los musulimes y la obra de reconstituir sobre sus escombros los reinos cristianos, por efecto de sus continuas discordias, de su escaso escrúpulo en aliarse con los

moros para hacer la guerra á los príncipes de su misma religión, y de las frecuentes divisiones de los Estados que disponían los reyes entre sus hijos cuando se avecinaba su fallecimiento.

Las nacionalidades, formadas trabajosamente en largos períodos de conquista ó por entronques de las familias soberanas, se deshacían por ensalmo, volviendo los reinos al antiguo fraccionamiento, y á esto se agregaban los amplios fueros municipales, que convertían en autónomas á no pocas ciudades. El enlace de los Reyes Católicos y sus elevadas dotes de gobierno elevaron á España al rango de nación preeminente, y con la toma de Granada y la conquista de Navarra, se pusieron los cimientos para constituir más adelante un reino solo y unido. Pero los pueblos se avenían á tales innovaciones con la condición precisa de que les respetasen los reyes todos los fueros, privilegios, franquezas, usos y costumbres, consignados en sus viejas Constituciones, así como la facultad de reunir Cortes ó Juntas en los diversos Estados de la monarquía para dictar sus leyes propias; y cuando Felipe II se apoderó de Portugal no hizo más que incorporar un nuevo territorio á la Confederación española, pero manteniéndola escrupulosamente su régimen privativo.

Al juzgar de la diferencia esencial entre la organización política de la Península durante la casa de Austria y la predominante á la sazón en otras potencias, conviene conocer la opinión de los extranjeros, por hallarse en mejores condiciones para apreciar las divergencias principales entre los diversos sistemas de gobierno.

El embajador veneciano, cerca del emperador Carlos V, Micer Andrés Navajero, al ponderar en su viaje del año 1524 la hermosa ciudad de Barcelona, sus frondosos jardines y sus cómodas casas, añadía: «Tienen los catalanes tantos privilegios, que es muy poco lo que el rey puede mandarles.» El historiador francés Weis, decía, al comparar Francia, Inglaterra y España en los siglos XV y XVI, que presentaban una tenden-

cia común á crear intereses generales, destruyendo el espíritu de localidad; pero las dos primeras llegaron pronto á esa poderosa unidad con Francisco I y Enrique VIII, mientras las diversas provincias españolas *se acordaban demasiado de haber sido reinos independientes*. La individualidad fuerte y vigorosa de los pueblos de la Península les hacía poco aptos para un régimen homogéneo, y á pesar de la mano de hierro de Felipe II, puede decirse, sin exageración, *que habia en España seis naciones diferentes* (1).

No podía ser grata á los reyes absolutos la conservación de un régimen que ponía tantas trabas al ejercicio ilimitado de su autoridad, obligándoles además á constantes peregrinaciones para solicitar de las Cortes los subsidios destinados á sostener los gastos comunes del Estado, y convencidos de que tal cúmulo de derechos redundaba en desprestigio de su dignidad, utilizaron las ocasiones propicias para quebrantarlos.

El afán nivelador era el empeño principal de los validos, como el Conde-duque de Olivares, según se desprende del párrafo siguiente, inserto en la Memoria que elevó á Felipe IV en los comienzos de su reinado : «Tenga V. M. como el negocio más importante de su monarquía el hacerse rey de España; quiero decir, señor, que no se contente con ser rey de Portugal, de Aragón, de Valencia, conde de Barcelona, sino que trabaje y piense con consejo *maduro y secreto por reducir estos reinos de que se compone España al estilo y leyes de Castilla, sin ninguna diferencia*; que si V. M. lo alcanza, será el príncipe más poderoso del mundo.» Indicaba al efecto tres caminos para lograr el propósito: primero, el de promover los matrimonios, dando mandos y destinos en Castilla á los naturales de otras regiones y viceversa, é impulsar la fusión con *beneficios y blandurías*; el segundo, por medio de un golpe de mano, realizado con una gruesa armada, y el empleo simultá-

(1) *España, desde Felipe II al advenimiento de los Borbones*. Primera parte: Causas políticas de la decadencia de España.

neo de la diplomacia y de la guerra; y el tercero y más eficaz sería, «hallándose V. M. con esta fuerza, si en persona fuera como á visitar aquel reino donde se hubiese de hacer el efecto, y hacer que se ocasione un tumulto popular grande, y con este pretexto meter la gente, y con ocasión de sosiego general y prevención de adelante, como por nueva conquista asentar y *disponer las leyes en la conformidad de las de Castilla*, y de esta misma manera irlo ejecutando *en los otros reinos*» (1).

El Sr. Cánovas atribuye al Conde-duque el alegato del *Nicandro*, escrito en calurosa defensa suya después de la estrepitosa caída. Exclamaba el autor con vehemencia: «Señor, querer entender que se ha de conservar esta monarquía en los trances peligrosos estando compuesta de tan desproporcionadas partes, sin unión ni conformidad entre sí, es ignorancia, aunque la gobernarán ángeles, entre tanto que no se reduzcan á unión é igualdad en leyes, costumbres y forma de gobierno. Dicen los enemigos del Conde, que procuró derribar los fueros de Cataluña; *no ha sido sólo pensamiento suyo*, que su abuela de V. M., doña Isabel, tuvo por mejor el conquistarlo.» «¡Cuánto mejor le estuviera á V. M. no tenerlos por vasallos, sino por confederados! Decir que otros príncipes los tomarán con aquellos títulos es grave yerro, porque ninguno ha de querer dar celo y emulación á sus provincias sujetas sin aquellas preeminencias, ni tampoco *ser vasallo de sus vasallos*.»

Estos argumentos, aducidos por un ministro imbuído en ideas despóticas y que aspiraba á extender el rasero nivelador á todos los ámbitos de España, no pueden resistir el análisis de la crítica desapasionada. El instinto popular había dictado diversas cortapisas á la omnipotencia del poder real, entre otras razones de prudencia, para contener á monarcas y gobernantes imprevisores en la dilapidación de la fortuna patria, promoviendo empresas descabelladas y temerarias, sien-

(1) *Estudios del reinado de Felipe IV*, por D. A. Cánovas del Castillo. Tomo I, párrafo IV.

do las Constituciones heterogéneas de los diversos reinos el único dique á aquel empeño insaciable de dominio traducido en guerras crónicas que, extendidas por casi todas las naciones de Europa, desangraron á España, produciendo el aniquilamiento de sus fuerzas. ¡Cuán expuesto es dejar entregada la suerte del Estado en manos de un solo hombre! Pero la ambición de mando ciega de tal modo, que el sueño del Conde-duque consistía en generalizar las leyes de Castilla, estableciendo la unidad nacional bajo el régimen de servidumbre, puesto que, vencidas las Comunidades, se consiguió después anular á las Cortes con su vicioso sistema electivo y *el cohecho constante de sus procuradores*.

Y ¿hasta dónde hubiese llegado la política agresiva y el insensato afán de la monarquía universal si Portugal, Cataluña, Aragón, Navarra y las Provincias Vascongadas hubiesen abdicado todos sus derechos en manos tan inexpertas como las de la mayoría de los ministros españoles del siglo XVII? Si no le arredraba al Poder absoluto la confiscación de los caudales llegados de América por cuenta de particulares, ni de los legados para obras piadosas, ni el empeñar todas las rentas é impuestos, ni el pago de intereses anuales de 33 por 100, ni la destrucción de la riqueza pública por el fisco, ni la bancarrota, ¿á dónde hubiese llegado el desvarío sin el freno de los fueros locales?

No hay por fortuna un solo molde para el gobierno de las naciones, siendo, por el contrario, muy expuestas á fracasos las reformas radicales impremeditadas cuando se varía con la violencia su régimen peculiar. Sin necesidad de esa decantada uniformidad, ostenta actualmente la hegemonía de Europa la Confederación germánica bajo el cetro del emperador Guillermo II; Suecia y Noruega, así como Austria y Hungría no tienen más lazo común en su Gobierno que el mismo soberano; las Repúblicas de Suiza y los Estados Unidos de América del Norte presentan excelentes modelos bajo el régimen federal, é Inglaterra ostenta en sus inmensos dominios un ejemplo

elocuente de la más extraordinaria variedad de diversos tipos y gradaciones para la gobernación de sus 400 millones de habitantes.

Lo procedente hubiera sido en la España de aquellos siglos atemperarse á las condiciones de la idiosincracia nacional; mantener las energías de la vigorosa vida de las regiones, reduciendo al propio tiempo á más limitado marco la política aventurera en lo exterior, por exigirlo así la escasa población y riqueza nuestra comparada con la que á la sazón contaba Francia. Si además se hubiesen invertido los tesoros de América en fomentar los intereses materiales de la metrópoli en vez de prodigarlos á manos llenas en países extranjeros, no sólo en conquistas efímeras, sino en sostener un partido español á fuerza de dinero, otra hubiera sido la suerte de la península al extinguirse tan desdichadamente la Casa de Austria.

III

ORÍGENES DE LA SUBLEVACIÓN DE CATALUÑA

Considerando el Conde-duque *como el negocio más importante de la monarquía* el plan de asimilación de todos los Estados á Castilla, *sin ninguna diferencia*, no debe extrañar que tropezasen sus proyectos con serias dificultades, cuando lejos de disfrutar de paz en el exterior estaban empeñadas las armas españolas en multitud de guerras, en Francia, Italia, Alemania y Flandes, y luchaban en las costas de América y de Africa, contra ingleses, holandeses y berberiscos.

Partió Felipe IV en Enero de 1624 á celebrar Cortes en Aragón, Valencia y Cataluña. Pedía á los valencianos, reunidos en Monzón, un servicio de 2.000 infantes pagados por el reino para llevarlos *á donde fuera menester*. Resistíanse los

procuradores, por entender que esto equivalía á introducir las quintas como en Castilla, y además «porque harto exhausto ha quedado el reino con la expulsión de los moriscos, y harto cara les ha costado á los barones y caballeros que ahora debían esperar una remuneración, cuanto más nuevos sacrificios» (1). La tenaz resistencia dió margen á contestaciones agrias, y los ministros amenazaron con quitar á los nobles el privilegio del *nemines discrepante* y exigieron la supresión de las condiciones fijadas para conceder el servicio *so pena de traidores*. «Estas Cortes comenzaron dando muestras de su antigua dignidad, y concluyeron con la humildad de un esclavo que obedece á su señor. El rey y sus ministros, señaladamente el de Olivares, debieron quedar satisfechos del buen resultado de aquel ensayo de despotismo.»

Se resistían los aragoneses, reunidos en Barbastro, á votar el pedido, ofreciendo dinero en vez de soldados, y después de conminarles el rey á tomar una pronta resolución, les obligó á nombrar presidente con objeto de marcharse á Barcelona. Al propio tiempo introdujo tropas castellanas en Aragón, que por sus exacciones dieron lugar á no pocos disgustos, y á fuerza de amenazas se votó el servicio de 2.000 infantes por quince años, no debiendo exceder la paga de 114.000 escudos anuales.

No encontró menores dificultades en los tres brazos de Cataluña el pedido de otros 2.000 hombres en análogas condiciones, y contrariado el monarca les exigió en el término de tercero día la contestación de *sí ó no*. Como los pareceres estaban divididos y se demorase el acuerdo, dispuso sigilosamente el Conde-duque el regreso de Felipe IV á Madrid, sin conocimiento de los estamentos. Marchó muy enojado, sin hacerse cargo «de que las dificultades procedían, ya de los desaciertos y gastos de los reinados precedentes, ya de las guerras que él y su ministro favorito se empeñaban imprudentemente en sostener en todas partes».

(1) Lafuente: *Historia de España*, tomo XVI, cap. 1.

Quedaron agraviados los catalanes por su viaje clandestino, y se reprodujeron los desabrimientos de 1632; pero al invadir los franceses, siete años después, el Rosellón, pretendieron que se les confiase la defensa de su territorio, mostrándose dispuestos á hacer los mayores sacrificios para rechazarlos. Los Consejos juzgaron inadmisibile la pretensión, según el historiador portugués D. Francisco M. de Melo, *por la poca satisfacción en que se les tenía á los catalanes* (1), habiendo contribuido á resolver la negativa *las diligencias del Conde-duque*, que seguía resentido con la nobleza catalana y buena parte de la plebe.

Al recibirse la noticia de la pérdida de Salces, se olvidaron los habitantes del Principado de sus antiguos agravios, haciendo espontáneamente heroicos esfuerzos para acudir en defensa de la patria. La Diputación y el Ayuntamiento de Barcelona, la lonja de mercaderes, la nobleza, los consellers, los gremios de artesanos y los pueblos, á imitación de la capital, rivalizaron en celo y fidelidad al rey. Improvisaron un cuerpo de ejército de más de 12.000 hombres (2), costeados por el país, con sus armas, equipo, artillería y medios de transporte, y pelearon con ardor y entusiasmo, contribuyendo eficazmente á recuperar la plaza de Salces, después de un asedio de siete meses.

Hallábanse en aquella época poco habituados los catalanes al servicio militar, y alcanzado el triunfo esperaban del rey calurosas felicitaciones y aún ciertas recompensas, especialmente para los inutilizados en la campaña, y «no solamente tardaron las mercedes, que ni un ligero ó vano agradecimiento de sus aciertos reconocieron jamás; y si no se les negó con artificio, la suerte ordenó que el desprecio de los mayores di-

(1) *Historia de la separación y guerra de Cataluña*, libro I, núm. 26.

(2) Lafuentè cita esta cifra, pero Melo, que fué cronista y testigo presencial de los sucesos, estima, con referencia á los mismos castellanos, en 30.000 plazas las mantenidas por Cataluña.

simulase aquella grande obligación: esta experiencia dispertó en ellos, si no un arrepentimiento de lo pasado, un propósito de no tentar con nuevos méritos la fortuna; así fué común el interior descontento introducido en el ánimo de todos. Si llegasen á conocer los principios que baratamente compran la afición de los vasallos, lo mucho que vale el aplauso universal de las gentes, *ninguno llegara á ser remiso, cuanto más á parecer ingrato*» (1).

En efecto, el ministro Olivares correspondía á unos servicios tan meritorios con órdenes ásperas y desabridas, comunicadas al virrey, conde de Santa Coloma, en estos términos: «No es tiempo de rogar, *sino de mandar* y hacerse obedecer. Si no hay buenas camas para la tropa, no debe repararse en tomarlas de la gente más principal de la provincia, porque más vale que ellas duerman en el suelo que no los soldados. No se debe disimular la menor falta, por más que griten contra V. E.; aunque quieran apedrearle. Se debe obligar á todo el mundo. Consiento en que se me impute á mí lo que haga, con tal que nuestras armas queden con honor, y no seamos despreciados de los franceses» (2).

Estas órdenes, tan imprudentes é inoportunas, para fustigar á un pueblo viril y altivo como el catalán, se dictaban precisamente cuando era más necesario su valeroso concurso, dados los propósitos de Olivares de proseguir la guerra, y las coreaba Felipe IV, llamado el *Grande* por sus aduladores, con parecidas inconveniencias. «La provincia no puede cumplir peor respecto de los auxilios que debe dar. Esta falta nace de la impunidad..... Confiscarles los bienes á dos ó tres de los más culpables, á fin de atemorizar á los demás. Bueno será que haya algún castigo ejemplar».

Terminada la campaña de 1639 en el Rosellón, retiró las tropas el marqués de los Balbases á invernar en Cataluña, con

(1) Melo, lib. I, núm. 32

(2) Le Vassor, Historia de Felipe IV.

infracción de sus fueros, y en consonancia con las instrucciones recibidas de Madrid, dió alas á la soldadesca, compuesta de castellanos, italianos é irlandeses, para vejar al país; uníase además al espíritu generalmente licencioso de las fuerzas armadas, la falta de pagas y la miseria, que conspiraba á hacerlas más insolentes con los patronos y á aumentar sus exigencias como si se hallasen en país conquistado. Los resentimientos entre militares y paisanos se trocaron en profundos rencores, traducidos en desórdenes y asonadas, y como los atropellos iban en aumento, entendieron las corporaciones de Barcelona que debían acudir al virrey en demanda de justicia, pero cometió la imprudencia de arrestar á D. Francisco de Tamarit, representante de la nobleza, y á dos individuos del Consejo de los ciento.

Esta provocación fué la chispa iniciadora del incendio, y desbordado el furor popular, perdió su vida el conde de Santa Coloma al tratar de refugiarse en la falda de Montjuich acosado por los segadores amotinados en el día del *Corpus* de 1640. Desde entonces cundió rápidamente la anarquía, y reunidas las Cortes catalanas, se discutió ampliamente si las circunstancias exigían la apelación á las armas como medio de defensa. El obispo de Urgel pronunció un largo discurso recomendando los temperamentos de moderación y la obediencia al rey, pero no convenció á sus colegas; y el canónigo Claris le contestó con una arenga violenta y fogosa, terminando con estas palabras: «Volved en hora buena á los pies de vuestro príncipe, llorad allí, acrecentad con vuestra humildad la insolencia de los que os persiguen, y arrojad al fierísimo mar de su enojo este pernicioso Jonás, que si con mi muerte hubiera de cesar la tempestad y peligro de la patria, yo caminaré á su presencia arrastrando cadenas. Muera yo, muera yo infamadamente y respire y viva la afligida Cataluña.»

Acogió la caldeada Asamblea con atronadores aplausos la ardiente catilinaria del revolucionario Claris, y aprobado por aclamación el armamento del Principado, se apercibió sin pér-

dida de tiempo á organizar la resistencia; *y como no eran por sí solos capaces para luchar con tan poderoso monarca, acordaron pedir auxilio á Luis XIII de Francia.*

No era el patriotismo en los siglos pasados un sentimiento tan noble y delicado como en nuestra época, ni los vínculos de nacionalidad habían llegado á madurar en la Península, ni mucho menos aún en Italia, triturada á la sazón y dominada por los extranjeros, sucediendo lo propio en otras potencias. Coincidió con el reinado de Felipe IV la guerra de los Treinta Años, en la que los protestantes alemanes buscaron aliados para combatir á los católicos, originando la desmembración del Imperio, consumada en el tratado de Westfalia, y á su larga decadencia, no interrumpida hasta los tiempos modernos de Guillermo I y Bismarck. Al término de la guerra civil de la Fronda contra Mazarino, el príncipe de Condé se refugió en España poniéndose al servicio del citado monarca. A pesar de las miras ambiciosas que tenía Felipe II hacia el trono de Francia, no vacilaron los católicos en solicitar el apoyo de su ejército en las revueltas de la Liga, siendo frecuentes en aquellos tiempos los pactos y alianzas de esta índole y las defeciones de los magnates y generales.

IV

PÉRDIDA DE PORTUGAL Y GUERRAS DE CATALUÑA

Obrando el Conde-duque con escaso talento político, sembró vientos y recogió tempestades. Aun suponiendo que su plan unitario hubiese sido acertado, y no obedeciese al empeño de sojuzgar á los reinos, que conservaban sus libertades, á la servidumbre de Castilla, para manejarlos caprichosamente como verdadero autócrata, no pudo ser más desacertado el

momento escogido para asestar el golpe á los fueros de Cataluña.

Felipe II, que tanto superaba á su nieto en poderío y en dotes de mando, procuró atraer á los portugueses á raíz de la conquista realizada por el duque de Alba, haciendo en las Cortes de Thomar tales concesiones que, estrictamente cumplidas, dejaban reducido el poder real á mera ficción. Claro está que bajo el criterio con que ahora juzgamos los asuntos de tan lejana época, se deduciría la inconveniencia de una anexión realizada, al parecer, por vanidad y sin provecho; pero debieron pesar en el ánimo del rey razones poderosas para no intentar con gentes de suyo quisquillosas el planteamiento de un sistema de asimilación á Castilla. La fuga de Antonio Pérez á Aragón dió margen al severo castigo del Justicia y á ciertas novedades introducidas en las Cortes de Zaragoza, pero la imparcialidad obliga á reconocer que se respetó la parte más fundamental de los fueros, y en los últimos años de su reinado tuvo la previsión de reconocer la independencia de los Países Bajos bajo el cetro de su hija.

Veamos las condiciones en que Felipe IV y el Conde-duque emprendieron la obra niveladora. Hallábanse en guerra con Francia, gobernada á la sazón por el hábil ministro é implacable enemigo de España Cardenal Richelieu; se habían roto las hostilidades entre los Estados de Flandes—nuevamente incorporados á España para desdicha suya—y Holanda; los tumultos de Évora, ocurridos en 1637, fueron un síntoma alarmante de la agitación que trabajaba á Portugal en favor de la dinastía de Braganza, á la que imprevisiblemente se dejó residir en el país regido por sus mayores, no pudiendo ser más intempestiva la ocasión para exacerbar á los catalanes, lanzándoles á la rebeldía. Aun el Sr. Cánovas, tan benévolo é indulgente con el favorito, censuró la política adoptada en aquellos sucesos en estos términos: «Era imposible llevar adelante á un tiempo el pensamiento de la unificación nacional, la guerra religiosa contra los herejes holandeses y la tremenda ri-

validad que manteníamos con Francia. La tempestad se fué avecinando á toda prisa, y es inverosímil que el Conde-duque no la viera venir, y de ponerse en guardia aunque á deshora» (1).

Cierto que en los siglos posteriores aprovecharon otros Gobiernos las coyunturas propicias para privar de sus fueros á Valencia, Aragón y Cataluña, y cercenar los de Navarra y las Provincias Vascongadas, pero fué siempre aprovechándose de las divisiones locales ó cuando menos del quebrantamiento producido por largos períodos de guerras civiles, é impuesto como castigo por el vencedor á los países subyugados. Nada parecido ocurría en Cataluña en 1640; de modo que no pudo hacer Olivares cosa más grata á su enemigo Richelieu, quien vió el cielo abierto ante la bella perspectiva de extender las fronteras de Francia hasta el Ebro, habiendo bastantes indicios de sus intrigas en favor de la rebeldía catalana, según opinión del historiador Bofarull, y la evidencia de sus manejos en Portugal.

Muy poco ó nada se había adelantado desde la forzada anexión de la Lusitania para desvanecer los recelos y antiguos antagonismos de sus habitantes. La navegación del Tajo, habilitada por el ingeniero D. Juan Bautista Antonelly, en tiempo de la conquista, con el fin principal de abastecer el ejército español, quedó abandonada en la época de Felipe III. Al visitar este monarca en 1619 el reino de Portugal, celebró Cortes que le sirvieron la espléndida suma de 700.000 ducados para gastos de la jornada (2), y fué recibido en Lisboa con una suntuosidad y tales demostraciones de riqueza y magnificencia, que puede afirmarse no tuvieron parangón en ninguna otra ciudad de la Península (3).

(1) *Estudios del reinado de Felipe IV*, pár. 6.º

(2) *Viaje de la Catholica Real Magestad del Rei Don Felipe III N. S. al Reino de Portugal*, por Joan Baptista Lavaño. MDCXXII.

(3) En la *Historia de los medios de transporte en España*, que estamos preparando, desarrollaremos este punto.

En el discurso de bienvenida que al entrar en la capital le dirigió el consejero Ferreira, después de prodigarle alabanzas sin tasa por la grandeza de sus Estados, añadió: «Consiste en Vosa Magestade facer cabeza do suo imperio estta antiga é illustre cidade, mas digna de elo *que todas as do mondo* asistiendo aqui con su Real corte.» No tenía esta pretensión nada de exorbitante, dadas las magníficas é imponderables condiciones de Lisboa para el comercio de América, y del mal emplazamiento de Madrid, por su completa carencia de vías fluviales y de canales y los pocos intereses creados en la Villa, siendo aún reciente la instalación definitiva de la capital en su recinto. En nuestros tiempos hemos visto la sucesiva traslación de la corte italiana desde Turín á Florencia y de Florencia á Roma, á medida que avanzaba la unidad de los antiguos Estados independientes; y así como allí se ha prescindido de los intereses locales, aun postergando á ciudades florecientes, debió tenerse en España igual decisión, abriendo simultáneamente buenos caminos y vías navegables para contrarrestar el efecto de la excentricidad en la metrópoli del Tajo.

Antes de que los brazos del reino terminasen sus deliberaciones, les manifestó Felipe III la necesidad de regresar á Madrid, y siendo la única vez que pisó el territorio portugués, dejó descontentos y ofendidos á sus habitantes, que aspiraban, con razón, á la permanencia en Lisboa del rey y de su séquito durante largas temporadas.

Al estallar la rebelión catalana, llegaba al colmo la imprevisión de los gobernantes españoles, que dejaron por junto 500 mosqueteros para guarnecer á la capital, mientras las milicias portuguesas organizadas contaban, con sus reservas, 209.000 hombres, teniendo por generalísimo al mismo duque de Braganza, pretendiente al trono de sus antepasados. Comprendiendo, aunque tarde, la torpeza cometida, le llamaron á Madrid, tratando de ponerle al frente del ejército de Cataluña; pero en cuanto recibió la Real orden se desenmascaró, po-

niéndose al frente de la revolución, que triunfó con gran facilidad, dado lo desprovisto de tropas castellanas en que se encontraba aquel Estado; y aun cuando pretendió Castilla someterlo más adelante, no bastaron veinticinco años de guerra para domar la fiereza de sus habitantes, fracasando definitivamente nuestras armas en 1665 en el cerco de Villaviciosa.

Duró la separación de Cataluña trece años, terminando en Octubre de 1653 con la rendición de Barcelona al príncipe Don Juan de Austria. Fué una gran desgracia la entrega á Luis XIII de aquella comarca importantísima, pero la prueba fué decisiva para el patriotismo de los catalanes, quienes sufrieron con la soldadesca de allende el Pirineo y los asentistas del ejército francés, un calvario de vejámenes que superó al ocasionado por las tropas castellanas. Enseñó también el grave acaecimiento á Felipe IV á tratar en lo sucesivo á aquel país con mayores miramientos y consideraciones que las empleados durante la privanza del Conde-duque, cuyas consecuencias fueron la pérdida del Rosellón y de Portugal.

Desde entonces quedó borrada en las márgenes del Llobregat la inclinación francesa, ó sea *el único peligro serio de desprendimiento* de aquel florón de España en las contingencias del porvenir.

El estado miserable del reino en tiempo de Carlos II y el engrandecimiento de Francia con Luis XIV, influyeron para que la Península sufriera nuevas invasiones por los Pirineos.

Penetró el duque de Noailles en Cataluña el año 1689, apoderándose de las plazas de Camprodón y Urgel, y ese movimiento de avance permitió que la escuadra enemiga bombardease á Barcelona. Renovada la campaña con mayor ardor cinco años después, sufrió también varios fracasos el ejército español, mandado por linajudos, pero muy inexpertos generales, poniendo cerco á la capital del Principado el duque de Vendôme. Y fué tan valeroso el comportamiento de los catalanes en aquellas críticas circunstancias, que Lafuente lo juzgó en estos términos: «Tanto como se advertía de flojedad y

de inercia en la tropa y en sus jefes, se notaba de energía, decisión y valor en los naturales, así fuera como dentro de la ciudad. Al terrible retumbar del caracol que llamaba á somatén, aparecían las montañas coronadas de paisanos armados, conducidos por Bonén, Agulló y otros intrépidos caudillos. Dentro de Barcelona todos gritaban *que morir antes que entregar al francés aquella población invicta*: clérigos, magistrados, mercaderes, artesanos, mujeres, todos participaban de igual irritación y todos trabajaban á porfía. Barcelona se ofrecía á defenderse sola, con tal que se saliera el conde de la Corzana con todas las tropas, á excepción de las que mandaba el príncipe de Darmstad. Mas el virrey llevó adelante su plan de capitulación y de entrega, que se firmó á despecho y con llanto de todo el pueblo, y con disgusto y enojo de los mejores capitanes. El *Conceller en Cap* de Barcelona murió de dolor de no haber podido salvar la ciudad.» (1)

Don Jaime Tió, continuador de la historia de Melo, dice que los reyes trataron á Cataluña después de su rebelión con dulzura, y que fué acendrada la adhesión del Principado á su dinastía. «Dígalo si no el tesón con que defendía medio siglo después á la Casa de Austria contra el duque de Anjou: tenía viva en el alma la imagen del abandono de Francia, y acusaba su mala fe; ponderaba también la generosidad de Felipe IV y la noble satisfacción que de los pasados yerros diera á Cataluña, y hubiera gritado *¡Viva España!*, y lo gritó aún perdida toda esperanza.» (2)

Ya veremos cuán leales se mantuvieron en adelante hacia la madre patria.

PABLO DE ALZOLA,

Correspondiente en Vizcaya de la Real Academia de la Historia.

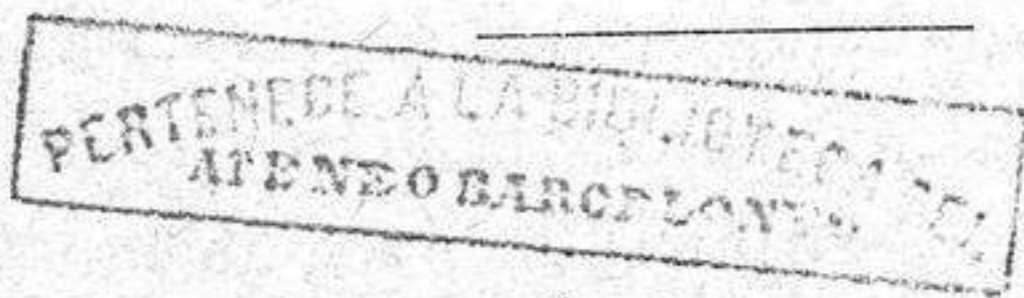
(Continuará.)

(1) Tomo XVII, parte III, libro V, capítulo XI.

(2) Conclusión.

DE VUELTA DE SALAMANCA

IMPRESIONES Y NOTICIAS



Al Excmo. Sr. D. Rafael Conde y Luque:

Mi distinguido y amable amigo: A nadie mejor que á usted, cuya valiosa recomendación me abrió con llave de oro las puertas del viejo Estudio salmantino (1), debo, en justicia, dedicar así las noticias que en él hallé, como estas mal trazadas cuanto bien sentidas impresiones, que la contemplación de la opulenta ciudad Renaciente, con sus monumentales edificios, sus señoriales palacios, su vetusto y vario caserío, su séquito de memorias y leyendas, su alegre y pintoresco aspecto, su pasado imperecedero y fecundísimo, dejaron en mi áni-

(1) Tengo verdadera satisfacción en consignar aquí mi profundo agradecimiento al Excmo. Sr. D. Mamés Esperabé, digno Rector de aquella Universidad, así como á su celoso Archivero D. José María de Onís, por la afectuosa acogida é inolvidables atenciones que me han dispensado.

mo, evocando en él tantos recuerdos y despertando tantas emociones, que apenas si acertaré á darles forma, ahora que, como desatada ráfaga de gloria, cruzan tumultuosamente ante mis deslumbrados ojos.

Para quien no lleve en sus venas, con el calor de la vida, el amor á los imponentes despojos de lo pasado, el culto hacia las venerables vejeces de la historia, Salamanca no será más que un poblachón destartalado y caduco, donde sobran ruinas y faltan viviendas, donde sobran monumentos y falta población, donde abundan las piedras y escasean los hombres y con ellos la animación, el movimiento y comercio propios de toda sociedad viviente.

Para quien ame la historia y se apasione por el arte, Salamanca es raudal inexhausto, fuente clara y abundantísima de memorias, inspiraciones y enseñanzas.

Su severa basílica románica, que ampara como madre á la florida y opulenta catedral nueva, que como ramaje pomposo retoñece de la robusta savia del tronco primitivo; sus inmortales Escuelas, sus arrogantes palacios blasonados, sus muros musgosos y carcomidos, sus rotas cresterías, sus gallardísimas rejas, sus incomparables portadas y patios platerescos, cincelados como joyas y dorados por el sol de tres siglos; sus negruzcos aleros, sus plazuelas tapizadas por la hierba, sus muros que, enrojecidos por los *vitores*, parecen bañados todavía en el esplendor de gloria de nuestros siglos de oro, dicen más á los ojos y al alma que cursos enteros de Historia, Estética y Arqueología.

Porque de aquellas bellezas y despojos recibe el espíritu la confianza, la impresión directa de lo pasado, semejante á caricia materna que no puede transmitirse ni remedarse, sin despojarla de su mística virtud.

Que acaso no hay afecto que más nos enaltezca y dignifique, como ese inefable amor y veneración á lo pasado—suelo bendito donde arraiga lo presente para engendrar lo porvenir—afecto soberano que es como la fuerza de cohesión que

mantiene unidas las generaciones humanas y ata con espirituales lazos de amor é inteligencia las distintas edades del mundo.

¡Tristes de aquellos que permanezcan indiferentes ante la historia, y ¡ay! de los pueblos que olviden su pasado y abandonen sus monumentos!

Porque el mundo sin historia ni monumentos, sería como desdichado ser privado de la memoria: un verdadero idiota. Que quien no recuerda, ni agradece, ni ama, ni juzga, ni compara, ni atesora la experiencia, ni conserva el saber, ni estima el progreso, ni mide por lo sabido lo ignorado, ni abarca los grandes horizontes de la vida, ni conoce, ni goza, ni alcanza de ella más que el fugitivo presente.

La historia, en cambio, conciencia y maestra del mundo, nos enseña á juzgar, á conocer, á comparar y á medir los pasos de gloria que adelanta la humanidad por sus caminos de dolor, á celebrar sus triunfos, á llorar sus caídas, á amarla por lo que padeció, á admirarla por lo que logró y á medir lo que le falta en su camino ascendente.

No en vano se pregunta nuestro gran poeta:

«¿Dónde la vida está del que ha tenido
La lobreguez del porvenir delante,
Si deja tras sus pasos el olvido?»

Recordar es vivir..... y en pocos lugares se recuerda y se vive como en la monumental Salamanca, que se sobrevive á sí misma, y cuyas gloriosas memorias son como el alentar de lo pasado y su ideal supervivencia.

Nada diré aquí de sus orígenes ni de sus tiempos romanos, ni del valor con que sus heroicas matronas supieron romper el yugo de los soldados de Aníbal, ni de sus recuerdos visigóticos, ni de su entrega á las armas de Muza y su rescate por el primer Ordoño; nada de sus emigrados Obispos, ni de sus legendarios tiempos de Bernardo del Carpio; ni siquiera de su

reoblación, realizada bajo el cetro de Alfonso VI por el conde Raimundo y su esposa Doña Urraca, fundadores de su semi-bizantina iglesia; nada tampoco de sus sangrientas luchas contra los árabes fronterizos, ni de su rebelión contra Fernando II, ni de sus prelados y sus condes.

La verdadera historia de Salamanca empieza en los días de Alfonso IX, fundador de aquel egregio Estudio, que fué alma de la ciudad, raíz de sus grandezas, foco de eterna luz que aún proyecta sus vivos resplandores sobre la historia del pensamiento humano.

Salamanca nació con su Universidad, sobre la cual llovieron desde su origen, como rocío benéfico, los favores y donaciones, privilegios y larguezas de todos los monarcas y Pontífices.

Con hondo respeto, con verdadera devoción tomé en mis manos, en el Archivo, y leí conmovida aquella carta paternal en que el Santo Rey Fernando III declaraba tomar á su *comienda y defendimiento* á los *maestros y escolares* que acudiesen á las escuelas recién fundadas por su padre.

Ejemplo glorioso que generosamente imitaron todos los monarcas de Castilla desde el Sabio Alfonso, que organizó la enseñanza y dotó largamente á los maestros, hasta los Reyes Católicos, cuyos bustos, unidos por un cetro único, campean como sello de gloria entre los menudos y delicados follajes de la gentilísima portada plateresca; desde Carlos V y Felipe II, que parternalmente cuidaron de su conservación y aumentos, hasta el tercer Felipe, tan agasajado por ella al visitarla con su esposa Doña Margarita en 1600; y desde Felipe V hasta Carlos III, bajo cuyo cetro protector lanzó sus últimos rayos de crepúsculo y brotó sus últimas flores de decadencia la ya para siempre muerta y por siempre gloriosa Escuela salmanticense.

Porque la egregia Universidad, nacida á la sombra del templo, al amparo del Pontificado y entre los brazos de nuestros democráticos reyes, siguió los pasos de nuestra historia y

vivió la misma vida de la patria. Nacida al sol de la Reconquista y al soplo de la fe, alcanzó su apogeo en los claros días de Isabel y Fernando; brilló al fulgor de las victorias de Carlos V, prosperó bajo el poder del gran Filipo, decayó cuando en manos de su nieto comenzó á desmoronarse el alcázar de nuestra grandeza, y pugnó por regenerarse, aunque con savia ajena, bajo el renacimiento francés de los Borbones, para caer después herida de muerte, pero rodeada de las gloriosas ruinas que sembró en Salamanca la epopeya inmortal de nuestra santa Independencia.

Porque Salamanca y su Universidad, la *Madre de las ciencias* y la *Reina del Tormes*, cayeron para no levantarse; pero cayeron como los héroes, cubiertas de gloriosas heridas y coronadas de inmarcesibles laureles.

¡Y cuán grande, cuán imponente y magnífica aparece en su postración y en su silencio, bajo el glorioso polvo de sus alcázares, sus templos y sus escuelas!

De aquel montón de venerandos sillares irradia el calor de nuestra alma, el vapor de nuestra sangre vertida en defensa de la tierra, la luz de nuestra inspiración y el sol de nuestro pensamiento sin ocaso.

Al cruzar sus calles, donde resuenan los pasos, sus anchas plazuelas herbosas y desiertas, al medir con la vista la mole de su doble Catedral, la montaña de sillares de la Compañía, el enorme pórtico moderno de San Bartolomé el Viejo, restauración póstuma que subsiste cual monumento conmemorativo del regio instituto del Obispo Anaya; al contemplar las grandiosas fábricas inanimadas de los colegios del Arzobispo Calatrava y San Esteban, al penetrar en el aula solemnemente vacía de Fr. Luis; al cruzar las extensas plazas, los soberbios atrios, los vastos salones silenciosos y abandonados, renovóse en mí aquella impresión de Otoño y de crepúsculo que me invadió ante la gran basílica y la enorme plaza de Pisa, mudas y sepulcrales; y como en Pisa, no pude menos de preguntarme en Salamanca: ¿A dónde está el pueblo de estos monumen-

tos, á dónde las vivas y sonantes aguas de este ancho cauce, pedregoso y vacío?

Repitiéndome la melancólica interrogación, pasé ante la estatua de Fr. Luis, y por un momento imaginé que entreabría la boca de bronce para reanudar, después de tres siglos, sus lecciones, con aquella frase sublime que resuena en la historia con perdurable elocuencia. Atravesé bajo la gallarda portada del antiguo Hospital de Estudiantes, abierta junto á la de los Estudios menores, y con los ojos ebrios de luz y de imágenes magníficas y el alma henchida de recuerdos y de visiones espléndidas, penetré en el obscuro Archivo, impregnado de humedad.

Fué como caer de lo alto de cumbre resplandeciente al negro fondo de seno cavernoso y frío.

Montones de *Registros de matrículas*, estrechos y largos como las *Agendas* que usamos las señoras; haces de libracos de *Actos y Grados*, cubiertos de rugoso pergamino, con guardas de badana, cruzadas por tiras de fina cabritilla, me aguardaban en formidable batería, cuidadosamente apilados sobre la ancha mesa por la bondadosa solicitud de mi amable amigo el archivero. Por algunos momentos flotaron tumultuosamente ante mis ojos en la húmeda y sepulcral atmósfera del *Archivo*, millares de discos de variadísimos colores, que eran como el polvo irisado de aquel súbito desplome de visiones maravillosas.

La ciudad entera, con su lujo de líneas, con su derroche de colores, con sus sillares dorados por el sol y sus resaltes bruñidos por las lluvias; con sus aleros musgosos y sus caladas cresterías, y sus ventanas gemelas, y sus herrumbrosas rejas cubiertas de flores, como las de mi Sevilla; con su hermosa plaza, donde el estilo de Churriguera puso más calor y más individualismo que todos los pseudoclásicos en sus enormes y frías concepciones; la ciudad entera, con su libre y desenfadada arquitectura, que me recordaba el aspecto maravillosamente vario de las calles de Florencia; aquel animado

alternar de estrechas y arcaicas viviendas plebeyas, que transpiran memorias estudiantiles, con hidalgas moradas cargadas de blasones y henchidas de leyendas tan diversas como su estilo; mansiones ora ceñudas y semif feudales, como la vetusta casa de Doña María la Bava, manando sangre y odio de sus viejos sillares; y la de las *Muertes*, con su trágico nombre, de indescifrable sentido; ya ricas y ostentosas, como la de las *Conchas*, con su singularísimo ornato y sus históricos hierros; como la de las *Salinas*, con su gallardísima fachada y sus robustas ménsulas, de picante tradición; y aquella rica diversidad de monumentos, tales como la enhiesta y romántica *torre del Clavero*, la portada de San Esteban, esculpida como una custodia de plata, y sobre todo el Patio del Colegio del Arzobispo, verdadero milagro del Renacimiento, cincelado como una joya de Cellini y teñido con inimitables matices dorados, ambarinos y carminosos por el sol, enamorado de su belleza, el patio incomparable desde cuyas enjutas me miraban con expresión tentadora las cabezas animadas por el cincel de Berruguete; todas aquellas bellezas de línea y de color surgieron de improviso ante mi vista, solicitando con seducción irresistible mis instintos meridionales y mis amores estéticos, que me impulsaban hacia el sol y hacia la belleza.

Era como la rebelión de la luz y de las formas contra la muda abstracción del espíritu ante los áridos vestigios de cosas que pasaron.

Pero pronto mis ojos se avezaron á la obscuridad; pronto la obscuridad comenzó por hacerse transparente y acabó por tornarse en luminosa para los ojos de mi espíritu.

Allí, bajo aquellas rugosas faces de viejo pergamino, había más que folios carcomidos y caracteres tortuosos, á veces casi ilegibles. Allí estaban en apretadas haces los nombres gloriosos de nuestros grandes humanistas, canonistas, teólogos, le-gistas, médicos y poetas de ambos siglos de oro, mezclados con otros infinitos nombres oscuros y olvidados.

Legiones de escolares, venidos de todas nuestras provincias

y aun de los más remotos países, dejaron allí la única memoria que resta de su paso por el inmortal Estudio salmanticense. Aquella era la verdadera población de Salamanca; aquellos los hijos de la *Madre de las Ciencias*; aquellos los que cubrieron de rojos *vitores* sus muros de dorada piedra; los que llenaron de vida y animación sus patios y sus aulas; los que temblaban en el claustro románico de la vieja catedral, ante la capilla de Santa Bárbara (1), para salir después, llorando de rabia, por la *puerta de los carros*, ó pasear en triunfo los claustros, entre los plácemes y aun sobre los hombros de los generosos camaradas; aquellos los que alegraron la ciudad con sus músicas, rondas y serenatas; los que la hicieron temblar con sus motines, escándalos y zalagardas; aquellos, desde los nobles y alcurniados hasta los sopistas y gorriones, los embaucadores y tahures, los rufianes, bravoneles y temerones; desde los titulados hasta los *trazistas*, desde los arrogantes colegiales mayores hasta los *mozos de coro*, desde los belicosos caballeros de las Ordenes hasta los apicarados *bachilleres en floreo*, y los diestros graduados por Carranza; los de hábito y los de ropilla, los de chambergo y los de bonete, los frailescos y los clericales, luciendo sobre los hábitos de todas las religiones las becas de tan varios colegios, y alardeando, los unos de nobles, los otros de bravos; éstos de doctos, aquéllos de truhanes, esotros de enamorados, y todos de mancebos, decidores é ingeniosos.

Allí están desde los *nobles y generosos*, que encabezan los registros con nombres como los Córdobas, los Guzmanes, los Portocarreros y los Silvas, de España; los Dorias y los Spínolas, de Italia; allí desde los Téllez de Girón, los Ponces y Manriques, de Madrid; los Mendozas y La Cerdas, de Guadalajara y de Toledo; los Guzmanes, Quiñones y Lorenzanas, de León; los Fonseca, Acevedos y Maldonados, de Salamanca; los Pizarros y Orellanas, de Trujillo; los Vegas, Lasos y Pulgares,

(1) En ella se conferían los grados.

de Granada; los Afán de Rivera, Enríquez y Vargas, de Sevilla; los Calderones, Barredas y Velardes, de la Montaña, y los Monroyes, de Extremadura, hasta los modestos Perlínes, de Alaejos, y Cachupines, de Laredo, citados los últimos por Cervantes (1); desde el hijo del conde de Monterrey hasta el hijo de *Flórez*, el *pertiguero de la catedral*; desde los sucesores de los príncipes hasta el humilde *demandadero de las ánimas* (2). Aquél es el pueblo de las escuelas. De allí salieron los conquistadores que sojuzgaron al mundo, los teólogos que asombraron á los Concilios, los historiadores dignos de narrar nuestras epopeyas, los humanistas, los poetas y casi todos los ingenios de nuestros siglos dorados.

Más que las piedras de las venerables escuelas salmanticenses, vivirán los nombres inscritos en aquellos inestimables registros; porque allí enseñaron y aprendieron hombres tan célebres en todas las disciplinas humanas, como Fr. Luis de León, el Brocense, el astrologo Zacuht, y el músico abad Francisco de Salinas; allí brillaron el Tostado, Cisneros, San Juan de Sahagún, Santo Tomás de Villanueva, San Juan de la Cruz, Las Casas, Soto, Victoria y tantos otros insignes teólogos; de allí salieron legistas como Luis de Molina, Juan Solórzano, Chumacero y Ramos del Manzano; canonistas como Covarrubias; historiadores como Hurtado de Mendoza, González Dávila, Zurita y Nicolás Antonio; médicos como Laguna, Horozco y Pérez de Herrera, humanistas como Nebrija, Lucio Marineo, Silíceo y Mallara; poetas como Juan del Encina, Góngora, Ruíz de Alarcón, Liñán de Riaza, Argensola, Calderón de la Barca, Villegas, Meléndez, Quintana y Nicasio

(1) *Quijote*, P. I, cap. XIII: «..... Aunque el mío—se refiere á linajes—es de los *Cachopines de Laredo*, respondió el caminante.....»

(2) Constan en aquellos Registros de Matrículas las del hijo de *Francisco Flórez*, *pertiguero de la catedral*, y las del *que pide para las ánimas*.

Gallego; capitanes como Hernán-Cortés; próceres como el Conde-duque de Olivares y otros no menos famosos.

Halagada por la esperanza de hallar una anhelada noticia, y convencida de que la paciencia es acaso la expresión más vigorosa de la voluntad, hojeé, animosamente, gran número de registros de *matrículas, juramentos, actos y grados*, logrando hallar en ellos los siguientes documentos, á mi parecer de verdadero interés para nuestros fastos literarios.

¡Dichosa yo, si al cerrar estas *impresiones* de Salamanca con la noticia de estos felices hallazgos, consiguiese allegar un leve granito de arena á la grande obra de la historia!

Estamparé los datos casi desnudos y exentos de todo artificio retórico, ya que los nombres de D. Juan Ruiz de Alarcón, D. Luis de Góngora, Pedro Liñán de Riaza, Julián de Armentáriz, Fray Hortensio Paravicino y Bartolomé Leonardo de Argensola bastan á iluminar con su esplendor estas obscuras páginas.

Nombres gloriosos, á los cuales deberán unirse el muy respetado y honroso de Fray Galcerán de Albanel, maestro de Felipe III y arzobispo de Granada, y el célebre de Fray Luis de Aliaga, Inquisidor general y confesor de Felipe III, y acaso más célebre aún que por ambos cargos, por habersele supuesto autor del falso *Quijote*, y por ende antagonista de Cervantes.

1.º De los estudios del terenciano y delicadísimo dramático D. Juan Ruiz de Alarcón, en Salamanca, publicó su biógrafo D. Luis Fernández Guerra, cuatro noticias (1); pero omitió la

(1) *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, por D. Luis Fernández Guerra y Orbe. Madrid 1871. Contiene las siguientes *Noticias de los estudios de Alarcón en Salamanca*.

1.^a 1600.—Matrícula en *Leyes*, á 25 de Octubre. (Véase las págs. 20 y 470.)

2.^a 1600.—Bachilleramiento en *Cánones*, el mismo día 25 de Octubre. (Páginas 19, 20 y 470.)

3.^a 1602.—Bachilleramiento en *Leyes*, á 3 de Diciembre. (Págs. 20, 21 y 470.)

4.^a 1604.—Matrícula en *Leyes*, á 24 de Octubre. (Págs. 22 y 470.)

siguiente, que por referirse á tan célebre personalidad, me parece de verdadero interés.

Libro de Matrícula de 1599 á 1600.—*Facultad de Cánones.* (Comienza al fol. 26.) (Al fol. 65.) «*Juan Ruiz de Alarcón, natural de la ciudad de México, á 18 de Octubre de 1600. 5.º año.*»

2.º D. Luis de Góngora, es decir, D. Luis de Argote y Argote, pues tal era el apellido de sus padres, D. Francisco y doña Leonor, nació en Córdoba el 11 de Julio de 1561, y según sus biógrafos, pasó á estudiar á Salamanca, donde, á lo que parece, llegó á graduarse de bachiller, sin que se diga en qué facultad, ni se tengan—que yo sepa—noticias documentadas de sus estudios.

De ellos encontré la siguiente:

Libro de Matrícula de 1579 á 1580.

Entre los *nobles generosos y dignidades*—que según costumbre encabezaban aquellos registros—figura:

D. Luis de Góngora, nat. de Córdoba, se matriculó ante mí Bartolomé Sánchez, hoy 20 de Noviembre de 1579 años.

Diez y ocho años tenía cumplidos entonces el futuro padre de los cultos, y á lo que parece llevaba ya tres en aquellas Escuelas, puesto que en la biografía de Pedro Liñán de Riaza, dice Barrera (1), que según asegura Lope de Vega, su grande amigo Riaza fué en Salamanca contemporáneo de Góngora, que empezó allí sus estudios en 1576.

De otros dos individuos de la familia de Góngora hallé noticia en aquellos libros:

Matrículas de 1583-84. (Fol. 79.) *D. Alonso de Góngora, nat. de Córdoba, y D. Baltasar de Góngora, nat. de Córdoba.*

3.º Pedro Liñán de Riaza. De este poeta, amigo de Lope, y tan celebrado por él como por Cervantes, Quevedo, Salas Barbadillo, el Padre Gracián y Jiménez Patón, sólo nos quedan los títulos de algunas de sus comedias, conservados en

(1) *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, página 214.

una carta de Lope al duque de Sessa (1), y dos bellos sonetos que en las páginas de un libro precioso (*Flores de poetas ilustres*) (2) se salvaron milagrosamente del general naufragio que padecieron sus obras.

He aquí las matrículas de Pedro Liñán, con las cuales acaso hemos hallado la revelación de su patria.

Matrículas de 1582-83.—*Canonistas: empiezan al fol. 22.*— Al mismo fol. 22: *Pedro Liñán de Riaza, natural de Toledo.* (A 12 de Noviembre de 1582).

Matrículas de 1583-1584.

1584.—*Pedro Liñán de Riaza, natural de Toledo.*

Latassa, el Padre Gracián y Barrera, afirman que era de Calatayud; y el cronista Andrés de Ustarroz le coloca, en su *Aganipe*, entre los ingenios aragoneses.

Pero Lope declara, en *El laurel de Apolo*, que ciudades competían por él como por Homero:

«Ciudades compitieron por Homero
Y por Liñán agora, pues le goza
Castilla y le pretende Zaragoza.....»

(1) Carta sin fecha: «..... Liñán hizo algunas y yo las vi; del *Cid* eran dos, una de la *Cruz de Oviedo* y otra que llamaban *La Escolástica*; de *Brabonel* también y de un *Conde de Castilla*; no sé que escribiese otras.....»

(2) Obra de la cual se ha publicado recientemente una «*Segunda edición, dirigida y anotada por D. Juan Quiros de los Rios y D. Francisco Rodríguez Marín, é impresa á expensas del Excmo. Sr. D. Manuel Pérez de Guzmán y Boza, marqués de Jerez de los Caballeros. Sevilla. Imprenta de E. Rasco, 1896.*» Edición que por la copia y valor de sus ilustraciones, como por su lujo y primor tipográfico, es honra del generoso Mecenas, de los eruditos anotadores y de las prensas de Rasco. Los sonetos de Liñán

1.º «Es la amistad un empinado atlante.....»

2.º «Si el que es más desdichado alcanza muerte.....»

van en esta *Antología* con los núms. 110 y 124, y en la *Floresta* de Böhl, con los núms. 807 y 808.

Y en *La Filomena* (segunda parte), dice, acaso no tan equivocadamente como supone Barrera:

«Oh tú, Pedro Liñán, que *injustamente*
Quiere el Ebro usurparte,
 Como Calabria á Títiro divino,
 Preciado de tu origen, para darte
 Lo que de tí recibe:
 Pero responde el Tajo cristalino
 Que por tus versos vive,
 Y que te vió nacer, desde sus ruedas
 Donde devana eternamente plata».

Singular coincidencia es que el Registro salmanticense afirme lo mismo que Lope, tan grande amigo de Liñán, á quien dedicó dos sonetos, publicados con sus Rimas en la *Angélica* (1602), á quien citó en *La Dorotea* y en su correspondencia con Sessa, á quien mencionó tan afectuosamente en *La Filomena* y *El laurel de Apolo*, y de quien dice en *La Circe* (1624), epístola 2.^a, dirigida á Fr. Plácido de Tosantos:

Liñán me trujo á vos, cuya olvidada
 Musa vive en mi fe tan verdadera
 Como vivió de vos calificada.

Ahora bien; si Lope, tan amigo de Liñán, asegura que *el Tajo le vió nacer*, y las matrículas salmantinas testifican que era *natural de Toledo*, acaso es Lope quien acierta cuando dice de Liñán:

«..... que injustamente
 Quiere el Ebro usurparte
 Como Calabria á Títiro divino.....»

Acaso cabe al *claro Tajo* la gloria de haber engendrado al cantor de la *Amistad* y el *Desengaño*, y á mí la no pensada ventura de haber descubierto su verdadera patria.

4.º El cuarto y no menos importante de mis hallazgos consiste en tres matrículas que atestiguan los estudios del pulcro y horaciano poeta Bartolomé Leonardo de Argensola en la insigne Escuela salmantina.

De su vida y obras han escrito: el doctor Juan Francisco Andrés de Ustarroz, en los *Progresos de la Historia en el Reino de Aragón y elogio de sus cronistas*; D. Juan Antonio Pelli- cer, en sus *Noticias literarias sobre las vidas de Lupericio y Bartolomé Leonardo de Argensola* (1), extractadas en gran parte del manuscrito de Ustarroz; Latasa, en su conocida *Biblioteca*; el doctor Vicencio Blasco de La Nuza (2); Camon y Borao (3); D. Adolfo de Castro, en el tomo XLII de la *Biblioteca de Autores Españoles*; el conde de la Viñaza (4); el Excmo. señor duque de Villahermosa, en su discurso de entrada en la Academia Española (1884) y, por último, D. Mario de la Sala y el erudito Padre Mir, en sus biografías de Argensola.

De todos estos estudios biográficos, el más completo es el del docto P. Miguel Mir, á quien se debe el hallazgo del testamento de Argensola.

Pero aunque todos los biógrafos y comentadores del rector de Villahermosa nos dicen que estudió, así como su hermano Lupericio, en la Universidad de Huesca, y alguno, como el Padre Mir, nos indica que concurrió á la de Zaragoza, insinuando que asistió también á la de Salamanca, ningún documento fehaciente, ninguna fecha segura nos ofrecían hasta ahora de sus estudios.

Ni Quadrado ni ningún otro historiador de Salamanca le cita entre los ínclitos hijos de sus Escuelas; ni siquiera en la *Reseña histórica* de aquella Universidad, presentada á la Di-

(1) *Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles.*

(2) *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón.*

(3) En sus respectivos estudios sobre la Universidad de Zaragoza.

(4) *Obras sueltas*, de los Argensolas.

rección general de Instrucción pública en 1848 (1), que contiene tan copiosa lista de ilustres estudiantes salmanticenses, se halla memoria del insigne canónigo de la Seo.

Verdadera fortuna ha sido, pues, la mía en encontrar los siguientes documentos en los libros de Salamanca:

1.º Matriculas de 1581 á 1582. — *Facultad de Cánones* (folio 58, vuelto).

1582. — *Bartolomé Leonardo de Argensola, natural de Zaragoza, á seis de Junio de 1582 años, b. a.* (bachiller artista), *por Zaragoza.*

2.º Matriculas de 1582-1583:

Bartolomé Leonardo de Argensola, nat. de Zaragoza.

3.º Matriculas de 1583-1584. (Canonistas: fol. 23.) Al folio 25 vuelto, aparece:

Bartolomé Leonardo de Argensola, natural de Zaragoza (2).

Cuando en 1598 la Real y Pontificia Universidad salmanticense consagró solemnes honras á la memoria de Felipe II, mostrándose hijo fiel de aquel insigne estudio, Bartolomé Leonardo, que ya, desde hacía diez años, regentaba su curato de Villahermosa, viviendo, como elegantemente dijo su hermano Lupercio,

(1) *Reseña histórica de la Universidad de Salamanca*, hecha por los doctores D. Manuel Hermenegildo Dávila, catedrático de Historia Natural; D. Salustiano Ruiz, de Matemáticas elementales, y D. Santiago Diego Madrazo, de Economía Política, Derecho público y Administración (Dávila Redactor), y remitida á la Dirección general de Instrucción pública, por el rector de la misma Universidad, en 2 de Noviembre de 1848. — Salamanca. Imprenta de Juan José Morán, calle de la Rúa, núm. 49.—1849. —B. N.—Sig. 3—2066.

(2) Como se ve, en estos tres asientos de matrícula se confundió la procedencia con la naturaleza de Argensola, que, como prueba su partida bautismal y demuestra plenamente su testamento, era natural de Barbastro. Esta equivocación de las matriculas, es, á mi parecer, indicio claro de que Argensola vivía en Zaragoza desde antes de 1581, y acaso de que con antelación á esta fecha estudió en la Universidad Cesaraugustana.

Entre esas peñas ásperas y yertas
 Con las nubes cubiertas, cuyas cumbres
 De oscuras nubes siempre están cubiertas,
 Ya reprendiendo al pueblo sus costumbres,
 Ya por él ofreciendo sacrificios
 Junto á las aras entre sacras lumbres;» (1)

desde su cristiano y retirado albergue envió á Salamanca una canción con la cual compitió otra debida al juvenil ingenio del hijo del italiano Mucio Paravicino, oriundo de Milán, y deudo del Pontífice Clemente VIII (Aldobrandini), de Florencia.

5.º Fr. Hortensio Félix Paravicino y Arteaga, nació en Madrid en 1580. Estudió humanidades con los jesuítas de Ocaña, Filosofía en Alcalá y Cánones en Salamanca, donde á los diez y nueve años profesó de trinitario calzado el 18 de Abril de 1600.

Continuó allí sus estudios teológicos hasta alcanzar el doctorado, de solos veintiún años (en 1601). Y al visitar Felipe III aquellas escuelas, estrenó sus dotes de orador sagrado, pronunciando la *oración gratulatoria* con que la Universidad saludó al monarca.

Un año después predicó en el capítulo de su Orden y fué electo definidor de ella. Desde entonces residió en Madrid y comenzó su fama de orador y de poeta.

En 1616 fué prelado de su convento, y en 1617 predicador de Felipe III. *Predicador de los reyes y rey de los predicadores* le llamaron, y puede decirse que fué el Góngora de la oratoria; pero aunque incurriese en los más graves pecados del culteranismo, sus propios defectos revelan la agudeza y alcance de su rico y extraviado ingenio.

(1) *Carta de Lupercio Leonardo de Argensola*, escrita en 1592. Publicada por Pellicer en sus *Noticias para la vida de Lupercio Leonardo de Argensola*, p. 8, y reproducida por el conde de la Viñaza en sus *Obras sueltas de Lupercio*.

Cuando, en 1599, vistió en Salamanca el hábito de la Trinidad, compuso unas *Liras*, celebrando su mudanza de estado, en las cuales decía de su deudo el Pontífice:

Guarde mi gran pariente
 La púrpura real que arrastra en Roma,
 Y entre coches y gente
 A su tiara ofrezca el mundo aroma,
 Que al fin deste camino
 Yo seré como él Paravicino (1).

Y justamente el documento hallado por mí de sus estudios pertenece á aquel año de su noviciado, y demuestra que en él cursó el segundo de *Artes* (2).

Matrículas de 1599 á 1600 (fol. 12).

Colegio de la Santísima Trinidad, 29 Nov. 1599.

1599.—*Fr. Hortensio Palavicino. A.^{ta} (Artista) 2.^o año.*

Y en aquellos mismos registros hallé que Fr. Hortensio, autor dramático (3), amigo de Lope y de su escuela, tuvo en la de Salamanca por condiscípulo en el estudio de *Artes*, á un declarado adversario del Fénix, cultivador también de las musas del teatro.

6.^o Julián de Armendáriz, poeta lírico y dramático, ene-

(1) *Obras póstumas, divinas y humanas*, de D. Félix de Arteaga. Madrid 1641. Lisboa, 1645; 8.^o

(2) En la citada *Reseña histórica de la Universidad de Salamanca*..... Salamanca 1849.—Entre los *notables* (maestros ó discípulos) de esta Universidad, se menciona, con referencia al siglo XVII: en *Oratoria á Hortensio Paravicino y Arteaga, legista y teólogo, predicador famoso* (página 57), pero sin más indicación ni cita de año ni de documento alguno.

(3) Por encargo y mandato de Felipe IV, escribió en plazo breve una comedia caballeresco-mitológica de las de tramoya y apariencia, intitulada *Gridonia, ó Cielo de amor vengado*, que su autor llamó *Invención real*, y una *Loa* que echó una dama de palacio en una fiesta que celebró la reina con sus damas. *Obras postumas*.....

mistado con Lope, elogiado por Cervantes, y mencionado por Agustín de Rojas (1).

Matrículas de 1599 á 1600. *Artes y filosofía*.

14 de Diciembre de 1599.—*Julián de Armendáriz, natural de Salamanca*.

Pero aunque Armendáriz y Paravicino coincidieron en el estudio salmanticense, no así en las opiniones literarias, ya que el segundo perteneció al grupo de Lope, y el primero al partido de Cervantes.

Y esto con tal evidencia, que bastó que Lope escribiese en su famosa carta de 14 de Agosto de 1604: «..... cosa para mí más odiosa que mis librillos á Almendares y mis comedias á Cervantes»; para que el autor del *Quijote* proclamara en su *Viaje al Parnaso* (cap. VII):

Julián de Armendáriz no reusa,
Puesto que llegó tarde, en dar socorro
Al rubio Delo con su ilustre musa.

Tres años después de terminarse el curso cuya matrícula deajo consignada, publicó Armendáriz su *Patrón salmantino* (2), poema biográfico de San Juan de Sahagún, y es muy de notar la circunstancia, advertida ya por La Barrera, de que entre las poesías laudatorias que encabezan el libro figuren unas quintillas de Lope de Vega.

Hecho que en nada modifica ni atenúa la creencia de la

(1) Rojas Villandrando le cita entre los poetas dramáticos:

«Méscua, don Guillén de Castro
Liñan, don Félix de Herrera,
Valdivieso y Armendáriz, etc.....»

(2) *Patrón salmantino, de Julián de Armendáriz*. A D. Luis Carrillo, conde de Caracena..... En Salamanca por Artús Taverniel. Año MDCIII. (8.º) D. Bartolomé J. Gallardo califica á Armendáriz de «escritor puro, propio y castizo, teniéndole por «uno de nuestros más aventajados ingenios.

enemistad entre ambos poetas—como insinúa Barrera—y si únicamente viene á fijar la fecha y el motivo de esta desavenencia, que nació sin duda de haber censurado [Armendáriz alguna obra de Lope publicada entre Mayo de 1602 (fecha de las aprobaciones del poema) y Agosto de 1604, data de la carta de Lope.

Del dominicano Aliaga, más célebre por su supuesto antagonismo con Cervantes que por sus altos cargos políticos y religiosos, encontré la siguiente matrícula:

Libro de 1588 á 1589.

Colegio de San Esteban, de la Orden de Santo Domingo. (En la lista de los escolares). *Fr. Luis de Aliaga.*

Sabido es que Fr. Luis de Aliaga era natural de Aragón, y notorio que á D. Francisco de Quevedo, poco amigo suyo ciertamente, se deben casi los únicos juicios que nos restan de su vida.

Aliaga nació en Zaragoza el año 1565. Profesó en la Orden de Santo Domingo el 3 de Noviembre de 1582, fué lector en Teología hacia 1600 y se doctoró en dicha Facultad en la Universidad de Zaragoza á 16 de Octubre de 1602, obteniendo allí la cátedra de *Suma de Santo Tomás*.

Refiriéndose á esta época, escribió D. Francisco (1): «Leyó Teología en Zaragoza, mostróse licenciado en alguna proposición y fué apartado de la ciudad con reprehensión. Este descamino le negoció la asistencia al generalísimo de Santo Domingo Xavierre, y con título de Provincial de la Casa Santa le vino sirviendo á Madrid en la visita de la Orden. Arribó Xavierre á confesor del rey por la devoción del duque de Lerma á su religión.....» y muerto el P. Xavierre, Aliaga, que era confesor del duque, por mediación de éste pasó á serlo del monarca; pero, desconocido el favor de Lerma, se declaró enemigo suyo, y según la expresiva frase de Quevedo, «dejó de ser su absolución y fué su penitencia.»

(1) Quevedo: *Grandes anales de quince días*.

Entre los concurrentes á la Universidad de Zaragoza, cuando, engrandecida ésta por el celo del prior Cerbuna, llegó á contar con maestros como Juan de Rivas, Lorenzo Palmireno, Pedro Simón Abril, Malon de Chaide, Andrés Schotto y Fr. Jerónimo Xavierre, cita el P. Mir (1) á Fr. Luis de Aliaga, *catedrático más tarde en San Vicente de Paúl*.

Ninguna otra noticia existe—que yo sepa—de la carrera religioso-literaria de Fr. Luis de Aliaga; así tengo por curiosa esta matrícula, que nos prueba que en 1588-89 estudiaba en el famoso Colegio salmantino de San Esteban.

De D. Garcerán Albanel, maestro de Felipe IV (cuando éste no era más que príncipe) y después arzobispo de Granada, hallé la siguiente, entre las

Matrículas de 1579 á 1580.

1579.—*Garcerán Albanel, natural de Barcelona.*

Los documentos que dejo consignados ayudan á formar dos grupos de estudiantes, correspondientes á dos generaciones de poetas y hombres ilustres.

Al primero (de 1579 á 1580) pertenecen los tres grandes líricos D. Luis de Góngora, Pedro Liñán de Riaza y Bartolomé Leonardo de Argensola, á los cuales se une, por razón de contemporaneidad, el sabio maestro de Felipe IV, D. Galcerán Albanel.

Forman el segundo grupo (de 1579 á 1600) el admirable dramático D. Juan Ruiz de Alarcón; el Góngora de los púlpitos, Fr. Hortensio Félix Paravicino y Arteaga, poeta dramático de la falange de Lope, y el declarado adversario del Fénix, Julián de Armendáriz, autor del *Patrón Salmantino*.

Entre ambos grupos, aparece cronológicamente la matrícula de Fr. Luis de Aliaga (1588-89). A cuyos hallazgos—amén de ciertas curiosidades literarias—debo agregar los de

(1) *Bartolomé Leonardo de Argensola*, por el P. Miguel Mir, de la Real Academia Española.—Zaragoza, 1891, pág. 14.—A propósito del Padre Fr. Jerónimo Xavierre, v. la pág. 12.

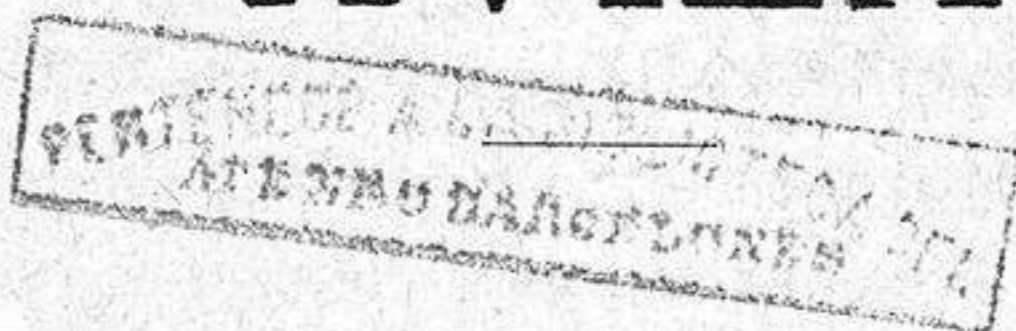
numerosos documentos relativos á los estudios de algunos frailes mercenarios, célebres en la Orden por sus méritos y altos cargos, y de otros, por varios conceptos, íntimamente relacionados con la vida de Fr. Gabriel Téllez.

Con verdadera pena volví á cerrar las cubiertas de rugoso pergamino sobre aquellas apretadas haces de nombres, entre los cuales acababa de saludar algunos tan gloriosos.

Estos son, mi ilustre y bondadoso amigo, los frutos de mi investigación en el Archivo de la Universidad de Salamanca; y como á la benevolencia de usted los debo, á usted se los ofrezco, envueltos en tan mala prosa, como buenos son los deseos que tiene de servirle su agradecida amiga q. b. s. m.,

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

AVILA



IGLESIAS ROMÁNICAS

Las murallas de Avila, con las casas señoriales, que trazaban dos círculos interiores de defensa, todavía perceptibles en el plano de la ciudad moderna, forman una de las mejores páginas, acaso la más interesante, de la Arquitectura militar de la Edad Media en España. Las iglesias y monasterios, pertenecientes á los estilos que se llaman románico y ojival, constituyen otra página brillante y de no menos importancia. Unos y otros monumentos, los militares y los religiosos, representan las dos ideas dominantes de los fundadores ó repobladores de la ciudad en el siglo XI. Esas dos ideas, que á veces llegan á confundirse en una sola, hasta el punto de que la iglesia se convierte en castillo fuerte, según demuestra la catedral avilesa, son, ya lo hemos dicho anteriormente (1), las inspiradoras de nuestra raza en aquel largo período de lucha con los invasores árabes, lucha en la cual la espada era el me-

(1) Véase nuestro artículo *Avila, monumentos viejos y tradiciones añejas* en el núm. 95 de LA ESPAÑA MODERNA.

dio de vencer y la cruz el símbolo de gloria. No son éstas meras hipótesis. La historia ha dejado muchas huellas, apenas visibles en nuestro suelo, y conviene rastrearlas por medio de la Arqueología, porque los monumentos suelen revelarnos, con verdad más patente que la misma crónica, el carácter, la tendencia y la constitución íntima de las generaciones que pasaron.

En demostración de este aserto, observemos la repartición de las construcciones religiosas en el plano de Avila. Las murallas forman lo que puede llamarse circuito de la ciudad antigua, empezada á levantar y fortificar á fines del siglo XI; pero, en rigor, lo que marcan es el perímetro de la ciudadela, á cuyos lados septentrional y meridional se extendieron desde la fundación de aquélla barrios ó arrabales, cuyas iglesias ó parroquias, levantadas sin duda en el curso del siglo XII, subsisten en parte. Es decir que Avila, de la que ya dijimos que sus murallas responden en trazado y sistema de construcción al sistema seguido por los romanos, fué toda ella reconstruída conforme al principio seguido en la antigüedad, que colocaba en una eminencia aquellos elementos indispensables para el organismo social, á saber: la defensa, el santuario principal del dios tutelar y las viviendas de los poderosos. Aquello era el acrópolis ó ciudadela, en torno de la cual, en el llano, se extendía el caserío ocupado por la masa común de la población y se hallaban los templos de las deidades populares. Dentro de la ciudadela de Avila hallaréis, además del Alcázar y de las citadas casas señoriales, la catedral, dedicada al Salvador, con su ábside románico formando el cubo más importante de la muralla, casi á la mitad del lienzo oriental de ésta; hallaréis tan sólo dos iglesias románicas, bastante humildes, la de Santo Domingo, hacia el centro del recinto, y la de San Esteban, en la parte baja, en el comedio de las líneas laterales de muralla. Extramuros hallaréis todavía en pie siete iglesias románicas al Septentrión, contando de Este á Oeste, la famosa *Basílica*, levantada en el mismo paraje donde su-

frieron su glorioso martirio los santos titulares Vicente, Sabina y Cristeta, de culto secular en la tierra avilesa; la parroquia de San Andrés; la ermita de San Martín, que fué parroquia en su origen (1); Santa María de la Cabeza, hoy iglesia del Cementerio, y la parroquia que fué (2) de San Sebastián, luego dedicada á San Segundo, gloria de la silla episcopal de Avila; al Mediodía, y en aquella misma dirección, la importante parroquia de San Pedro, la de San Nicolás, y aun podemos añadir la de San Pelayo, que existió en la ermita de San Isidoro, cuyos restos, desmontados tiempos ha del sitio en que existió tal fábrica, se ven hoy reconstruídos en el paseo del *Retiro*, en Madrid. Todas estas iglesias parroquiales, además de las derruídas ó reconstruídas, como San Juan, intramuros, y Santiago, extramuros, fueron los centros religiosos de aquellos barrios humildes ó arrabales en que moraban los menestrales, los labradores, la gente pobre, en fin, que vivía al amparo de los señores de la ciudadela.

*
* *

Uno de los caracteres constantes en las iglesias medioevales de Avila, es que están orientadas conforme á lo prescrito en las Constituciones apostólicas; es decir, que la curvatura de su ábside mira al Oriente, y el muro de fondo, donde suele estar la portada principal, mira al Occidente, y es de notar que en Avila se haya observado tan fielmente y por tanto tiempo esa disposición, mientras en Roma hay ejemplos bien antiguos de la inobservancia de la misma (3).

Las iglesias avilesas de estilo románico, están todas ellas construídas con una piedra de hermoso color amarillento do-

(1) Carramolino, *Guía del Forastero en Avila*, Madrid, 1872, pág. 87.

(2) Idem, *id.*, *id.*, *id.*, pág. 87.

(3) Martigny, *Diccionario de Antigüedades Cristianas*, trad. de Fernández Ramírez, Madrid, 1894, pág. 610.

rado, veteadada de rojo; es una piedra arcillosa (1), blanda, muy bien escogida para la construcción y decorado propios de ese estilo. En cambio, las iglesias de estilo ojival son de granito. El estilo románico prefirió siempre la piedra amarillenta, como vemos en los monumentos congéneres de Segovia, Salamanca, Burgos y otros puntos de la Península, y en numerosos de fuera de ella. Sin duda, por tendencia de escuela, se buscaba para la armonía del conjunto ese color dorado que da á las construcciones religiosas un aspecto tranquilo y venerable, que tan bien cuadra á los lugares de oración y recogimiento. Pero la piedra de Avila es peregrina por su veteado rojo.

La planta de dichas iglesias es la corriente de la primitiva basílica cristiana, en ninguna de aquellas tan pura como en San Vicente, que, por serlo en todo, tomaremos aquí como tipo y término de comparación con las demás. Consta de tres naves, la central más ancha y en el alzado más elevada que las otras dos, las cuales se ven interrumpidas por el crucero que completa en el trazado la figura de la cruz latina, y tres ábsides, como cabeceras de aquellas. Tiene tres puertas, dos en puntos opuestos de las naves laterales, y la principal al fondo. Nunca tuvieron las iglesias avilesas los pórticos de arquería que son constantes y característicos en las iglesias de Segovia y de Valladolid, pues el pórtico que tiene por su costado meridional San Vicente, es una adición, poco feliz, del siglo XV.

Prescindiremos aquí del simbolismo de las partes de la *basílica* latina, que cuidadosamente conservaron los constructores de San Vicente, y de que dan cuenta los monografistas de tan notable monumento; pero sí haremos notar que en éste, á

(1) D. Enrique Repullés y Vargas, en su monografía *La Basílica de los Santos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta en Avila*, Madrid, 1894, pág. 50, dice de la piedra de este monumento que es «*un argilofiro ó pórfido arcilloso, procedente de una cantera situada en proximidad al pueblo de La Colilla, á unos cinco kilómetros al Oeste de la ciudad*».

diferencia de los demás, se halla ante la gran portada ó *portabasilica* el atrio ó *nártex*, aunque no de las proporciones que en las primitivas basílicas, en las que servía para permanencia de los catecúmenos, penitentes y peregrinos, y tiene dicho atrio dos capillas que, á falta de catecúmenos, debieron servir para las otras dos clases de fieles que habían menester purificación ó descanso antes de entrar en el santuario. Otro recuerdo de la basílica latina, que se observa en San Vicente y en San Pedro, es el *cancel* sobre zócalo de piedra que separa la nave central del crucero para formar el coro para el clero.

En cuanto al alzado, los tres ábsides aparecen agrupados de modo que el central, por arrancar de un cuerpo que viene á ser como prolongación de la nave central, pasado el crucero, sobresale de los otros dos, que por la parte exterior parecen esconder casi un tercio de su desarrollo en el punto de intersección con los arranques de aquél; finas columnas adosadas dividen el tambor central en tres partes, y en dos los tambores laterales, abriéndose en ellas, sobre ligeras impostas, las ventanas, perfiladas en arco de medio punto, con sus columnillas adosadas, apareciendo el verdadero hueco rasgado y estrecho, con derrame al exterior, como una aspillera. Acaso San Vicente, por su situación avanzada, extramuros, pudo utilizarse como fuerte defensivo, y se previno el caso; pues en las demás iglesias, las ventanas, aunque estrechas, no lo son tanto. Únese el grupo de los absides al crucero, cuyas imafrentes con sus sencillos contrafuertes laterales y su rasgado y alto ventanal remata en piñón, que marca las suaves vertientes de techumbre, recordando la fisonomía de los templos latinos. En el medio del crucero álzase en San Vicente, como en San Pedro, y no en las demás iglesias, la linterna, cuadrada, con sus cuatro ventanas, uno á cada lado. Del crucero arrancan las tres naves que al exterior se distinguen por la mayor altura de la central, las tres con sus ventanas, correspondientes á los sucesivos tramos de las bóvedas. Y, por último, sólo en San Vicente, la portada, que quedó sin acabar, se abre entre dos cuerpos reforzados

de contrafuertes y coronados por un cuerpo de arquería, arranque, sin duda, de dos torres, que acaso no llegaron á terminarse, y de las cuales, la de la izquierda, fué rematada á fines del siglo XV con un cuerpo de gusto ojival decadente, que se despega del conjunto, y la de la derecha fué restaurada por el arquitecto Sr. Hernández Callejo, uno de los más entusiastas monografistas de la basílica (1).

En el interior, las naves están divididas por los machones, con sus columnas resaltadas, que sostienen los arcos y bóvedas, y los ábsides están cubiertos por el semi-casquete esférico, determinado por un arco de medio punto.

Tal es la estructura de San Vicente y la de las demás iglesias románicas avilesas, salvo las diferencias apuntadas y la de que las torres campanarios en San Pedro, San Nicolás (en esta iglesia altísima, como verdadera atalaya), San Andrés, no están al extremo de las naves, sino junto al ábside lateral izquierdo. Además, nos hemos referido á iglesias de tres naves y debemos advertir que las de San Isidoro y San Esteban son de una sola nave, y por consiguiente ésta forma con el ábside un solo cuerpo, careciendo de crucero.

Hemos hablado de arcos de medio punto: tal es el arco distintivo de todas las arcadas, portadas y ventanales del estilo románico; arcos á plena cintra son los que el observador descubre en el cuerpo central de la *Basílica*, en el apoyo de su linterna; pero estos arcos torales se ven calzados por arcos apuntados, puestos como refuerzo para que aquéllos sustentaran la dicha linterna, que es ojival; lo que denota que esta fué obra posterior á la primera construcción del templo, como lo fué también el embovedado de crucería de la nave central. A poco esfuerzo se advierten en San Vicente las distintas y sucesivas etapas de su fábrica, tal como se nos muestra hoy; y

(1) *Memoria Histórico descriptiva sobre la Basílica de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta en la ciudad de Avila.....* por D. Andrés Hernández Callejo.—Madrid, 1849.

si buscamos antecedentes en la historia, hallaremos una *Carta real* dirigida en 1290 al Consejo de Ávila, por Don Sancho IV, el cual dice en ella que porque había hallado la Iglesia de San Vicente *mal parada* y le habían mostrado una carta del rey Don Alfonso X, su padre, y suya, concediendo ciertas rentas para coste de las obras, ampliaba hasta la terminación de estas dicha merced; valiéndose de este documento y de los claros indicios que la misma fábrica manifiesta, el Sr. Repullés y Vargas, actual arquitecto restaurador de la *Basilica*, ha dado en su Monografía (1) de la misma un cuadro «probable» de la marcha de las obras, colocando la primera construcción en el siglo XII, las reparaciones de pilares y arcos á mediados del siglo XIII (tiempo de San Fernando), la continuación y terminación de estas reparaciones y la de los arcos torales, más la linterna ó cimborrio, á fines del siglo XIII (tiempos de Alfonso X el *Sabio* y de Sancho IV el *Bravo*), el zócalo y contrafuertes en la fachada Norte y arcos en la bóveda del *triforium* en el siglo XIV (tiempos de Alfonso XI). De suerte que el reinado de Don Alfonso el *Sabio* es el punto de partida de las obras de estilo ojival que se notan en la *Basilica*; y llamamos muy principalmente la atención respecto del hecho significativo de que las últimas de dichas obras fuesen las del *triforium*, es decir, las galerías que corren sobre las naves laterales, adición que no tuvo otro objeto sino el de prestar apoyo á la nave central. Es verdad que el paraje en que se alza la iglesia, por el gran declive y consiguiente derrame de las tierras, presta mal asiento á la fábrica y justifica dichos apeos, sobre todo la construcción del zócalo y contrafuerte por la parte Norte, que se hicieron al tiempo que el *triforium*. En la parroquia de San Pedro, también los arcos de la nave central son apuntados, y las bóvedas de crucería, y hay linterna muy semejante á la de San Vicente, pero con los ventanales á plena

(1) *La Basilica*, pág. 102.

cintra, que en San Vicente son apuntados; y, sin embargo, el aspecto de la fábrica de San Pedro es más uniforme y no se advierten tan claramente las adiciones del período ojival ó del que sirvió de transición del estilo románico, que es el prólogo de la arquitectura apuntada, al de pleno desarrollo de ésta.

San Vicente es, en suma, una fábrica levantada en todo el curso del siglo XII (acaso desde fines del XI) y acabada en los primeros años del XIII; reparada y alterada en sus primeras formas, durante un período que comprende desde mediados de dicha centuria hasta la mitad de la siguiente; y San Pedro es una construcción del siglo XII acabada ó reparada en el XIII.

De un modo ó de otro tenemos aquí dos ejemplos patentes de un hecho de suma importancia en la historia del arte, cual es el de que las fábricas románicas tal como fuera concebida primeramente su estructura, con los arcos de medio punto y las bóvedas de medio cañón, que en el cruce de dos daba por resultado la bóveda por arista, no ofrecía suficientes elementos de solidez para hacer á aquellas duraderas, y para este efecto se hizo menester en el siglo XIII voltear arcos apuntados y bóvedas ojivales; es decir, completar el sistema de construcción iniciado en los siglos XI y XII.

Por esta razón, salvo las indicadas modificaciones de estilo ojival ó de transición, la estructura y la fisonomía de las iglesias románicas de Avila se ofrece en todas uniforme. San Andrés, San Segundo, San Nicolás, que son las más importantes después de San Vicente y San Pedro, vienen á ser como reducciones, ó copias en pequeño, de esas dos importantes fábricas; y las demás iglesias, de una sola nave, aparecen como copias todavía más modestas del mismo tipo.

*
* *

Aparte de la estructura, impuesta por el sistema de construcción, las fábricas románicas se distinguen por su decora-

do. El estilo románico, á diferencia del bizantino, que sin duda le prestó algunos elementos, y á diferencia del ojival, fué muy sobrio de ornatos, y en Avila más sobrio que en otras partes. Los elementos de la construcción que podían prestarse á ser decorados eran los capiteles, las portadas, los ventanales, las impostas y las cornisas. Los motivos empleados en Avila para decorar esos elementos son muy pocos. Se reducen, salvo raras excepciones, que señalaremos, á las siguientes: en los capiteles, á una interpretación degenerada del capitel corintio con sus picadas hojas, que á veces se retuercen en voluta, ó en volutas que aparecen por encima de figuras, ora de sirena (motivo repetidísimo en portadas), ora de esfinges, ora de leopardos, ora de palomas, rara vez en figuras humanas, como las de un capitel de la portada Sur de San Vicente, en las que indica el Sr. Repullés si se habrá querido representar al conde D. Ramón de Borgoña y á su esposa Doña Urraca, reedificadores de la ciudad (1), y todos estos motivos bajo las fajas de hojarasca, palmetas enlazadas y cuadrifolios que corren por los biseles del abaco. En las portadas, aparte los capiteles, entre los que suelen alternar los de hojas con los de aves, cuadrúpedos ó seres quiméricos, la archivolta se compone de fajas (tres ó cuatro), de septifolias ú octifolias (de las cuales corresponden cada una á una dovela, labradas antes de sentarlas), alternadas dichas fajas con gruesos nervios que arrancan de las columnas; éstas, alternadas de pilastras, que corresponden á las fajas antedichas. En los ventanales suele servir de bordura al arco un baquetón ó una faja de ajedrezado; las impostas se engalanan también con este motivo, ó con trenzados, cuando no con palmetas, ó con las cuadrofilias, septifolias, etc., como los abacos y las fajas de las archivoltas; y por último en las cornisas forman los canecillos, lisos ó decorados con hojas, y los huecos intermedios con florones, cabezas ó figuras completas, precioso festón.

(1) *La Basílica*, pág. 64.

E. M.—*Junio* 1897.

Ninguna cornisa más rica hay en Avila, ni más curiosa en España, que la de San Vicente, por el costado Sur: forma una serie de arquitos, sostenidos por canecillos en forma de hojas; á cada arco corresponde un hueco, á modo de hornacina, ocupado por una figura diferente, humana, de animal ó de ser quimérico. La variedad, la fantasía y el acento y gracia con que están ejecutadas estas figuras hacen de ellas una de las mejores páginas del arte medioeval en Avila.

No es esta la única variante decorativa que en San Vicente se encuentra; pues aparte de la portada principal, de que pronto nos ocuparemos, los capiteles de los huecos ajimezados del *triforium* difieren totalmente de los citados: su forma, cuadrada por arriba, y las hojarascas de poco resalto que enriquecen bellamente su equino responden á un tipo completamente distinto.

También difieren de los caracteres antedichos los ábsides de la parroquia de San Andrés, cuya nave mayor conserva capiteles iguales á los de San Vicente. Dichos ábsides, tanto en su decoración exterior como en la interior, se apartan del tipo sobrio avilés, y recuerdan, por el contrario, en la riqueza decorativa de capiteles y cornisas la exornación de los monumentos coetáneos de Segovia. Un detalle particular que en San Andrés se halla es el peregrino arco lobulado que por el interior ofrece el ábside de la derecha.

Hemos citado el románico segoviano, y hora es de decir que el estilo románico de origen francés, introducido en España por los cluniacenses, tomó en cada localidad un carácter especial, formó escuela, por decirlo así, y por eso es útil estudiar en conjunto los monumentos que produjo en cada localidad y compararlos con los de las demás. Castilla y León forman una región del románico; Aragón, Navarra y Cataluña forman otra, en que se ofrece con caracteres distintos. En Castilla, el románico de Burgos y el de Segovia se distinguen por su gallardía de formas y más aún por su riqueza decorativa, que en los citados pórticos exteriores de las iglesias segovia-

nas suele ser extremada y variadísima de motivos, denotando la fecundidad, la fantasía y el buen gusto de los imagineros de tal escuela. El románico de Ávila, por el contrario, es muy sencillo: se contenta, como hemos visto, con muy pocos elementos decorativos, que repite sin atrevimientos, sin buscar nunca riqueza en el conjunto ni pagarse de detalles que el escultor labra con una simplicidad sistemática. Los monumentos románicos avileses, cuyos prototipos son las partes más antiguas de San Vicente y San Pedro, de los cuales son copias las demás iglesias, ofrecen una decoración pobre, ejecutada con una falta de vigor que revela el trabajo rutinario de una escuela que vivió repitiendo los mismos motivos. Sin duda que la vida de esa escuela llena todo el siglo XII; pero no sería extraño que aislada, como sin duda vivió, hubiera perpetuado en el siglo XIII los mismos sistemas y motivos, insensible á las nuevas ideas y tendencias de los decoradores de la cornisa del lado Sur de San Vicente y de los ábsides de San Andrés. De todos modos, forzoso es reconocer, á pesar de esa característica local sencilla, expresión, al parecer, de unos artistas de poco vuelo, que las obras mejores, como son las citadas partes más antiguas de San Vicente y San Pedro, representan, sin duda, el período más severo, más clásico, si vale la palabra, del estilo románico, mientras que los monumentos segovianos, algunos de ellos por lo menos, con su exuberancia de ornatos parecen representar la decadencia de ese estilo. Por consiguiente, la importancia del románico avilés está en ser sus monumentos de la buena época, la más pura del estilo.

*
* *

Las citadas variantes decorativas que ofrecen algunos monumentos avileses, debidas sin duda á artistas venidos de fuera y no á los mantenedores de las tradiciones de la escuela local, no son comparables á la más peregrina de todas, de la cual no hallaremos par sino en las mejores creaciones de la

escultura francesa. Queremos hablar de la portada principal de San Vicente, y no lo hemos hecho antes por lo mismo que es una obra tan distinta de todo lo demás, tan exótica, no sólo en Avila, sino en España. Inútil trabajo sería describirla, tratándose de una obra, ya que no popularizada como merece, bastante reproducida por fotografías y dibujos. Por otra parte, sería hartó prolijo describir aquella serie de archivoltas de variada exornación, sustentadas por columnas, á cuyos labrados fustes aparecen adosadas las figuras de los apóstoles; aquel tímpano, en el que falta una pintura, sustituida, no importa cuándo, por otra que tampoco importa conocer, y adornado con dos relieves representativos: el de la derecha, de la muerte del pecador y la del justo; el de la izquierda, de un pasaje de la historia de Lázaro y el rico avariento; cada relieve bajo un arco, cuyos apoyos son dos modillones laterales y la pilastra central, á la que está adosada la figura del Salvador.

A pesar del horrible deterioro que en tan hermosísimo monumento ha producido el vergonzoso vandalismo nacional, se descubre en esta portada un gusto tan exquisito en el trazado, un sentimiento tan estético en el modo de acentuar la forma y una delicadeza de ejecución, que pasma al observador y le hace comprender que se encuentra delante de una obra completamente distinta de lo demás que le rodea. El Sr. Hernández Callejo (1) encontró semejanza entre esta portada y la de Santa María en Toscanella, hecha en el siglo XIII; el señor Repullés echa de ver en ella una influencia oriental, y en la decoración de la archivolta inmediata al tímpano, ó sea la de menor radio, compuesta de figuras simbólicas del pasado, entre lacerías de fajas perladas, encuentra recuerdos de la orfebrería bizantina y de las obras de la escuela tolosana del siglo XII, y un carácter que se acerca más, dice, «á las artes de Persia que á las de Bizancio», y aún halla semejanzas con las archivoltas de la puerta principal de la catedral de San Dimi-

(1) *Memoria*, pág. 17.

tri en Vladimir (Rusia) (1). Ambos arquitectos procuran allegar datos, con estas comparaciones, para la exacta clasificación de una obra, cuyo origen no español reconocen tácitamente. Observada atentamente la portada, son patentes en la gallardía de las hojas, que bordean los arcos del tímpano, en el mismo trazado de éste, en los capiteles y en otros muchos detalles, un recuerdo vivísimo de las obras latino-bizantinas (si cabe denominarlas así) de Italia; se ven los elementos del arte pagano, apenas degenerados, como los conserva Italia, y se ve el modo de combinarlos que introdujo el arte bizantino, esto es, la influencia oriental. Por lo demás, esas lacerías que le recuerdan oportunamente al Sr. Repullés los dibujos caligráficos de los Códices del Norte, es el que vemos en algunas archivoltas de catedrales francesas, como las del Santo Triunfo, de Arlés, y la de Santa María de las Damas, en Saintes (2), que guardan mucha semejanza con las de San Vicente. Esos mismos elementos bizantinos se descubren también en esas y otras portadas francesas del siglo XII. Y si comparamos las figuras del Salvador y de los Apóstoles, tan bien hechas, tan airosas dentro de su arcaísmo, tan acabadas en los detalles anatómicos y en el menudo plegado de sus paños, con las estatuas de las iglesias francesas del siglo XII, pronto echaremos de ver que se impone una conclusión evidente: que la portada de San Vicente es obra de escultores franceses del siglo XII, y buena muestra, por cierto, de la escultura románica francesa de ese período.

* * *

De intento hemos dejado para lo último la catedral de Ávila, cuya parte románica es interesantísima y difiere tam-

(1) *La Basilica*, pág. 76.

(2) Baudot, *La Sculpture française au Moyen Age et à la Renaissance*. París, 1884, lám. I y XVIII.

bién de los demás monumentos, ya citados, del mismo estilo. Como muchas catedrales, la de Ávila se ha construído en varios tiempos. Los cronistas, de que se hizo eco Carramolino, pretenden que el edificador de la catedral fué el conquistador Don Alfonso VI, que la obra fué comenzada en 1091, que duró dieciséis años y que el arquitecto director de ella fué el maestro Alvar García, natural de Estella. No es menester insistir aquí en la falta de pruebas, y, por consiguiente, de fundamento, de tales noticias (1). Sólo la carta de dotación (2) que hizo á la catedral avilesa Alfonso el Emperador, nos da cuenta de que fué *noblemente edificada* por el padre de este monarca el conde Raimundo de Borgoña, á quien el citado conquistador confió la repoblación y reconstrucción de la ciudad; pero de esa primera catedral es evidente que no se conserva resto alguno, como no sea un trozo de muro con su cornisa de románicos canecillos, que se ve á la derecha de la puerta que cae á la parte septentrional. Lo demás, todo el ábside con su *deambulatorio* y capillas absidales, es de estilo románico de transición, y el resto ojival del siglo XIV, con adiciones posteriores. Por consiguiente, hay que dudar, con el arquitecto inglés Street (3), que alguna parte de la catedral sea de los tiempos de su primitiva construcción, fuera del trozo que nosotros acabamos de citar; Street vió, con acierto, que el carácter general de la fábrica es el ya conocido á fines del siglo XII, pero con alteraciones considerables y adiciones de períodos más cercanos, y observa con razón que el deambulatorio, con su doble nave y capillas abiertas en el grueso de la muralla (pues

(1) Véase nuestro citado artículo *Ávila. Monumentos viejos y tradiciones añejas*.—ESPAÑA MODERNA, tomo 95.

(2) Quadrado, en su conocido libro *Salamanca, Avila y Segovia*, entiende que la fecha de este documento, no conservada en su copia existente en el archivo capitular, debe fijarse entre 1130 y 1135.—(Ed. de Barcelona, pág. 341.)

(3) G. Ed. Street, *Some Account of Gothic Architecture in Spain*.—London, 1865, pág. 164.

el ábside es un cubo de la muralla de la ciudad) es de las obras más notables de su género en España. La catedral de Ávila es, con efecto, una fortaleza, cuyos puntos defensivos son el ábside y las torres, de las cuales sólo la de la izquierda ó lado septentrional quedó acabada.

El ábside es al exterior un cubo semicircular, de bastante desarrollo, dividido en varios lados por resaltos á modo de estribos, desgraciadamente perforados en el siglo XVI para dar luz á las capillas. A no ser por esto, aquel cubo, coronado por una barbacana sustentada por canes, creeríase macizo. Nada haría sospechar por fuera que en el tal macizo están abiertas las capillas absidales de una iglesia. Este cubo difiere del resto de la muralla, en su construcción de aparejo regular, en no ser macizo y en tener barbacana corrida: justamente los caracteres de la arquitectura militar de sistema normando, que vino á sustituir al romano á que la muralla responde. Hemos hablado de ello al ocuparnos de las murallas, y sólo recordaremos aquí que desde el siglo XII se acostumbró en las fortificaciones de tipo normando á abrir huecos ó nichos en el interior de los muros, para ofrecer seguros fallos á los minadores que pretendían entrar por sorpresa en las plazas fuertes, y que desde el XIII se voltearon arcos de descarga en el interior de las torres, y se hicieron de piedra, sobre canes, las barbacanas, que antes se hacían de madera; de suerte, que el cubo en cuestión debe ser obra del siglo XIII, pues las capillas, que hacen oficio de huecos para aquel fin estratégico, son la resultante de los arcos y bóvedas de descarga con que aligeraron la construcción de tan enorme fábrica.

Para entrar á la barbacana hay que dirigirse, desde las torres, por encima del antiguo tejado de la catedral, formado con losas de piedra, acanaladas, casi planas, y por bajo del tejado moderno, al camino de ronda de la muralla; allí se encuentra practicada en el recio espesor del muro del cubo, la galería que se desarrolla en semicírculo con la abertura de la

barbacana á los pies del que la recorre. Angostas escaleras suben desde la galería al adarve ó camino de ronda, y detrás del muro hállase en el espacio comprendido entre él y los ventanales de la capilla mayor (espacio que cruzan á dos alturas diferentes los arbotantes, que contrarrestan el empuje de la bóveda poligonal) lo que debió ser seguro resguardo de la gente armada que estuviera de repuesto en los días de pelea. Aquel semi-anillo, en el que hoy sirven de pavimento los tejadillos de la *girola* y en lo antiguo debió estar cubierto de piedra, como lo demás, es de los trozos más interesantes de aquella construcción semi-militar semi-religiosa. Sobre el cuerpo de la capilla mayor, aún se ve el almenado, en que apoya el tejado moderno; de modo que aquello fué una segunda torre defensiva.

Cuando se examinan las cubiertas del ábside, se razona la estructura interior del mismo. Componen el deambulatorio una doble nave y las capillas. Estos son los embovedados de descarga volteados en el espesor del muro. La doblenave formada por columnas (no machones) como los deambulatorios de las catedrales francesas de Soissons y Saint Denis, de mediados y fin del XII, toscas por cierto en Avila, y de granito, ofrece desiguales espacios, mayor el que media entre las columnas y los machones de la capilla mayor. Estas columnas no tienen explicación en un espacio pequeño cerrado por bóvedas de crucería, si no se viera y se comprobara que son los apoyos de los botareles de que arrancan los arbotantes arriba indicados.

En el deambulatorio, los huecos de la capilla mayor, en el siglo XVI cegados con relieves, estuvieron, como en todas estas construcciones, abiertos, por lo cual no fueron menester hasta entonces las ventanas que han estropeado el cubo. Las bóvedas del deambulatorio, especialmente las de sus extremos, son interesantísimas desde el punto de vista de la construcción, viéndose en ellas peregrinos atrevimientos en el modo de resolver las resistencias.

En cuanto al decorado, los capiteles de los arcos de las ca-

pillas son de fina labor de ornamentación vegetal, menuda, de excelente dibujo y de fina ejecución. En los ventanales de la capilla mayor es de notar una particularidad: dichos ventanales son ajimezados, cerrados por dos arcos inscritos en otro de medio punto; y cuando en la sucesión de ellos llega la curva del ábside que se traduce en lados de un polígono, como los espacios son menores, menores son también los huecos del ajimez y sus dos arcos de arcos de medio punto, que eran antes, se convierten en arcos de herradura, particularidad que no sería tan significativa si no se advirtiera que los capiteles de toda esa arcada participan de una influencia árabe evidente, que hace comprender que esos elementos decorativos, arcos y capiteles, son obra de mudejares.

La diferencia del color de las piedras—amarilla la caliza del románico, pardo el granito del ojival—y la diferencia de gusto y trabajo, manifiesta desde las alas anteriores del crucero, donde acaba la obra románica y empieza, en la catedral, la del estilo siguiente. Pero de este no debemos ocuparnos, pues lo mucho que de él puede decirse cae fuera de los límites que impusimos á este artículo, simple esbozo de los caracteres del estilo románico avilés.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

CRÓNICA LITERARIA

MISERICORDIA, novela por B. Pérez Galdós.—BEBBA, novela por C. Reyes.

Es probable que el público de Galdós no clasifique la reciente novela de éste, *Misericordia*, entre las mejores que han salido de la fecunda pluma de nuestro gran novelista. Faltan, en efecto, á esta obra muchas de las cosas que atraen y entretienen á los lectores de novelas: movimiento dramático, una acción individual que sobresalga y se destaque del conjunto de la fábula, lucha animada de pasiones, lances de amor, que son lo que principalmente interesa en la literatura recreativa.

Es muy posible también que la parte más selecta del público, aquella que se paga menos de los gustos vulgares, no coloque á *Misericordia* al mismo nivel de *Angel Guerra*, de *Realidad*, de *Fortunata y Jacinta*, ni acaso al de *Nazarín*.

Mas representa esta obra un verdadero esfuerzo literario. Para los literatos y los aficionados, para cuantos conocen algo, de telón adentro, las dificultades del *oficio*, la última novela de Galdós es una de las que mejor manifiestan la maestría de

este escritor, que con muy escasos elementos dramáticos, con una acción reducida al mínimun y un asunto esbozado tan sólo, ha sabido dar á su novela interés y vida extraordinarios.

Por la *manera* (aunque se trata de obras de asunto y condiciones muy diferentes), *Misericordia* me recuerda el drama *Gerona*. Así en esta producción escénica como en su reciente libro, el Sr. Pérez Galdós ha hecho gala de una gran sobriedad en el desarrollo del asunto, desdeñando los tópicos en que ordinariamente cosecha sus efectos la literatura.

En ambas obras hay la menor dosis posible de *efectismo*, de artificios para producir impresiones ó efectos que no emanen directa y espontáneamente del asunto. En ambas la evocación de la realidad, es muy sencilla pero muy viva. Muestran la vida—*Gerona* la vida pública de una ciudad en un momento de gran interés histórico; *Misericordia*, la vida privada de una clase, tan varia en condiciones, tipos y procedencias, cual la que forman los mendigos y menesterosos en una gran capital—muestran la vida, repito, con la menor cantidad posible de afeite ó compostura.

Gerona fracasó en el teatro; más ante la crítica que ante el público. Fracaso injusto, á mi entender, pues había allí el germen de algo nuevo, viable y fecundo. De un drama popular histórico, en que lo plástico de la representación entrara por mucho. De un género escénico que tratase de hacer revivir ante los espectadores grandes escenas históricas, amenizadas por una ficción literaria sencilla que sirviera para hacer más agradable y más asequible al público semi-ilustrado la parte histórica del drama. Este género sería acaso el medio más eficaz de popularizar la historia, de hacerla entrar por los ojos de la multitud y de resucitarla con su color local y de época, para lo cual son gran auxilio, sin duda, los elementos materiales de la representación dramática, decoraciones, trajes, etcétera. Obras de este género enseñarían mucho más de historia al público vulgar, que los manuales y compendios que andan en manos de las gentes y cuya seca y escueta relación de su-

cesos y fechas no despierta imágenes en la fantasía, y sólo graba en la memoria algunos confusos datos.

*
* *

Claro que *Misericordia* no tiene este fin educativo, si bien se parece al citado drama en que la ficción literaria de que se vale el novelista para presentar ciertos tipos y escenas de la vida real, está reducida á proporciones muy limitadas. El interés de esta novela consiste, en efecto, más que en la fábula trazada por la inventiva del novelista y en las situaciones en que coloca á los personajes, en el sabor de realidad que tienen, tanto los tipos, como las escenas de la obra. Sin esto, *Misericordia* sólo ofrecería mediano interés, pues el asunto de su principal acción se reduce á muy poco y casi nunca se levanta sobre el nivel de la vida ordinaria, ni por la lucha de pasiones ni por los conflictos en que se ven los personajes.

Pero, ¿basta eso en una obra literaria? ¿Es suficiente una enérgica evocación de la realidad, que desarrolle ante la fantasía del lector figuras y sucesos revestidos de las apariencias de la vida? La experiencia contesta afirmativamente. A no ser así, no habría sido viable la literatura naturalista, ni hubiese habido, acaso, para los libros recreativos otros tipos que el de las historias de caballería ó el de los cuentos de hadas.

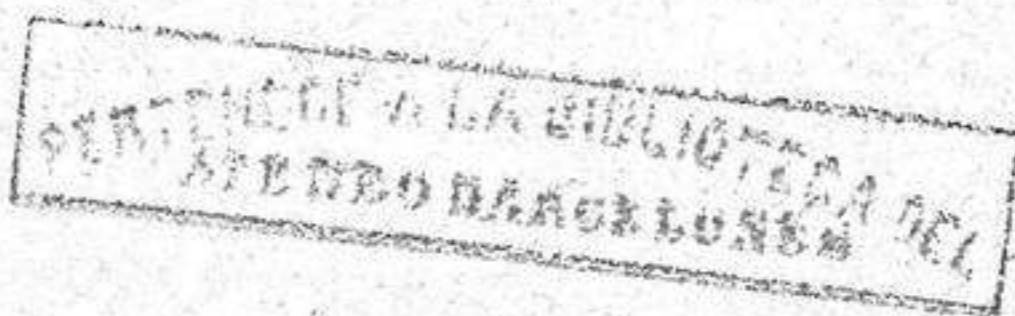
Si se quieren casos extraordinarios, aventuras maravillosas, personajes casi sobrehumanos ó sobrehumanos del todo, hay que buscarlos en este género, que no ha desaparecido, por cierto, sino que comprende actualmente numerosas variedades, desde la novela popular de aventuras, de Julio Verne ó de Laurié, hasta la forma novísima, bautizada por la crítica francesa con el nombre de *roman-poème*, y de que son ejemplo algunas obras del italiano G. de Annuzio y de los franceses Schuré, Sarrazin, y B. Lazare entre otros.

Mas junto á esta clase de obras literarias, ha habido siempre, ó al menos ha habido desde que la novela adquiere en

una literatura pleno desarrollo, otro tipo de obras, que no buscan el interés en lo peregrino y extraordinario del asunto, sino en la verdad y viveza de las representaciones, y que, por lo mismo, no desdennan los asuntos triviales, sino que tiene su gran repertorio en la vida común, que es la que más se presta á la observación, y por consiguiente á una expresión fiel y verídica, que sea como un simulacro de la realidad.

Un *yankee*, que emprende un viaje á la luna; un Nebo, como el de la *Decadence latine*, de Peladan; una Maximilla, como la de las *Vergini delle Rocce*, de Annunzio, no son seres con quienes nos codeemos todos los días en el mundo real. Son hijos de la fantasía, que, trasladados á los libros, conservan su aire de fantasmas, fantasmas encantadores ó simplemente entretenidos, pero fantasmas al cabo, con los cuales sólo sentimos una remota solidaridad. En cambio, humildes personajes humanos, incapaces tal vez de provocar nuestra admiración, nos producen emoción más honda que aquellas brillantes imágenes. Es que los hallamos más verdaderos, y así como los casos y escenas de la vida real nos impresionan más que los fingidos, entre estos últimos, los que mejor imitan á la realidad son los que mayormente nos conmueven, sugiriéndonos la ilusión de que ocurren entre seres de carne y hueso como nosotros, y á los cuales estamos ligados por los sentimientos de la solidaridad humana.

*
*
*



Esto sucede con la última novela del Sr. Pérez Galdós. En ella nos presenta á una pobre señora de la clase media, doña Francisca Juárez, que, por su imprevisión y despilfarro, *viene á menos*, hasta el punto de llegar á una mal disfrazada indigencia. Por fortuna, tiene esta señora, para remedio de sus desdichas, una antigua criada: Benigna, la *señá Benina*, raro

ejemplo de fidelidad doméstica, que, agotados ya todos los recursos para sostener la casa, pide limosna, recatándose de su ama, cuyo orgullo señorial (que es casi lo único que de sus tiempos de prosperidad conserva) se sublevaría contra el amargo recurso de la mendicidad callejera. En una de sus correrías, la pobre *Benina* es conducida, con otros mendigos, al asilo del Pardo. Al volver, encuentra mejorada la posición de su señora. Una herencia, venida muy á tiempo, ha traído, si no la abundancia, al menos algún desahogo á la familia. Lo que no encuentra *Benina* es la gratitud que esperaba. Se la señala un corto socorro, y la infeliz se ve alejada de aquella casa, en que pasó los días de privaciones y amarguras y que sostuvo valientemente en los períodos de penuria, tendiendo la mano á las buenas almas á la puerta de una iglesia.....

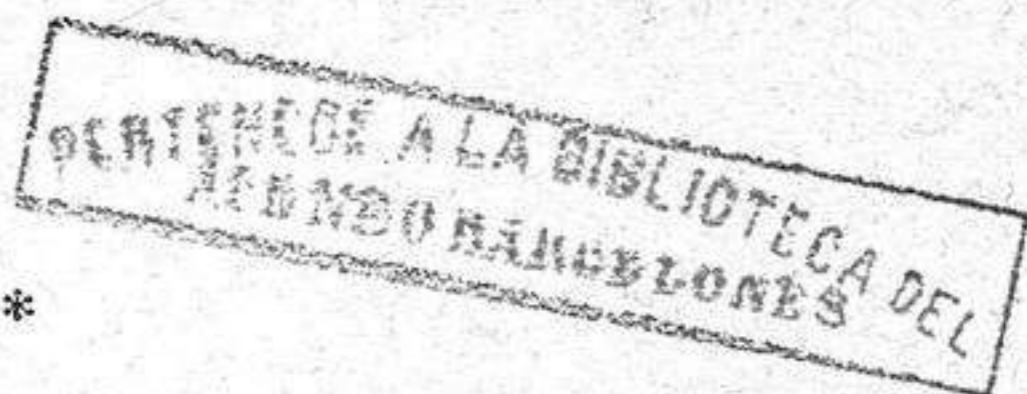
Tal es, en resumen, el *argumento* de *Misericordia*, haciendo abstracción de los episodios que de la acción principal se derivan. Alguno de estos hay muy interesante, como el del ciego Almudena, hebreo marroquí, que se enamora platónicamente de *Benina*, á pesar de los sesenta inviernos de la pobre criada. Es una figura muy poética la de este mendigo, peregrino venido de extrañas tierras, que sabe muchas historias fantásticas de gnomos guardadores de recónditos tesoros y anda con sus pobres ojos sin luz, buscando por el mundo á la dama de sus pensamientos, ó, mejor dicho, de sus sueños, como un héroe de leyenda ó de libro caballeresco. La figura de este Almudena se diferencia profundamente de las demás del libro; es un extranjero en la novela, un tipo aparte, que tiene muy poco de común con los demás de *Misericordia*.

Las aventuras de *Benina* dan ocasión al novelista para trazar diversos cuadros de la mendicidad madrileña. Se desarrollan ante el lector escenas de pordioseros pidiendo en los pórticos de los templos, pinturas de las casas de dormir en que se albergan los mendigos y de los tugurios de las afueras donde se cobijan algunos de estos infelices. Y alternando con la miseria sórdida, aparece la pobreza vergonzante, todavía más

amarga y penosa, de los *declassés*, de los *venidos á menos*, de Frasquito, doña Paca y Obdulia.

A pesar de la naturaleza del asunto y de la realidad de la pintura, no deja el libro impresión de repugnancia ni de horror. Y, sin embargo, la pobreza aparece allí con su acompañamiento de miserias físicas y morales. Pero los pobres que pinta Galdós no tienen aire ^{de} dantesco de desesperados; son buenas gentes que luchan por la vida á su modo, que ejercen su profesión y tienen su filosofía. Si no satisfechos, se muestran resignados con su suerte. Parecen casi felices; ¿quien sabe si relativamente lo son?

*
* *



Asusta en extremo la pobreza. Hasta la religión la cuenta entre los sacrificios supremos y le ofrece la perspectiva remuneradora de la bienaventuranza. Pero en las dichas y en los infortunios humanos hay algo de espejismo. Mirados á distancia parecen más amargos los unos y más placenteras las otras que son en realidad. El rico ó el que vive en holgada medianía tiene una noción más aguda y dolorosa de los horrores de la indigencia, cuando compara su situación con la del mendigo sucio y desarrapado que ve en las calles, que el pobre mismo, habituado á su mísera existencia. La maravillosa fuerza de adaptación del alma humana embota el dolor, como atenúa y borra el placer. Por ella, las dichas que ardientemente codiciamos, nos parecen sosas, de conseguidas, y el dolor que nos estremeció cuando era amenaza, nos resulta, cuando es realidad, menos punzante. Si apreciamos la dicha no por el conjunto de circunstancias favorables exteriores, sino por la disposición subjetiva, acaso el opulento á quien se ofrecen todos los placeres de la tierra se juzga tan infeliz por

pequeñas causas, como el mendigo que ignora si conseguirá el día de mañana el necesario sustento.

Claro está que esta semiequivalencia psíquica de las condiciones humanas no es una equivalencia real ni justifica el grito egoísta: «los pobres son los más felices.» No, no lo son. Aun resignados, aun satisfechos con su suerte, su condición es digna de lástima. Viven sujetos á todos los inconvenientes de la civilización y privados de la mayoría de sus ventajas. Su subsistencia depende del azar. Le están vedadas no sólo las satisfacciones materiales de la vida, sino gran parte de las espirituales, como son aquellas que proporciona el cultivo de la inteligencia, imposible ó difícilísimo para los que tienen que resolver cada mañana el apremiante problema cuya fórmula brutal y escueta es esta sola palabra: comer.

La inseguridad de la existencia del pobre se asemeja en algún modo á la del hombre primitivo. Verdad es que en una sociedad civilizada se da rara vez el caso de que se deje morir de hambre á un ser humano; pero en ella todo está acotado y adjudicado, todo en poder de dueño ó poseedor, y nada hay que libremente se ofrezca al primer ocupante. Todo es ajeno para el pobre, y hasta la misma conformidad con su estado es lastimosa las más veces, pues suele implicar degradación y atrofia de las naturales aspiraciones del hombre. Los casos de santidad, de renuncia del mundo, son rarísimos.

Mas si en algún país puede hacerse tolerable el oficio de mendigo, es aquí en España. En las naciones ricas, más metalizadas y más severas con la holganza, se impone la dura ley del trabajo, de la concurrencia, de la justicia distributiva; se paga bien, pero se da con tasa y con sujeción á reglas. Aquí se paga mal, ó no se paga, pero se da generosamente y sin contar. Una extensa y añeja organización parasitaria hace que todos den y todos pidan. Cada cual pordiosear y socorre de diversos modos, según su condición y estado. El mendigo es un tipo nacional, un elemento de la hampa, que ha dado origen entre nosotros hasta á una rica y abundante literatura

especial, la llamada picaresca, con la cual se relaciona *Misericordia*, como *Nazarín*, aunque no sean pícaros, sino santos, ó poco menos, sus respectivos protagonistas.

El pobre es *alguien* en España, tiene su fisonomía propia, le corresponde un lugar en el *panorama* nacional, entra como uno de tantos elementos pintorescos en la abigarrada impresión que se forman de nosotros los *touristas* extranjeros. Hasta se da el caso de que aquí, donde ricos y medianos ignoran el ahorro y viven al día, haya pobres que economicen y lleguen á ser capitalistas, inspirando, cuando el azar los descubre, indignadas gacetillas á los periódicos, que no calculan la suma de privaciones, de angustias y amarguras que representan los billetes de Banco ó los títulos del Tesoro hallados entre los mugrientos harapos de un pordiosero, muerto de repente.....

*
* *

Cuadra bien á la novela de Galdós su título *Misericordia*. El novelista no declama ni *hace consideraciones* sobre las causas y remedios de la miseria. Contempla el espectáculo de la mendicidad con ojos enternecidos, no con la fría mirada del moralista, á quien los infortunios de los menesterosos sugieren prudentes advertencias sobre las ventajas del ahorro y las consecuencias de la imprevisión. En toda la obra palpita un caluroso sentimiento de caridad, de misericordia, que, por decirlo así, se cristaliza en el personaje principal de la novela, en *Benina*.

Aunque el asunto nada tiene de risueño, aparece en esta obra, con oportunidad y discreción, el elemento cómico. Sobresale entre todas, bajo este aspecto, la figura de aquel metódico y timorato Don Carlos, que, como gran socorro, regala á su pobre parienta doña Paca..... una agenda de bufete, para que

E. M.—Junio 1897.

establezca una ordenada contabilidad doméstica, base, según él, de la prosperidad de las familias. Ofrecen también rasgos felices de este género Frasquito, Doña Paca, *Benina* y algunos de los personajes secundarios.

Hay entre estos uno que ofrece particular interés: Juliana, la ribeteadora con quien se casa el hijo de doña Francisca Suárez. El contraste entre la obrera que con su trabajo, su economía y su constancia, va camino de convertirse en *señora* y la señora acomodada que cae por su desorden y despilfarro en la miseria vergonzante, tiene sentido sociológico. Es un símbolo de la renovación de las clases modernas, y principalmente de la clase media, que por ser, más bien que una clase, un conjunto de muy varias condiciones y clases diferentes, ofrece tan á menudo ese espectáculo de humildes que se elevan, de ricos que vienen á menos, de gente que se despeña ó se desliza á los abismos de la pobreza, y de gente que, desde ellos, sube animosamente á la altura.

Ese cambio continuo de condiciones, debido, por lo general, en los casos favorables, á la constancia y á otros méritos, y en los casos adversos á vicios y debilidades, contesta mejor que nada á los declamadores y charlatanes socialistas que hablan de la clase media como si fuera una nueva aristocracia, inaccesible á los inferiores.

Del estilo de *Misericordia* poco hay que decir. Galdós es uno de los escritores que menos usan de afeites literarios. No hay en él sombra de amaneramiento, de prurito purista, de cuidado minucioso en limar y cincelar la frase. Mas por lo mismo que la forma literaria de sus novelas es sencilla, vigorosa y espontánea, pasan casi inadvertidos los pequeños lunares que podrían señalarse. La impresión del conjunto los hace desvanecerse. Y es de tener en cuenta también que por la naturaleza de los asuntos que suele elegir este escritor y por su manera de novelar, las formas del lenguaje popular y corriente (no del lenguaje plebeyo) preponderan en las obras del señor Pérez Galdós, las cuales ofrecen, desde este punto de

vista, gran interés filológico, y forman una rica colección de documentos literarios donde se contiene el tipo medio usual del castellano hablado en la época presente.

*
* *

Con gran interés he leído la novela *Beba*, del distinguido escritor uruguayo Sr. Reyles, de quien hablé en una «Crónica» anterior, á propósito de otra obra suya.

La prensa y la crítica hispano-americanas han celebrado mucho esta novela, encomiando lo castizo de su estilo, el color local de sus descripciones, el interés de la acción y la acertada pintura de los personajes.

La mayor parte de estos elogios me parece justificada. Hay exageración, sin duda, en comparar al Sr. Reyles con Pereda. Pero es cierto que el escritor uruguayo es, entre los de la América española, uno de los más castizos, de los que con mayor pureza escriben el castellano. En *Beba* hay poco que censurar bajo este aspecto, siendo lo que más disuena el uso del adverbio *recién*, que aquí anteponemos á los participios pasivos, y que el Sr. Reyles junta con otras formas gramaticales produciendo combinaciones tan extrañas como *recién cuando*, *recién estaba aprendiendo*, *recién á las doce del día*. Basta este pormenor para comprender que hay mucha diferencia entre el lenguaje de Pereda y el del Sr. Reyles, diferencia, por otra parte, muy explicable, pues en América, como en España y en todos los países, el habla común influye en el lenguaje literario, y allí es muy difícil que el uso general influya como elemento conservador del idioma. Tratándose de pueblos jóvenes en que se está formando la cultura nacional, que no tienen apenas tradición literaria propia, y que mantienen relaciones intelectuales más estrechas con naciones de otras lenguas que con la antigua metrópoli que les transmitió la suya; que además reciben de continuo elementos extraños, de diversos países é idiomas, aportados por la emigración eu-

ropea, es natural que la lengua hablada experimente numerosas variaciones y que éstas pasen poco á poco á la lengua literaria.

Con todo, el Sr. Reyles es superior, no sólo á muchos escritores americanos, sino á bastantes españoles, que si bien observan mecánicamente las reglas gramaticales, carecen de la intuición del alma del idioma y escriben de una manera pedestre, deslabazada y vulgar, con estilo de maestros de instrucción primaria.

Pero más que el escritor, sobresale en *Beba* el novelista. Quiero decir que la composición de la obra, su forma interna, su plan y desarrollo, me parecen superiores á la forma externa, al lenguaje. Algunos de los méritos que han visto en este libro los críticos hispano-americanos, no puede percibirlos el público español. El color local, la exacta pintura de las costumbres y paisajes del Uruguay, sólo los lectores de aquel país, ó los que allí hayan residido, pueden apreciarlos cumplidamente.

Pero, prescindiendo del mayor ó menor parecido local de las descripciones, cualquiera puede observar, leyendo el libro, que el Sr. Reyles sabe describir con colorido y poesía el campo, que ha sido siempre, literariamente al menos, el más espléndido fondo para que se destaque la pintura de un idilio amoroso.

Posee también el autor de *Beba* el arte de dar apariencia de realidad humana á sus personajes, y el menos difícil, pero tan necesario al novelista y al dramaturgo, de desarrollar la acción de manera que se sucedan naturalmente unas á otras escenas y unos á otros episodios, como si el autor copiase cosas sucedidas y no las fingiese y ordenara con su imaginación. Tiene, pues, el autor de *Beba* las principales condiciones que pueden exigirse á un novelista.

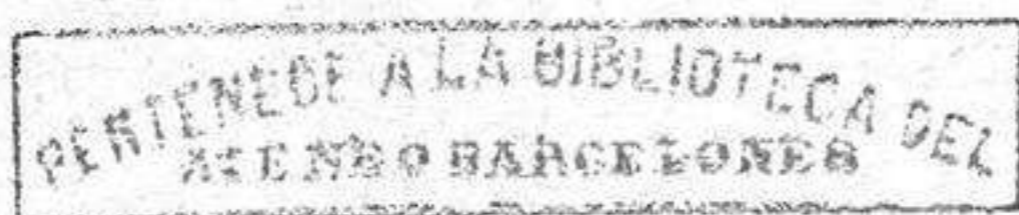
Recuerda su novela en algún punto, aquel idilio melancólico de *Le Docteur Pascal* con que cerró Zola la serie de sus *Rougon Macquart*, después del cuadro épico de *La Débâcle*.

Pero aunque *Beba* (diminutivo familiar de Isabel) y Rivero se asemejen un tanto al doctor Pascual y á Clotilde, es muy diferente la acción en una y otra novela.

En la del Sr. Reyles, lo que menos me agrada es el desenlace. Creo que el nebuloso arrepentimiento de Rivero y el suicidio de *Beba* no corresponden al carácter de estos personajes, tal como se muestra en la novela, sino que son hechos que aparecen fuera de todo determinismo y de toda correlación psicológica, como consecuencias que no están de acuerdo con sus premisas. Acaso hubiera hecho mejor el novelista dejando á sus dos principales personajes en pleno idilio de amantes satisfechos, en vez de señalarles la extraña expiación con que termina su historia. Mas parece exigencia excesiva por parte de un lector la de imponer al autor de un libro la solución ó desenlace más conforme á su gusto, y así termino felicitando al Sr. Reyles por su interesante novela, que muestra lo mucho que puede esperarse de escritor tan distinguido.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

LA PRENSA INTERNACIONAL.



EL EMPLEO DE LA VIDA.

VIII

DE LAS BIBLIOTECAS

Un gran inglés, Ricardo de Bury, obispo de Durham, dijo con razón, hace más de quinientos años, en elogio de los libros: «Son los maestros que nos instruyen sin palos ni palmetas, sin palabras duras y sin cólera, sin pedir regalos ni dinero. Si os aproximais á ellos, no duermen; si los intorrogais, nada os ocultan; si los desconocéis, jamás se quejan; si sois ignorantes, no pueden haceros burla.»

Si pudo hablar así hace tanto tiempo, con mayor motivo podemos hoy hacerlo nosotros. Porque los libros cuestan infinitamente menos caros y están al alcance de todos; están impresos, son manejables y ligeros, al paso que en otros tiempos eran inmensos, pesados, incómodos para llevarlos ó leerlos; y nuestros libros más sabios son de una lectura más fácil en

comparación de los antiguos. Cosa más importante todavía: además de los libros conocidos por Bury, nosotros tenemos otros muchísimos más. Hasta respecto á la literatura antigua, se han encontrado muchas obras perdidas. Puede afirmarse que en su tiempo casi no se conocía la novela; y respecto á la poesía, Bury vivió antes de que aparecieran Shakespeare y Milton, sin hablar de poetas más recientes. En cuanto á la ciencia, después de su muerte nacieron la química y la geología, y numerosos descubrimientos han hecho aumentar el interés de las otras ciencias.

Schopenhauer ha dicho que si la ciencia no le había producido nada, por lo menos le había evitado muchos gastos. Debemos reconocer que la ciencia no sólo ha aumentado inmensamente nuestra riqueza nacional, sino que ha disminuído muchísimo nuestros gastos. El dinero que hemos empleado en fundar escuelas, bibliotecas y museos es más bien una colocación remuneradora que un verdadero gasto. Sin embargo, no sostenemos las escuelas y bibliotecas públicas porque en definitiva son un ahorro, sino porque tan poderosamente aumentan la felicidad y el recreo de nuestros conciudadanos. Harto pocas diversiones tienen los pobres.

A menudo se me han burlado, con muy buen humor, porque afirmé que en la próxima generación nuestros más grandes lectores serán los artesanos y obreros. Pero ¿no viene en apoyo de mi tesis el creciente número de bibliotecas populares? Porque antes de poder fundar una biblioteca libre es necesario consultar á los electores del barrio, y sabemos que los eclesiásticos y los miembros de las profesiones liberales están en minoría en todas partes. Por consiguiente, los artesanos y los pequeños comerciantes son quienes fundan las bibliotecas y las utilizan. Los libros son absolutamente necesarios para los trabajadores de nuestras grandes ciudades. Su vida es en extremo monótona. La existencia del salvaje es mucho más variada: tiene que conocer y observar muy de cerca las costumbres de la caza, que él persigue, sus emigraciones y los lu-

gares que frecuenta; ha de saber dónde y en qué épocas puede pescar; cada mes le trae alguna mudanza en su alimentación. Necesita fabricar sus herramientas y construir su casa, encender fuego, una cosa tan fácil hoy, delicada y difícil para él. De igual modo, el campesino tiene variedad de ocupaciones: labra y siembra, siega y recolecta; se ocupa de sus vacas, de sus cerdos y carneros. Conducir un arado, hacer una empalizada ó atar una gavilla, dista mucho de ser tan fácil como se supone. Cuéntase que habiendo un día pedido un extranjero ver el gabinete de trabajo de Wordsworth, su criada doméstica respondió: «Este es el cuarto de dormir del señor, pero trabaja en el campo.» El labriego aprende también muchas cosas en el campo; sabe muchas más cosas de lo que suponemos, pero es ciencia campestre, que vale tanto como la de los libros.

Pero el obrero de fábrica tiene una existencia mucho más monótona. Está condenado al mismo trabajo, á veces al mismo detalle de fabricación, desde el comienzo al fin del año. Sin duda, logra á veces una habilidad manual casi milagrosa, pero muy limitada. Si no quiere concluir por no ser más que una máquina animada, tiene que pedir algún recreo y alguna distracción á los libros, y á veces sólo á los libros. Por fortuna, desde hace algún tiempo hay tendencias á disminuir las horas de trabajo, excepto en los almacenes; y, cosa menos agradable de hacer constar, hay momentos de paro forzoso. Pero las horas de ocio nunca deben ser horas de pereza: el vagar figura entre los mayores beneficios y la pereza es una de las más grandes maldiciones que puede haber; el uno es una fuente de felicidad, la otra lo es de desdicha. Si un pobre se encuentra sin trabajo durante algunos días, ¿qué puede hacer? ¿Cómo empleará sus horas desocupadas? Si puede penetrar en una biblioteca, no las perderá.

Todas las razones que tenemos para instruir á los niños son válidas para los adultos. Hoy tenemos en todas partes excelentes escuelas de instrucción primaria. Nos ocupamos con

afán en instruir á nuestros hijos. Les enseñamos á leer y á que les guste la lectura. ¿Y por qué? Porque estamos convencidos de que el estudio á todos aprovecha, que todo hombre estudioso llega á ser mejor obrero y todo obrero mejor hombre. Pero nunca se debe dejar de instruirse, y las bibliotecas son las escuelas de los adultos. Cuéntase que siendo niño el rey Alfredo tuvo gran deseo de poseer determinado libro. «Lo tendrá cuando sepa leerlo», dijo su madre. Y con esta condición lo obtuvo Alfredo. Nuestros hijos han aprendido á leer; ¿no tienen también derecho á libros, en recompensa? Además no faltan libros y los mejores son los menos caros de todos. La lectura es un placer que no depende de la riqueza, siendo casi el único del cual se pueda decir esto.

Los que nos ocupamos de negocios parece que nunca estamos satisfechos de lo que tenemos. Pero la fortuna nos da más libros de los que nunca podremos leer.

Empezamos nada más á comprender que la educación debe durar tanto como la vida; que nuestros hijos deben aprender otras cosas que gramática y palabras; que también deben ejercitarse los ojos y las manos. Por otra parte, la existencia de los adultos nunca debiera consagrarse únicamente á trabajos manuales ni á perseguir la riqueza. Deberían poder consagrar alguna parte á adquirir conocimientos intelectuales y á desarrollar su inteligencia. Todo hombre debiera también poder añadir algo á la suma de los conocimientos humanos; por humilde que sea su condición puede esperar hacerlo. No apreciamos aún la dignidad del trabajo manual; y por otra parte se tiende con sobrada facilidad á creer que la ciencia es una cosa inaccesible, buena solamente para los filósofos y los hombres de genio, y para quienes tengan con qué comprar aparatos especiales. Pero esto es un error. ¿A quién debemos nuestra fortuna? Sin duda, en parte, á prudentes monarcas y á grandes hombres de Estado; en parte, á nuestro valiente ejército de mar y tierra; en parte, á los atrevidos exploradores que han puesto los cimientos de nuestro imperio colonial; en parte tam-

bién á los filósofos y á los pensadores. Pero, aun acordándonos con agradecimiento de todo cuanto les debemos, no debe olvidarse que el obrero, no sólo se ha servido del vigor de sus brazos para ayudarnos, sino que también ha sabido hacernos aprovechar sus ideas. Watt era mecánico; Henri Cort, cuyos descubrimientos industriales han añadido á la riqueza nacional una suma que se estima equivalente á la de la Deuda nacional, era hijo de un albañil; Huntsman, que inventó el acero fundido, era relojero; Crompton, tejedor; Wedgwood, alfarero; Brindley, Telford, Mushat y Neilson eran simples operarios; Georges Stephenson guardaba vacas por cuatro sueldos diarios, y no aprendió á leer sino á los dieciocho años; Dalton era hijo de un tejedor; Faraday, de un herrero; Newcomen, de un herrero también; Arkwright fué peluquero; sir Humphrey Davy estuvo de mancebo en una botica; Boulton, el padre y creador de Birmingham, era hijo de un operario fabricante de botones, y Watt hijo de un carpintero. El mundo debe mucho á esos hombres, y su especie es numerosa. Debiéramos estar tan orgullosos de ellos como de nuestros grandes generales y de nuestros hombres de Estado.

Háblase con frecuencia de naciones «civilizadas»; y, sin duda, ciertos pueblos merecen este epíteto más que otros. Pero ningún país lo merece aún por completo. Necesítase que nos esforcemos en crear entre nosotros una verdadera civilización. Las bibliotecas pueden mucho en ello.

Hay muchas personas cuyo nacimiento equivale á una condena á trabajos forzados perpetuos, pero no por eso es necesario de ningún modo que su existencia sea sólo vacío y miseria. Precisamente porque tienen pocas diversiones y su vida es monótona, importa que tengan á su alcance buenos libros.

Uno de nuestros mayores hombres de ciencia, sir John Herschel, dijo: «Si se me permitiera elegir una afición que me sostuviese en todas las circunstancias de la vida, que fuese para mí un manantial perpetuo de felicidad y de alegría, una protección contra todos los males de la existencia y contra la

hostilidad de los hombres, escogería la afición á la lectura. Seguramente será dichoso el hombre que tenga ese gusto y medios para satisfacerlo, á menos que no le den los libros más nefastos. Porque de pronto penetra en la sociedad más escogida de todas las épocas, se convierte en ciudadano de todos los pueblos y contemporáneo de todos los siglos. Para él se ha creado el mundo.»

Los libros son cosas casi vivas. «Los libros—dice Milton—contienen en sí una descendencia viviente tan activa como el alma de la cual descienden.»

Los grandes escritores no perecen. «No ha muerto aquel cuya alma sublime eleva consigo á tu alma. Vivir eternamente en los corazones no es morir.»

El duque de Urbino, fundador de la gran biblioteca de Urbino, dispuso que cada libro se encuadernase con púrpura y se adornase con oro. Lamb decía que con más razón debieran darse gracias antes de abrir un nuevo libro, que antes de sentarse á la mesa.

IX

DE LA LECTURA

Los libros son á la humanidad lo que la memoria es al individuo. Contienen la historia de la especie humana, sus descubrimientos, la sabiduría y la experiencia acumuladas de los siglos; son el espejo de las maravillas y hermosuras de la naturaleza; nos sostienen en nuestras desgracias, nos consuelan en nuestras penas y tristezas, convierten nuestras horas de tedio en horas de delicias, llenan nuestro espíritu de ideas, de pensamientos sensatos y bienhechores, nos hacen salir de nosotros mismos y de nuestras miserias.

Hay un cuento oriental en que se trata de dos hombres, uno de los cuales era rey, pero soñaba todas las noches que era mendigo; por el contrario, el otro era mendigo y soñaba todas las noches que era rey y que vivía en un palacio. No sé si el rey era el más feliz de los dos. La imaginación es á veces más viva que la realidad. Sea como fuere, la lectura nos permite ser verdaderos reyes, si queremos, y habitar en los más suntuosos palacios; y, lo que aún vale más, nos transporta ante las montañas ó el mar, á las más bellas regiones del mundo, sin fatiga, sin hastío y sin gasto.

«Dadme— dice Fletcher—permiso para divertirme á mi antojo. El sitio donde están mis libros, esos inmejorables compañeros, es para mí una regia corte, donde á todas horas puedo conversar con los sabios y filósofos de otros tiempos; y á veces, para variar mis placeres, hablo con reyes y emperadores, discuto sus consejos, juzgo severamente y condeno sus victorias si se han logrado con deslealtad, y en mi ánimo rompo sus estatuas erigidas con injusticia. ¿Podría, por tanto, renunciar yo nunca á tan seguros placeres, para adquirir vanas é inciertas riquezas? ¡No! Sea todo vuestro afán reunir oro; todo el mío será acrecentar mi ciencia.»

Hanse comparado á menudo los libros con los amigos. Pero, mientras que entre nuestros compañeros la implacable muerte se complace en quitarnos los mejores y mejor dotados, el tiempo, por el contrario, mata los malos libros y purifica los buenos. Muchos hombres que disfrutaron de todos los beneficios de la fortuna, afirman que en la lectura es donde encontraron su mayor felicidad.

Ascham hace en su *Maestro de escuela* el conmovedor relato de su última visita á lady Jane Grey. La encontró sentada en el hueco de la ventana saliente, ocupada en leer la hermosa descripción de la muerte de Sócrates, en Platón. Sus parientes cazaban en el parque; ladraban los perros; se les oía por la ventana abierta. Díjola él su sorpresa al no verla fuera, á lo cual contestó: «Segura estoy de que todo el placer que

saborean en el parque, no es sino una sombra en comparación del que yo experimento al leer mi Platón.»

Macaulay era rico, poderoso, célebre, sano; y, sin embargo, en su biografía dice que las horas más dichosas de su existencia á los libros las debió. En una encantadora carta á una niña pequeña, exclama: «Gracias te doy por tu lindísima carta. Mucho me alegro de poder contentar á mi querida niña, y nada me es tan grato como ver que le gustan los libros; pues cuando sea tan grande como yo verá que valen más que todos los pasteles y dulces, que todos los juguetes y espectáculos, y que las diversiones de sociedad. Si yo pudiera ser el rey más grande de la tierra, con palacios y jardines, hermosas comidas y buenos vinos, magníficos trajes y cientos de criados, pero á condición de no tener nunca libros que leer, no querría ser rey; preferiría ser un pobre en una buhardilla con un montón de libros, que un rey á quien no le gustase la lectura.»

En efecto, los libros nos dan la llave de palacios encantados. Dice Juan Pablo Richter: «Se ve más á distancia desde el monte Parnaso, que desde un trono.» Hasta nos dan una idea más viva de las cosas, que la misma realidad. Y si un libro no nos interesa, no siempre tiene la culpa el libro. Saber leer es un arte. Leer de un modo pasivo no vale gran cosa. Todo el mundo cree saber leer y escribir, cuando, en realidad, poquísimas personas saben escribir ni aun leer con fruto.

«Más enseña el estudio en un año que la experiencia en veinte, dice Ascham. Enseña aquél sin peligro, al paso que ésta nos da más sufrimiento que sabiduría. Pésimo capitán es el que no llega á ser maestro sino á fuerza de hacer naufragios; ruín mercader es el que sólo llega á ser rico á fuerza de quiebras. La sabiduría que se compra con la experiencia cuesta muy cara.»

La elección de libros, como la de amigos, es un deber importante. Somos tan responsables de lo que leemos como de lo que hacemos. Un buen libro, repitiendo las nobles palabras de Milton, «es la sangre preciosa y vital de un ingenio maestro,

embalsamada y preservada expresamente para una vida que superará á su vida.»

Para sacar de nuestros libros, no digo tan sólo el mayor beneficio, sino sencillamente el mayor goce posible, es preciso leerlos para instruir á nuestro espíritu más bien que para recrearle. Los libros de fácil y amena lectura son útiles, como el azúcar forma una parte importante de nuestra alimentación; pero no podemos vivir sólo de eso.

Hay libros que nada valen: leerlos sería perder el tiempo. Los hay tan perniciosos, que no se pueden leer sin mancharse. Casos hay en los cuales conviene estar advertidos de los riesgos y tentaciones de la vida; pero todo lo que con el mal nos familiariza, es un mal. Hay libros, en abundancia por fortuna, que es imposible leerlos sin sentirse mejor. Los libros más hermosos nos elevan hasta regiones de pensamiento desinteresado, en que toda consideración personal llega á ser insignificante y en que se olvidan todos los cuidados y zozobras de este mundo. No hay nada tan doloroso como verse interrumpido en medio de semejante lectura. Duélese de ello Hamerton, de una manera conmovedora:

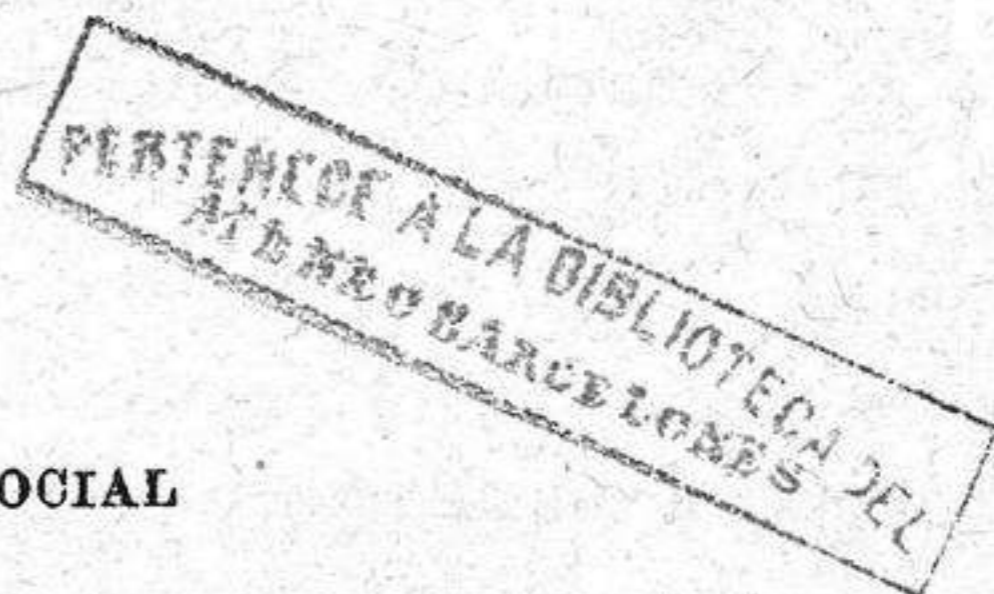
«Supongamos que un lector esté absorto por completo en la lectura de un autor, que acaso pertenece á otra época y á otra civilización. Supongamos, por ejemplo, que estais ocupados en leer la defensa de Sócrates, en Platón, y que toda la escena se despliega ante la vista interior como en un cuadro. Véis el Senado de los Quinientos, la pura arquitectura griega, el público ateniense todo oídos, el odioso Melito, los enemigos llenos de envidia, los amigos muy amados llenos de tristeza y cuyos nombres inmortales nos son tan queridos; y en medio el hombre vestido como un pobre, de lana burda en invierno y verano, el rostro ordinario y casi feo, pero iluminado con tal expresión de valor y de franqueza, que ningún actor podría simularla. Oís la voz serena que dice: «Τιμάττι δ'οὖν ἀνὴρ θανάτου · εἶεν ·» Comenzais el sublime párrafo en que Sócrates se condena á ser alimentado á expensas del Pritáneo. Si conseguís ve-

ros libres de toda interrupción hasta el fin, saborearéis uno de esos minutos de noble placer que son la recompensa del trabajo intelectual.»

Es imposible leer durante una hora un libro interesante y bueno sin sentirse más dichoso y mejor. Y este placer perdura: nos da un tesoro de ideas felices y fortalecedoras, de donde podemos tomar á cada instante. Nuestra literatura es la herencia y el derecho inalienable de nuestra raza. Hemos producido y seguiremos produciendo algunos de los más grandes poetas, filósofos y sabios del mundo. Ninguna raza puede jactarse de poseer una literatura más brillante, más noble, ni más pura; es más rica que nuestro comercio, más poderosa que nuestras armas. Es el mejor título de gloria del país: nunca le estaremos demasiado orgullosos, ni demasiado agradecidos.

X

DEL DEBER SOCIAL



Todos ayudamos á gobernar nuestro país, y uno de nuestros mayores deberes consiste en prepararnos para esta gran responsabilidad. Para ello hace falta estudio y pensamiento, tanto ó más que buena voluntad. La grandeza misma, la extensión de nuestro Imperio son manantiales de peligro. Gobernamos á numerosas razas humanas, muchas de las cuales tienen ideas y aspiraciones harto diferentes de las nuestras. Pongamos como ejemplo la India. Su población es casi diez veces la de Inglaterra, y está dividida en grandes grupos pertenecientes á razas y religiones distintas. El indio propiamente dicho formó parte de la misma gran raza humana que nosotros. Su lengua no sólo es semejante á la nuestra por su origen y por su estructura, sino que contiene algunas palabras

que también se encuentran en el inglés. La palabra *poor*, con la cual terminan tantos nombres indios, corresponde á la palabra *borough* (ciudad, *burgo*), que entre nosotros es una terminación muy común. Pero los mismos indios no son más que una parte de la población de la India; y por la sangre están mucho más cerca de nosotros que de las razas dravidianas del Sur ó de los malayos y chinos del Este, aun cuando entre ellos y nosotros han labrado hondas diferencias el tiempo y la distancia. Su religión les mantiene en estado de guerra con los musulmanes, que en otro tiempo fueron y probablemente volverían á ser dueños de la India, si nosotros abandonásemos el país.

Pero si la India es quizá para nosotros la mayor de nuestras responsabilidades, tenemos también otras muchas. En toda la superficie del globo estamos en contacto con otras grandes naciones. Plantéanse y se plantearán siempre problemas que exigen tacto, moderación y miramientos por nuestra parte. Nuestros hombres de Estado deben saber cuándo es preciso amainar y cuándo resistir, así como la nación debe reconocer á qué hombre de Estado debe sostener ella.

La historia de la humanidad nos muestra una sucesión de grandes imperios que se han hecho polvo; Egipto, Asiria, Persia, Roma crecieron y se derrumbaron. En épocas menos lejanas florecieron Génova y Venecia, en gran parte, como nosotros, por sus naves, colonias y comercio. Para que nos sea dado evitar análogo destino, preciso es que evitemos sus faltas. «Mil años no siempre bastan para crear un Estado, y basta una hora para hacerlo caer hecho polvo (1).»

Respecto á nuestra política exterior, tenemos tanto interés como deber en conservar las más cordiales relaciones con los otros países. Por desgracia, las naciones suelen mirarse entre sí con ojos hostiles. Y, sin embargo, un poco más de luz nos hace ver que siendo todas ellas cosas humanas, todas debieran

(1) Byron.

ser amigas. Un predicador del país de Gales hacía comprender esta idea por medio de una imagen sencilla, pero muy notable. Contaba que paseándose cierto día vió enfrente una forma monstruosa en lo alto de un cerrillo; al aproximarse, descubrió que era un hombre; cuando estuvo muy cerca reconoció en él á su hermano.

Los demás pueblos no sólo son hombres, sino también hermanos nuestros, y por muchas maneras nuestros intereses son los suyos. Si sufren nos hacen sufrir también, y todo lo bueno que les acontece es también beneficioso para nosotros. El mayor de todos los intereses de Inglaterra es la paz y la prosperidad del mundo entero. El fulgor de la guerra ha deslumbrado la imaginación de la humanidad..... Se nos habla «de la pompa, de todo el glorioso aparato de la guerra», se repite que cada soldado lleva un bastón de general en la mochila; pero no podemos imaginarnos los infinitos sufrimientos que ha causado á la especie humana.

La carnicería y el dolor que la guerra origina son espantosos, y eso es un irresistible argumento en pro del arbitraje. El actual estado de cosas es una vergüenza para la especie humana. Puede dispensarse á las tribus salvajes que diriman sus contiendas por la fuerza de las armas; pero que naciones civilizadas empleen semejantes medios, eso repugna no sólo á nuestro sentido moral, sino á nuestro sentido común. Europa sostiene hoy en pie de paz tres millones de soldados; en pie de guerra diez millones, y se prepara á que asciendan á veinte millones. Los gastos nominales suben todos los años á doscientos millones de libras esterlinas; pero reclutándose casi todos los ejércitos del continente por medio del sorteo, son mucho mayores los gastos reales. Añadamos que si esos tres millones y medio de hombres estuviesen empleados en un trabajo útil, estimando en 50 libras esterlinas el producto anual de esa labor, sería preciso aumentar en ciento setenta y cinco millones de libras la suma antes indicada, lo cual hace subir á 375 millones de libras al año la totalidad de los gastos de gue-

E. M.—Junio 1897.

rra en Europa. Ciertamente, hay consideraciones más grandes y más graves que las relativas al dinero; pero, en último término, el dinero representa vida y labor humanas. Es imposible considerar tales preparativos militares y marítimos sin concebir las mayores inquietudes. Si no nos llevan á la guerra, nos conducirán algún día á la bancarrota y á la ruina.

Los principales países de Europa se hunden cada vez más en la Deuda pública. Durante los veinte años últimos la Deuda ha subido: en Italia, de 483 millones de libras á 516; en Austria, de 340 á 500; en Rusia, de 340 á 750, y en Francia, de 500 á 1.300. Si se suma el importe de las deudas contraídas por los Gobiernos del mundo entero, se ve que en 1870 ascendían á 4.000 millones, carga fabulosa, terrible, aplastante. ¿Qué diremos hoy? Esas Deudas reunidas se elevan á más de 6.000 millones de libras esterlinas y siguen creciendo de día en día.

Lo peor es que la mayor parte de esa carga enorme, aterradora, no está representada por ningún valor real, no ha producido nada útil; se ha despilfarrado pura y simplemente, ó lo que es más triste desde el punto de vista internacional, se ha gastado en hacer ó preparar la guerra. De hecho, jamás conocemos hoy el verdadero estado de paz; en realidad, siempre estamos en guerra, sin batallas y sin matanza, por fortuna, pero no sin terribles sufrimientos. Hasta entre nosotros, en Inglaterra, la tercera parte de las rentas públicas sirve para preparar guerras futuras, otro tercio para pagar el coste de guerras pasadas, quedando nada más que un tercio para gobernar y administrar el país.

Aunque mi fórmula no es «la paz á toda costa», no me da vergüenza decir que es «la paz casi á cualquiera precio». Evidentemente, hay cierto número de cuestiones vitales que no pueden someterse al arbitraje; pero el conde Rusell, autoridad en la materia, decía que no hubo ni un solo caso de guerra durante los cien últimos años, que no hubiera podido resolverse sin apelar á las armas.

La última vez que vi á Gambetta hablamos de este asunto y me dijo, con la manera tan animada de expresarse que le era familiar, que si los gastos continuaban al mismo paso, llegaría un momento en que los franceses no serían más que un pueblo de mendigos ante una hilera de cuarteles. De entonces acá los gastos no han seguido al mismo paso, sino que lo han acelerado.

No puede pensarse en el estado de Europa sin inquietud. Rusia está arruinada por el nihilismo; Alemania teme al socialismo; Francia está aterrorizada por las amenazas de la anarquía, y marcha á escape hacia la bancarrota. Ciertamente, nada puede justificar ó excusar los últimos crímenes anarquistas; pero nada acontece sin alguna causa en este mundo. En el continente, los obreros dan por pobrísimos salarios horas de trabajo terriblemente largas. Léanse las noticias recién venidas de Italia, y se verá la mísera condición de los trabajadores agrícolas en ese país. En Francia y en otras naciones no es nada mejor la condición de los pequeños propietarios.

Siento mucha simpatía por la causa de la jornada de ocho horas; pero el *meeting* que hubo en Hyde Park hace dos años proclamó, con mucha sensatez, que la jornada de ocho horas no era posible sino por un convenio internacional. Pero si se sostienen las actuales instituciones militares, no se podrá restringir nada de las horas de trabajo. El único modo de llegar á la jornada de ocho horas consiste en disminuir los presupuestos de guerra.

Los tributos necesarios para sostener los ejércitos de mar y tierra, obligan á cada hombre y á cada mujer á trabajar una hora diaria más de lo necesario para su beneficio propio. En realidad, la religión de Europa no es el cristianismo, sino el culto al dios de la guerra. Pero, á lo menos, podemos echar todo el peso de nuestra influencia en el platillo de la balanza que lleva la Paz, esforzarnos en conservar cordiales relaciones con los países extranjeros y tratarlos con cortesía, justicia y generosidad.

Muchos países trabajan también en hacerse la guerra, y de un modo bien estúpido, por medio de vejaciones económicas. Cowper ha dicho que «la barrera de las montañas, forma los odios de las naciones, las cuales, de otro modo, querrían aproximarse y unirse como las gotas de una misma agua.» Pero, de hecho, las peores barreras son las levantadas entre sí por las naciones (aduanas, derechos de importación, etc.), y lo que aún es peor, todas las envidiadas é inmotivadas malquerencias en virtud de las cuales cada una atribuye á la otra hostiles propósitos, que tal vez ninguna de ellas haya concebido nunca.

Ese mismo espíritu de celos y de inquina que hay tan á menudo en el fondo de las relaciones internacionales, agría también de la más triste manera la política interior. Pero insultar no es discutir, sino más bien confesar la debilidad propia. Dícese, es cierto, que las revoluciones no se hacen con agua de rosas. Y, sin embargo, más mudanzas se han producido en la constitución del mundo por la discusión que por la guerra; y aun allí donde se ha hecho uso de la guerra, la pluma ha dominado muy á menudo á la espada. Las ideas son mucho más poderosas que las bayonetas.

«La humanidad—dice Mill—está muy poco adelantada aún para que un hombre pueda sentir esa universal simpatía con todos los demás, que imposibilitaría toda discordia en la dirección general de todas las vidas; pero aquel en quien está realmente desarrollado el sentimiento social, no puede pensar ya en el resto de los seres semejantes á él como en rivales que contra él pelean para adquirir la felicidad, y á los cuales debe desear ver vencidos en sus esfuerzos, para que pueda salir él victorioso en los suyos.»

Para realizar nuestra tarea de ciudadano con sensatez y utilidad, es preciso, como dice Burke, cultivar con esmero nuestro espíritu, conducir hasta el pleno desarrollo de vigor y de madurez todos los sentimientos honrados y generosos que están en nuestra naturaleza; aportar al servicio y al gobierno

del procomún todas aquellas de nuestras disposiciones que son apetecibles en la vida privada; ser así patriotas y no olvidar que somos unos perfectos caballeros (*gentlemen*). La vida pública es un puesto de poderío y que requiere energía. Lo mismo falta á su deber quien duerme á la hora de la guardia que quien se pasa al enemigo. Pensemos más bien en hacer lo que debemos, que en reclamar lo que se nos debe.

Lord Bolingbroke, en su ensayo titulado *Espíritu del patriotismo*, cita y aprueba una observación de Sócrates: «Aunque ningún hombre se atreve á emprender un oficio que no haya aprendido, ni siquiera el más humilde, sin embargo, todo el mundo se cree competente para desempeñar el oficio más difícil de todos, el de gobernar.» Hablaba según la experiencia que de Grecia tenía. No hablaría de otro modo si viviese en este momento en Inglaterra.

En efecto, tenemos una grandísima variedad de problemas que exigen solución inmediata. Todos tratamos de educar á nuestros hijos, pero no es probable que á nadie se le ocurra que hemos encontrado un sistema perfecto de educación. Las luchas entre el capital y el trabajo están en vías de empobrecer nuestro comercio, de cortar el vuelo á nuestra industria; y, á poco que duren, harán bajar los salarios al disminuir los pedidos. La salud de nuestras grandes ciudades aún deja mucho que desear. Todavía está en mantillas la ciencia.

Por otra parte, toda cuestión de progreso, fuera de la vida cotidiana de la comunidad, exige un perpetuo esfuerzo. Las discusiones del Parlamento, la dirección de los asuntos locales, la administración de las oficinas de Beneficencia, en una palabra, los negocios de la comunidad entera reclaman tanto cuidado y tanta atención como los de los individuos; y hay una tendencia creciente, que se puede aprobar ó desaprobado según las ideas propias, hacia una organización autónoma.

Además, siempre hay pobres entre nosotros. Pero hay menor disposición á la anarquía y al socialismo que en otros países, gracias en parte á nuestras numerosas instituciones cari-

tativas, á una simpatía cada vez mayor entre pobres y ricos; y, en parte también, gracias á nuestras leyes en favor de los pobres, al libre cambio y á las condiciones físicas más satisfactorias que disfrutamos.

Sin duda, el entusiasmo es la palanca que hace mover el mundo; pero es triste pensar cuánto tiempo y dinero se ha malgastado en vanas experiencias, que una tras otra habían abortado ya. Han sido peor que inútiles, puesto que han hecho más daño que beneficio á aquellos á quienes debían auxiliar.

Acudir con eficacia en ayuda de otro es cosa menos fácil de lo que se cree.

Necesítase mucho juicio y clara videncia, á la vez que mucha bondad.

El dinero no es la cosa más esencial. En efecto, una autoridad en esta materia, miss Sewell, dice: «Parece que voy á soltar una paradoja, pero tengo por cierto que cuanto más pobre es un barrio menos se necesita que la caridad se haga allí con dinero, por lo menos en primer término.» La solicitud y el amor valen más que el oro. Quienes dan su tiempo conceden más que quienes distribuyen su dinero. Por otra parte, es muy de temer que el dinero y el entusiasmo, sin experiencia y disciplina, hagan más daño que provecho, pues lo que se hace mal puede perjudicar más que lo que se deja de hacer.

Más vale dar esperanza y fuerza, que socorros en metálico. La ayuda más eficaz no consiste en tomar sobre sí los males ajenos, sino en inspirar á los hombres la confianza y la energía necesarias para que los soporten solos, para que aprendan á afrontar con ánimo valiente las dificultades de la vida.

Preciso es tener cuidado de no aflojar el resorte de la independencia, en nuestro deseo de aliviar la miseria del prójimo. Siempre hay esta dificultad inicial: que ayudando á los hombres se les quita el principal motivo de trabajar, se debilita su sentimiento de independencia; todos los seres que viven á expensas de otro tienden á convertirse en simples parásitos. Por consiguiente, nunca deis un socorro en dinero; limitaos á dar

á las personas ocasión de valerse por sí mismas. Debiéramos preguntarnos siempre si estamos en camino de destruir en el pobre el sentimiento de sus deberes, en lugar de darle los medios de cumplirlos mejor. Las relaciones humanas son cosas tan complejas, que por necesidad todos debemos muchas cosas á nuestro prójimo; pero, en cuanto fuere posible, todo hombre debería esforzarse en salir por sí solo del atolladero.

No podemos esperar ver á los otros conformarse con nuestro ideal. Sólo podemos ayudarles á realizar lo más elevado que hay en su alma, y alentarles en todo esfuerzo en pro de su perfeccionamiento moral. Siempre que se da dinero con sobrada generosidad, es para eximirse de alguna responsabilidad, más bien que por caridad verdadera. Sin embargo, todo esfuerzo consumado con la mira puesta en el bien general, tiene invariablemente su recompensa. Ningún trabajo nos proporciona más felicidad que el que hemos hecho con desinteresado propósito. El trabajar para otro añade dignidad al más humilde trabajo.

Y, por humilde que en efecto sea vuestro trabajo, hacedlo de todo corazón.

Trabajar en bien de nuestra patria, sin importarnos á qué precio ni con qué riesgo, es un deber absoluto; y «aquel que, por temor al peligro ó á la muerte, evita cumplir sus deberes para con su patria ó para consigo mismo, no es digno de vivir, puesto que la muerte es cosa inevitable y la virtud vive eternamente (1).»

Ocurre, aunque rara vez, que los servicios que podemos prestar á nuestra patria nos acarreen gravísimos peligros. Más bien se trata de sacrificar en aras de ella una parte de nuestros ocios, de consagrar algún tiempo á deberes ó trabajos que pueden parecer poco heroicos ó fastidiosos, pero no por eso menos necesarios.

Los negocios públicos (comisiones, elecciones y reuniones

(1) Gilbert.

leectorales, discursos, cargos municipales ó provinciales), son cosas poco novelescas sin duda, que no deslumbran la fantasía y no hacen palpitar el corazón. Sin embargo, un voto en tiempo de paz vale tanto como un sablazo en tiempo de guerra, y su eficacia no es menor aunque no se haya vertido sangre ni perturbado la paz.

El voto no es un derecho, sino un deber que todos hemos de estar dispuestos á cumplir.

Nadie tiene derecho á disfrutar de todos los beneficios de la desinteresada actividad de sus conciudadanos, á no ser que contribuya á ella por su parte en la medida de sus fuerzas, por débiles que sean.

«El medro personal no debe considerarse nunca—dice Bacon—como el objetivo de la existencia.»

Nunca se pierde el tiempo consagrado á cumplir sus deberes sociales, ni aun colocándose en un punto de vista bastante egoísta y bajo. «Porque el amor al prójimo, el impulso por el cual obramos en su pro, ayudándole y sosteniéndole; el deseo de disminuir la suma de ignorancia y error, de disipar las equivocaciones y de reducir la cantidad de miseria sufrida por los hombres; la noble aspiración que nos impele á desear que por parte nuestra el mundo sea mejor y más feliz que antes de nosotros: estos son impulsos verdaderamente sociales y que acrecientan nuestra dicha aumentando la felicidad ajena» (1).

Meditemos también las nobles palabras de Marco Aurelio: «Ofrece al gobierno del dios que hay dentro de tí un ser viril, maduro por la edad, amigo del bien público, un romano, un emperador, un soldado de centinela en su puesto, como si aguardase la señal de la trompeta, un hombre dispuesto á perder la vida y cuya palabra no necesita el apoyo de un testigo, ni el testimonio de nadie.»

«El tiempo y el mundo—dice Keble,—son los términos de prueba donde nos preparamos para el cielo y la eternidad; y

(1) Arnold.

Dios hará los siglos futuros análogos á los momentos de nuestra vida.»

Hacer algo, por poco que fuere, para acrecentar la felicidad ó la moralidad de los demás, es de seguro la ambición más alta, la mejor esperanza que pueda tener un hombre.

Dícese que Pedro de Médicis ocupó á Miguel Angel en esculpir una estatua de nieve; eso era malgastar neciamente preciosos momentos. Aún más neciamente malgastamos nosotros nuestros momentos preciosos en esculpir ídolos de fango.

«Todos nos quejamos—dice Séneca,—de lo breve de la vida; y, sin embargo, tenemos más tiempo que acierto en saber emplearlo. Mucha parte de la vida pasa en hacer mal, otra mayor en no hacer nada, y casi toda ella en hacer lo contrario de lo que debiéramos.»

Sin embargo, por sensato que sea nuestro empleo del tiempo, los más favorecidos de nosotros logran muy poca cosa.

Uno de los elementos más importantes de la felicidad y del buen éxito consiste, sin disputa, en la facultad de trabajar con perseverancia y de seguido. Cicerón decía que para vencer se necesita audacia, audacia y siempre audacia. Mejor sería decir que hace falta perseverancia, perseverancia y siempre perseverancia.

«Un corazón regocijado es un festín perpetuo. Una pequeñez con temor de Dios vale más que un gran tesoro donde hay turbación. Más vale una comida de hierbas donde hay amistad, que una de buey cebado donde hay odio» (1).

Y en otro versículo:

«Un mendrugo de pan seco, donde hay paz, es preferible á una casa llena de manjares aderezados, donde hay discordias» (2).

Nuestra casa no es para nosotros preciosa, cual antaño, como refugio contra la arbitrariedad de los grandes ó del Es-

(1) *Proverbios.*

(2) *Proverbios.*

tado, sino contra los afanes y desasosiegos de la existencia: es un puerto de seguro abrigo en medio de las tempestades que necesariamente encontramos durante nuestro viaje á través de la vida; porque las existencias más felices conocen esos períodos de agitación, y el medro solo no da la felicidad ni la tranquilidad de ánimo.

El hombre no fué creado para vivir solo, ni aun en el Paraíso terrenal. «¿Qué haría un alma aislada, hasta en el mismo cielo?», dice Bernardino de Saint-Pierre. Pero si el pensamiento de todo hombre debe referirse á su hogar, también es preciso que aquél se nutra de elementos exteriores. No estamos hechos para la soledad únicamente, ni para la sociedad de un modo exclusivo. Ambas son bienhechoras y hasta diré que necesarias.

«Ni en la agitación del mundo, ni lejos de ella, florece el jardín que amo. Llegan á él noticias de la zumbadora ciudad en el sonido de las campanas, doblando á muerto ó volteando á boda. Y á través de la espesa umbría de las hojas que envuelve el banco donde estamos sentados, óyense palpar en el aire las tocatas del reloj de la catedral; aunque entre ella y el jardín se extiende una legua de pradera regada por una corriente de agua ancha y lenta, que, movida por la pulsación regular y perezosa de los remos, hace ondular sus nemífares indolentes, y se arrastra bajo el peso de sus barcos mercantes hasta los tres arcos del puente, donde se corona con la tiara de las torres de la catedral» (1).

Las bellezas naturales son un goce perpetuo, pero la luz del cielo es muy poca cosa si el corazón permanece sombrío.

A nuestra familia debemos todos nuestros sentimientos de afecto, veneración y amor. Es la base y el origen de toda civilización, la verdadera educadora, la que nos enseña el bien, la que apela á todo cuanto hay más noble y elevado en nuestros

(1) Tennyson: *La hija del jardinero*.

sentimientos. ¿Pueden los mismos ángeles nada superior á esto: hacer felices á los demás?

Vuestra casa puede ser humilde, fea, sin poesía, fría, aun hostil; pero allí está la esfera de vuestra influencia y de vuestros deberes. Cuanto mayores dificultades encontréis en ello, más mérito y más felicidad tendréis en vencerlas.

Es más difícil soportar con paciencia los cuidados ó la injusticia, que llevar á cabo el trabajo más penoso: es un sacrificio de nuestro mismo ser, más costoso que cualquiera otro sacrificio de dinero, de tiempo ó de esfuerzo.

Pocos hombres sienten deseos de hacer desdichados á los demás; por otra parte, no es verosímil que esos pocos lean jamás lo que aquí digo. Pero es probable que en la gran mayoría de los casos lo que hace sufrir á otros sea más bien la falta de reflexión ó de tacto que la carencia de corazón. Acoged á todo el mundo con la sonrisa en los labios, con palabras benévolas y cordiales. No basta amar á quienes queremos, sino que es preciso darles muestras de nuestro cariño. A menudo, por ignorancia, por falta de reflexión ó de juicio, ofendemos á quienes más amamos y á quienes más quisiéramos servir.

Todos sabemos qué auxilio y apoyo moral encontramos en algunas sencillas palabras de estímulo.

«Muchas veces he dicho para mí—escribe lord Chesterfield—y sigo pensando siempre lo mismo, que una de las cosas más ignoradas es el verdadero modo de querer y de odiar. Se perjudica á aquellos á quienes se ama por excesiva indulgencia, cerrando los ojos ante sus defectos, á veces hasta alentándolos. Y cuando se aborrece, perjudicase uno mismo dejándose llevar de pasiones y arrebatos de ira exagerados.»

Hasta en medio de nuestros amigos es solitaria nuestra existencia: «Estamos con respecto á los otros como en islas diferentes de un mismo mar; estamos encerrados en la cárcel de nuestro cuerpo» (1).

(1) Juan Pablo Richter.

¡Cuán poco conocemos á nuestros amigos, á nuestros mismos parientes! Hasta los miembros de una misma familia viven á menudo en un verdadero aislamiento; sus existencias siguen líneas paralelas que nunca se encontrarán; no tienen ningún contacto real unos con otros.

«El corazón que nos ama con mayor ternura, y que más caro nos es, no adivina la mitad de los sentimientos que se esconden tras una de nuestras sonrisas ó uno de nuestros suspiros» (1).

Pasamos los días en discutir el tiempo, la última novela publicada, la política, la salud, las cualidades ó los defectos de nuestros vecinos, todo lo que ninguna relación tiene con nuestra vida interior, la cual es la única verdadera. Y hasta cuanto más vulgar y menos importante es una cosa, mayores probabilidades tiene de ser discutida, y quienes menos tienen que decir son precisamente los que más hablan.

Pocas personas se dan cuenta de que la conversación es un arte difícil. Para que una familia esté realmente unida y sienta al unísono, no bastan el cariño y la buena voluntad común; es preciso que también haya simpatía, así como la facultad de expresar y de hacer expresar ideas. Y si advertís que las gentes no se divierten, proponéos divertirlos.

Personas hay que hacen gala de decir siempre todo lo que les viene á las mientes. Sin duda, conviene que todos sean verídicos y sinceros. Pero la conversación exige alguna selección en las ideas. Si queremos interesar, necesitamos hacer algún esfuerzo para conseguirlo.

La primera víctima de un hombre que siempre está de mal humor, es él mismo: «Así, disgustando siempre á los demás y disgustado él de todo, no halla contento sino en estar siempre descontento (2)»; y no estando contento nunca de nada, jamás es feliz. Y, á ciencia cierta, disminuye también la dicha de los

(1) Keble.

(2) Pope.

demás. Hacer felices á quienes nos rodean, eso no exige ningún gran sacrificio por parte nuestra. Pero no basta querer; para conseguirlo se necesita tacto y estudio, hace falta constancia. Para hacer bien alguna cosa, buena ó mala, es menester aplicarse.

Mucho pueden las maneras benévolas y cordiales. Hay un refrán antiguo que dice: «Los modales constituyen el hombre.» Es cierto que más de un hombre ha debido su fortuna á sus maneras, como, con frecuencia, el carecer de ellas ha comprometido el buen éxito de otros muchos. El mismo primer ministro no siempre elige sus colegas únicamente por su práctica de los negocios, su elocuencia, su entendimiento ó su carácter, sino también á veces por sus modales. Prefiere aquellos que saben hacerse simpáticos á todo el mundo.

«Suele suponerse que la Concordia y la Discordia son expresiones derivadas de una metáfora musical. Tienen un origen más significativo: significan la unión ó la desunión de los corazones» (1).

Si no hay más remedio que reprender, hágase á lo menos con dulzura; sobre todo si se trata de niños, porque «la cunita de un niño se obscurece con más facilidad que el cielo estrellado del hombre» (2). Se dice que Rubens con una sola pincelada hacía llorar ó reír la cara de un niño. Y en la vida todos tenemos ese poder. A veces basta para ello una sola palabra.

Excelente máxima es la que nos aconseja reprender á solas y elogiar en público. Lo que digais en particular será escuchado con agradecimiento, porque en ello se advierte benevolencia. El efecto de vuestras palabras será más grande; al paso que un elogio público estimula más y recompensa mejor.

Sobre todo, si os veis obligados á reprender, hacedlo con firmeza pero con dulzura y como pesándoos; mientras os fuere posible, no mostréis ira ni acritud. «Si no hubiese estado co-

(1) Manwell, *Meridiana*.

(2) Juan Pablo Richter.

lérico, decía Architas á su esclavo, te hubiera castigado.» Si sentís ira, esperad por lo menos un momento y reflexionad antes de hablar. Mattheu Arnold afirma que la prueba más cierta de elevada cultura es una inagotable indulgencia que siempre se hace cargo de las circunstancias, y juzgando con severidad los actos juzga con dulzura á las personas. Pronto nos igualará á todos la muerte; acordaos de esto, y tratad á cada uno con cortesía, como conviene á un cumplido caballero.

A no ser por fuerza mayor, nunca os separéis con ira, ni aun con frialdad, de un amigo. Acordaos de que toda separación puede ser definitiva.

Hay palabras que son verdaderos rayos de sol; hay otras que se clavan como flechas en la carne y emponzoñan cual mordeduras de serpientes. Y si las palabras ofensivas pueden hacernos sufrir tanto, ¡cuánta felicidad deberemos á veces á una frase benévola!

Las buenas palabras—dice Jorge Herbert—no cuestan nada y valen muchísimo, porque: «Más de una flecha disparada al azar se clava en un blanco no previsto por el arquero; y más de una palabra pronunciada al acaso puede aliviar ó herir á un corazón lacerado.»

Ni siquiera es necesario siempre emplear palabras. Cuando Pedro negó á Cristo, nos dicen sencillamente que «el Señor miró á Pedro». Esa mirada de triste reconvención fué lo bastante: Pedro se retiró á llorar con amargura.

De igual manera que una mirada puede hacer sufrir, aun después de larga separación, una mirada basta á veces para llenar de júbilo el corazón. ¡Con qué ardor no deseamos el amistoso recibimiento de que estamos seguros! Basta una amable sonrisa para aclarar el día más obscuro. «Estar con quienes se ama: esto basta» (1).

(1) La Bruyère.

No seais demasiado retraídos. No temais demostrar cuáles son vuestros sentimientos. No sólo se debe ser afectuoso, sino que también se deben dar pruebas visibles del afecto. Sed tiernos, de un corazón siempre ardiente, atento y cariñoso. La simpatía presta mayores servicios que la caridad, el cariño vale más que el dinero, y una frase bondadosa causa más placer que un regalo.

Elegid vuestros amigos con mucha discreción: «son los adornos más bellos y preciosos de la existencia» (1). Escoged vuestra sociedad entre las personas honradas, «y lo seréis también vosotros», dice Jorge Herbert. «Dime con quién andas y te diré quién eres», dice un refrán español.

No es menos importante la elección de nuestras amigas. ¡Cuántos sabios han sido arruinados por sirenas, empezando por el rey Salomón! «Su noble carácter, extraviado por bellas idólatras, decayó hasta el punto de servir á inmundos ídolos» (2).

«La amistad es la joya de nuestra vida», ha dicho Lily; y el hombre que no tiene amigos merece profunda compasión, pues probablemente él es el único responsable de su aislamiento.

«Nadie es tan maldito por el destino, nadie está solitario tan por completo, que no vibre ningún corazón al unísono del suyo, aunque sea secretamente» (3).

¿Es preciso en absoluto, según la triste frase de Keble, que hayamos de estar todos aislados y solitarios?

«Encerrada cada cual en su oculta esfera de alegría ó de dolor, permanecen y viven separadas en sus celdas nuestras almas; y nuestros ojos ven lo que les rodea, con aspectos de felicidad ó de pena, según la luz interior que de cada corazón brota» (4).

Sin embargo, con frecuencia es apetecible la soledad; por-

(1) Cicerón.

(2) Milton.

(3) Longfellow.

(4) Keble.

que es difícil querer á su vecino, si se está condenado á no separarse nunca de él.

Ocurrirá forzosamente que de vez en cuando os creeréis con derecho á quejaros; pero entonces sed pacientes y razonables, tratad de colocaros en el punto de vista de los demás. Sobre todo, no os apresuréis nunca; la naturaleza no se apresura. «Quien mucho corre tarde llega», dice un refrán antiguo. Pero, sobre todo, no os déis prisa á reñir con las personas. Reflexionad primero, y aguardad antes de decidiros. Por muy resentido que pueda teneros la conducta de un amigo, al cabo de veinticuatro horas la vereis con otros colores.

Si habéis escrito una carta mordaz, chispeante pero ofensiva, guardadla hasta el otro día; y entonces puede apostarse doble contra sencillo que la romperéis.

Haced que vuestros amigos se os aficionen con la mayor fuerza posible; vale más no tenerlos, que no tenerlos seguros.

«No sigas la senda de los malos y no pongas el pie en el camino de los perversos. Apártate de él, no pases por allí, aléjate y marcha por otro lado. Porque no dormirían si no hubiesen hecho algún mal, y quitaríaseles el sueño si no hubiesen hecho caer á alguien; porque pan de maldad comen y vino de extorsión beben. Pero la senda de los justos es como la luz resplandeciente, que aumenta su esplendor hasta que llega á ser perfecto el día» (1).

Pero, aunque sea grave error conceder nuestra amistad á los malvados y á los necios, es poco cuerdo hacérselos enemigos, porque son muy numerosos.

Lamb dice ingeniosamente que las finezas hacen queridos á los ausentes; pero la bondad, la paciencia y la simpatía son aún más poderosos que los regalos.

Vuestros amigos tienen derecho á pedirlos todo lo que estéis en condiciones de darles, pero no lo tienen á pedirlos prestado.

«No pidais prestado ni prestéis—dice Shakespeare—porque

(1) *Proverbios.*

«se pierden á la vez el dinero y el amigo, y quien pide á préstamo no es económico.» Y Salomón nos advierte que «quien sale fiador de un extraño se arrepentirá de ello, pero quien aborrece las fianzas estará seguro».

Vuestros amigos os protegerán contra muchos peligros y tristezas. Cuando Augusto se vió agobiado de vergüenza por las liviandades de su hija Julia, decía: «Si aún viviesen Agripa ó Mecenas, no hubiera acontecido nada de esto.»

Y cuando hayais adquirido buenos amigos, sabed conservarlos.

«Los amigos que poseas y cuya amistad esté bien probada, sujétalos á tu corazón con círculos de acero» (1).

Nunca les déis motivo, por pequeño que sea, para quejarse de vosotros.

Y si la muerte llega á separarnos de nuestros amigos, aún podemos conservar la dulce esperanza de volver á verlos. Sin duda, esta esperanza no podría consolarnos de su pérdida, pero nos ayudará á soportarla con paciencia.

El acto más importante de la vida es de seguro el matrimonio. El amor parece embellecer é inspirar á la naturaleza entera. Transforma la humilde crisálida en aérea mariposa, hace brillar en primavera los más vivos colores en las alas de las aves, enciende la lámpara del gusano de luz, despierta el cántico de las aves y el canto de los poetas. La misma naturaleza inanimada parece experimentar su mágica influencia y las flores se engalanan con los matices más espléndidos.

«El hombre no puede conocer bendición más grande que una buena esposa, ni peor maldición que una mala»—dice Simónides.—«Una gotera perpetua en tiempo de recia lluvia y una mujer quisquillosa, todo viene á ser uno..... Vale más habitar en el rincón de un granero á solas, que con una mujer regañona en una gran casa» (2).

(1) Shakespeare.

(2) *Proverbios*.

E. M.—Junio 1897.

Es bastante delicado el dar un consejo útil respecto á la elección de mujer. Sin embargo, conviene hacer algunas reflexiones. No es bueno casarse demasiado joven. No hagais un matrimonio por dinero, ni un matrimonio sin dinero. Y á menos de estar segurísimos de que de veras queréis aceptar todas las cargas del matrimonio, no os caséis; porque los casados son, ó muy felices, ó muy desgraciados. Es una responsabilidad muy grande el tomar mujer. No os fiéis de apariencias ni os dejéis engañar por ellas, «porque el matrimonio no es asunto de miradas y de manos juntas, sino de razón y de corazón» (1).

Una buena esposa es un sostén, no sólo en nuestra vida física, sino también en nuestra vida moral. «Los más viles, cuando aman—dice Shakespeare,—ven desplegarse en su corazón una nobleza que no es propia de su carácter.» Y si hasta los más viles sienten esa influencia bienhechora, ¡cuánto más poderosa no ha de ser en aquellos cuyo corazón es ya noble!

«Si un matrimonio es feliz—dice Tertuliano—¿dónde encontraremos palabras dignas de celebrar esa ventura?..... Porque aquellos á quienes une esa dicha, no se separan en los cuidados, ni en la adversidad ni en la alegría. Nada se ocultan; jamás se cansan uno de otro.»

Aceptais á vuestra mujer, según las admirables palabras de nuestro ritual, «para la buena y mala fortuna, para la riqueza y la pobreza, para la enfermedad y la salud, para amarla y quererla hasta que os separe la muerte.»

«Un matrimonio feliz—dice Stanley—es un punto de partida nuevo en la vida, otro comienzo de ella, una fuente de nuevas felicidades y obras; es la única ocasión que se nos presenta de decir adiós para siempre á nuestro pasado, á todas sus faltas y locuras; de emprender, llenos de esperanza, de

(1) Jeremías Taylor.

ánimo y de fuerza, nuevo camino en busca del porvenir que ante nosotros se abre. Podemos hacer de nuestra casa una imagen de la bienaventuranza celestial. Marido y mujer, padre y madre, hermanos y hermanas, padres é hijos, cada cual puede á su modo ayudar y sostener á los suyos mejor que otro cualquiera podría hacerlo; porque son perpetuas las ocasiones de obrar bien, y cada miembro de la familia conoce el carácter de los restantes mejor que el de cualquiera otra persona. Nadie sabría interesarse tanto por ellos, por su felicidad, por su gloria, por su belleza moral, por su bondad, porque tienen la misma sangre y la misma carne, y la felicidad y la gloria de cada uno es para todos felicidad y gloria; sus sufrimientos, sus debilidades ó sus desmayos pertenecen á todos por igual y todos padecen por ello igualmente. Y por la pureza, la fuerza ó la nobleza de uno, todos los demás se elevarán, á pesar suyo, hasta el deber, hasta el cielo, hasta Dios.»

Por último, los hijos son una responsabilidad grande y deliciosa al mismo tiempo. Dícese á menudo que se nos han dado y los padres imprevisores excusan su negligencia diciendo: «Puesto que Dios les ha dado boca, les dará qué comer.» Pero Matthew Arnold advierte con acierto que pocas cosas hay menos disculpables que dar el ser á pobres criaturillas á quienes no se puede alimentar como se debe, ni educarlas en un bienestar relativo y bastante seguro. ¡Crezcan calentados por un rayo de amor! Todo hijo que conoce el benéfico calor del cariño, estará mejor preparado para resistir las tempestades de la vida.

Sólo quien ama á sus hijos sabe cuán deliciosos acentos penetran en el alma de quien vive en comunión con esos seres queridos; su puerilidad, sus balbuceos, sus rabetillas, su inocencia, sus imperfecciones, sus exigencias, son otras tantas pequeñas fuentes de alegría y de consuelo para quien se goza en poseerlos y gusta de su sociedad. «Pero quien no ama á su mujer y á sus hijos alimenta en su casa á una leona y sostiene un manantial de tristezas; la bendición celeste misma no podría

hacerle feliz. De suerte que todos los mandatos de Dios para que amemos á nuestra esposa no son sino otras tantas necesidades y motivos de alegría que nos impone» (1).

XII

DE LA APLICACIÓN

Nunca despilfarréis nada; pero, sobre todo, no derrochéis jamás el tiempo. Cada día no aparece más que una vez, y ya no vuelve. El tiempo es uno de los dones más preciosos del cielo: una vez gastado, nada puede devolvérselo.

«El mismo cielo es impotente contra el pasado; pues lo que fué ha sido, y la hora extinguida no renace jamás» (2).

No empleeis el tiempo de manera tal que más adelante hayais de estar pesarosos de ello. No hay pensamiento más melancólico que el de «es demasiado tarde» ó «aquello hubiera podido ser». El tiempo es un depósito que se nos ha confiado; tenemos que responder del empleo de cada instante. «Sed económicos de sueño, como de alimento; pero, sobre todo, económicos de tiempo.»

Nelson dijo que la explicación de su fortuna se la daba el hecho de haber llegado á todas partes un cuarto de hora antes del momento en que se le esperaba. Nunca se debe decir á los niños, según lord Melbourne, más que estas palabras: «A vosotros os toca labrar vuestra suerte en la vida; os moriréis de hambre ó medraréis, según los esfuerzos que hayais hecho.»

Por otra parte, la aplicación no sólo es un elemento esen-

(1) Jeremías Taylor.

(2) Dryden.

cial para conseguir buen éxito; también ejerce bienhechor influjo sobre el carácter. «No seas nunca perezoso—dice J. Taylor;—antes, por el contrario, llena todos los ámbitos de tu espíritu con alguna ocupación útil y absorbente. Porque el pecado se introduce con facilidad en todos esos huecos que dejan la inacción del alma y la pereza del cuerpo; porque todo hombre perezoso, robusto y desocupado cae en la lujuria, si le asalta la tentación. Pero, de todas las ocupaciones, el trabajo corporal es la mejor y la más poderosa contra el demonio.»

El tiempo que consagramos á nuestros deberes públicos no se pierde. A menudo, en él aprendemos «el lujo de poder hacer bien».

Cuantos lo deseen, pueden ser hombres animosos y buenos patriotas. Todos pueden colaborar dentro de ciertos límites en cualquiera movimiento que tienda al bien público, en cualquiera obra cuyo resultado sea hacer más felices, más sanos, más virtuosos á los hombres.



XI

DE LA VIDA SOCIAL

Con legítimo orgullo decimos que la casa de todo inglés es su castillo. Pero eso no basta: debiera ser también el centro de todos sus pensamientos, su *home*. La ley de su país es lo que la convierte en una fortaleza; sólo su voluntad puede hacer de ella su hogar, su *home*.

¿Cómo lo consigue? Por el amor, la simpatía y la confianza. Los recuerdos de nuestra niñez, la bondad de nuestros padres, las esperanzas de nuestra juventud, todos los vínculos de simpatía y de admiración que nos unen á nuestros hermanos y hermanas, los pequeños servicios que les prestamos, nues-

tras esperanzas, nuestros intereses comunes: eso es lo que constituye la fuerza y la santidad de nuestro hogar doméstico (*home*).

Una casa donde no habita el amor puede ser una fortaleza ó un palacio; nunca será un *home*, pues sólo por el amor existe. «Una casa donde no mora el amor no es un domicilio humano, como un cuerpo sin alma no es un hombre».

«El trabajo no es menos esencial para el espíritu que para el cuerpo. Un día de cuidados agota más que una semana de trabajo. El cuidado descompone el cuerpo entero, el trabajo asegura su buen funcionamiento y su salud; el ejercicio muscular da salud al cuerpo, el ejercicio cerebral da tranquilidad al espíritu; el trabajo mental da paz al corazón» (1).

«Dad á una joven un verdadero trabajo, un trabajo que la ocupe desde el alba y la deje, rendida, por la noche, pero con la conciencia de haber trabajado útilmente para los demás; y la impotente tristeza de sus entusiasmos sin empleo, se trocará en una majestad de paz radiante y bienhechora» (2).

Poco importa lo que hacéis, con tal de que hiciéreis algo. No han sido estériles ni aun las tentativas para hallar la cuadratura del círculo y la piedra filosofal.

«Las palabras son hijas de la tierra, pero las obras son hijas del cielo», ha dicho Johnson. Y hagais lo que hiciéreis, hacedlo con toda vuestra alma, cultivad todas vuestras facultades; es menester servirse de ellas ó se atrofiarán.

«La historia del genio, ó á lo menos lo que de él podemos advertir, es la historia de un esfuerzo no destruído por ningún obstáculo.» Muy grandes hombres pretenden que el genio está constituído, sobre todo, por la aplicación. Una mujer de genio, Jorge Eliot, se burla de la idea de que sus novelas hayan podido escribirse por inspiración.

(1) Jancourt.

(2) Ruskin.

«El genio—decía Dwight á los estudiantes de Yale—es la facultad de perseverar en el esfuerzo» (1).

En resumidas cuentas, es más fatigoso mendigar que trabajar, y produce menos ganancia. Todos debieran bastarse á sí mismos. «Un labrador puesto de pie—dice Franklin—es más grande que un noble puesto de rodillas.»

Hablando Cobbet de su célebre *Gramática inglesa*, dice: «Aprendí la gramática siendo soldado, con un haber de sesenta céntimos al día. Estudiaba sentado en el borde de la cama; la mochila era mi única biblioteca; una tablita encima de las rodillas era mi mesa; y mi tarea sólo me ocupó un año de mi vida. No tenía dinero para comprar velas ó aceite; rara vez lograba en invierno tener otra luz sino la del fuego, y no me llegaba con frecuencia el turno de sentarme junto á él. No creais que era poca cosa la monedilla que de vez en cuando gastaba en comprar tinta, plumas ó papel. Esa monedilla ¡ay! era una gran suma para mí. Todo el dinero que me quedaba, después de mis gastos reglamentarios de alimentación, eran veinte céntimos por semana. Recuerdo (nunca se me olvidará) que una vez cierto viernes, abonados todos mis gastos, me quedaban cinco céntimos cabales para comprarme un arenque ahumado con que almorzar al siguiente día. Pero al desnudarme aquella noche, casi muerto de hambre, ví que había perdido mis cinco céntimos. Metí la cabeza debajo del miserable cobertor de la cama y lloré como un niño. Y, lo repito, si en medio de tales dificultades he podido proseguir mis tareas y acabarlas, ¿hay ni puede haber en el mundo entero un solo joven que pueda encontrar una excusa para conducir á su vez á buen término las suyas?»

Cobbet no tenía dinero, pero sí energía y valor. «La mayor parte de los hombres—dice Bacon—no parecen comprender las riquezas ni la fuerza de que disfrutan; se fían demasia-

(1) El genio es una larga paciencia (Buffon.)

do de aquéllas y poquísimo de ésta. La independencia y la abnegación enseñarán á un hombre á beber agua de su propia cisterna y á comer su propio pan, hallándolo sabroso, á trabajar y aprender fielmente para ganarse la vida y sacar el mayor partido posible de las cosas que se le confían.»

«Trabaja á todas horas, con ó sin recompensa—dice la Naturaleza;—trabaja nada más, y la recompensa vendrá por sí misma; sea delicado ó grosero tu trabajo, ya consista en sembrar trigo ó hacer epopeyas, con tal que lo hagas honradamente y puedas quedar satisfecho, te aseguro que te traerá una recompensa sensible y moral. Poco importan las derrotas: la victoria es tu herencia. La recompensa de todo buen trabajo está en haberlo hecho» (1).

El gran hechicero Miguel Scott—(refiere Walter Scott)—vió que no podía protegerse contra el espíritu que le servía, sino dándole trabajo perpetuo. Esto es universalmente verdadero:

«El Espíritu del mal, expulsado del corazón del hombre, volvió á presentarse; y hallándolo vacío entró de nuevo en él, con otros siete espíritus aún peores» (2).

La pereza no es un descanso; fatiga más que cualquier trabajo. Los romanos decían: *Difficilis in otio quies*. Es difícil descansar no haciendo nada.

Nunca os apresuréis. La naturaleza no se apresura. El primer consejo que da un guía suizo á los jóvenes ascensionistas es el de ir *immerlangsam*, lenta y seguramente, pues cuanto más despacio se sube más pronto se llega á la cumbre. Deteneos de vez en cuando, pero no andéis de acá para allá. El gran secreto de todo progreso está en no apresurarse nunca y en no divagar jamás. Dice un proverbio oriental: «La precipitación es enviada por el demonio; pero la paciencia abre la puerta de la felicidad.»

Muchas personas parecen creer que se puede ganar tiempo

(1) Emerson.

(2) Parábola del Señor.

apresurándose. Esto es un error grandísimo. Es preciso ir de prisa, pero importa mucho más hacer bien una cosa que acabarla con rapidez.

Por otra parte, lo que se hace con irregularidad, por accesos y con precipitación, agota mucho más y requiere un esfuerzo mucho mayor que si se anda despacio, seguramente, á paso regular, sin precipitaciones ni confusión.

La precipitación no echa á perder sólo la obra, sino también la vida.

«Trabaja sin prisas y sin descanso»: tal era la máxima de Goethe. La palabra *descanso* no reproduce por completo su pensamiento, á decir verdad. «Avanza sin precipitación; que ningún acto inconsiderado comprometa para siempre los progresos de tu espíritu. Reflexiona bien, y sabe distinguir lo bueno; persíguelo entonces, sabiendo de qué poder dispones. Avanza sin precipitación: años sin cuento no pueden redimir un solo acto irreflexivo. No te detengas. La vida prosigue su rápido curso. Ve, lleno de audacia, esperando á que llegue la muerte. Deja en pos de ti algo poderoso y sublime que venza al tiempo. Es magnífico sobrevivir á las formas perecederas de que estamos revestidos» (1).

Trabajad con todas vuestras fuerzas, por consiguiente; pero no os apresuréis, no abultéis las cosas y no os inquietéis con exceso. Levantaos temprano; dad á vuestros músculos y á vuestro cerebro todo el descanso y el ejercicio que requieren; sed moderados en la comida, dormid siempre lo suficiente, no os afanéis de un modo inútil, y estad seguros de que vuestro trabajo no os hará daño. Los cuidados y las excitaciones, la impaciencia y la ansiedad no adelantarán vuestra labor y pudieran mataros á la larga, ó cuando menos acarrearos alguna enfermedad grave. Pero si vivís de una manera apacible y tranquila, el trabajo intelectual y el pensamiento serán para

(1) Goethe.

vuestro espíritu lo que para el cuerpo son el ejercicio y el aire libre.

Sean cuales fueren vuestros deberes y obligaciones, cumplidlos lo mejor posible.

El duque de Wellington debió sus victorias tanto á sus facultades de hombre de negocios como á sus talentos de general. Se ocupaba con mucha asiduidad de todos los detalles de alimentos y subsistencia; sus caballos tenían siempre qué comer, sus hombres buenos vestidos, buenos zapatos y excelente alimento.

«¿Has visto un hombre hábil en su trabajo? Estará al servicio de los reyes» (1), dice Salomón. Y San Pablo nos alienta á «no ser perezosos para otro: sed fervientes de espíritu, servid al Señor».

La aplicación trae siempre consigo su recompensa. Colón descubrió la América buscando el paso occidental para las Indias, y Gœthe nos hace notar que Saul encontró un reino buscando las burras de su padre.

«Tened la resolución de cumplir vuestro deber—dice Franklin,—y haced siempre lo que hayais resuelto hacer.»

Supónese á veces que el genio puede suplir al trabajo. Es un gran error. Los hombres mejor dotados no triunfan sino con el trabajo; algunos de los mayores genios han triunfado en la vida más bien á fuerza de aplicación que por efecto de sus dones naturales. Sin duda, es innegable que ciertos hombres están infinitamente mejor dotados que otros. Pero si dos hombres de la misma edad siguen la misma carrera, el que poseyendo las más brillantes facultades no sepa emplearlas metódicamente, con energía y virilidad, se verá adelantar, á la larga, por un competidor de menos dotes, pero aplicado y enérgico. El trabajo sin genio será, de seguro, más fructuoso que el genio sin trabajo. No hay ventajas ni talentos, apoyos

(1) *Proverbios.*

ni poderosas amistades, que puedan reemplazar la falta de aplicación y los defectos de carácter.

Grosseteste, obispo de Lincoln y grande hombre de Estado, tenía un hermano perezoso, el cual se le presentó una vez á pedirle que le hiciese un personaje. «Hermano—le respondió el obispo,—si está roto tu arado, haré que lo compongan; si se te ha muerto un buey, te compraré otro; pero no puedo hacer de ti un hombre importante: labrador te encuentre y labrador seguirás, mucho lo temo.»

Milton no era sólo un hombre de genio, sino también un trabajador infatigable. He aquí las noticias que nos da acerca de sus costumbres. «En invierno, con frecuencia mucho antes de que el sonido de la campana despierte al hombre para el trabajo ó la oración; en verano, desde el primer canto de las aves, y á veces antes, me pongo á leer los mejores autores, ó hago que me los lean en voz alta, para preparar la atención ó dar pasto á la memoria; después, por medio de un trabajo sincero y generoso, que da salud y resistencia al cuerpo, rindo obediencia viva, sincera y espontánea al espíritu para ayudar á la causa de la religión y á la libertad de mi patria.»

No miréis nunca vuestro trabajo como un deber desagradable. Sólo de vosotros depende hacerlo interesante. Hacedlo con ardiente corazón; haceos dueños de todas las dificultades de vuestro asunto, examinad todas las causas que han podido modificar su historia y estudiar todos sus aspectos; pensad en todo el bien que puede realizar aun el trabajo más humilde; veréis entonces que todo deber merece excitar vuestro entusiasmo. Concluiréis por amar vuestro trabajo; y si lo hacéis con gusto, lo haréis con facilidad. Aunque al pronto os parezca imposible esto y fastidioso vuestro trabajo, sin embargo, puede ser que de ello obtengais una gran ventaja; como un viento de montaña un poco rudo, así el esfuerzo mismo fortalecerá vuestro carácter.

Suele preguntarse, y es pregunta importantísima, cuánto tiempo debe concederse al sueño. La naturaleza es quien debe

decidirlo. Ciertos temperamentos tienen necesidad de dormir mucho. Sería imprudente disminuir la cantidad de sueño que la naturaleza exige. El tiempo que se pasa durmiendo bien, jamás se pierde. Nada restaura con más eficacia la energía nerviosa, y en esta materia todo es poco para quienes viven en las ciudades.

La división del día adoptada por sir Edward Coke era la siguiente: «Seis horas de sueño, seis estudiando el Derecho, cuatro rezando, las demás, contemplando la naturaleza.»

Sir W. Jones modificó así la fórmula: «Seis horas para el Derecho, siete para el sueño bienhechor, diez para los negocios del mundo y todas para el Cielo.»

Siete horas no me bastarían. Es necesario dormir lo suficiente, para estar dispuesto de veras al trabajo, al despertarse.

Durante nuestros días de tristeza, sirve de gran alivio toda ocupación que distraiga de nosotros mismos nuestro pensamiento.

«La dicha de la vida consiste en tener siempre algo que hacer, alguien á quien amar, alguna cosa que esperar» (1). Con frecuencia, á decir verdad, llenamos nuestras horas inocupadas con toda especie de vanos temores y de inútiles cuidados.

Estad siempre ocupados, porque «en el trabajo y en el pensamiento encontrarás la paz que la tristeza nunca conoce (2).»

«Cualquiera comarca es una patria para el sabio,—dice el viejo Lily—y cualquiera casa, un palacio para el espíritu tranquilo.»

Sin embargo, trabajad con ayuda de la naturaleza y no contra ella. No intentéis remontar la corriente, á menos de veros obligados á ello, lo cual ocurre á veces. En este caso,

(1) Chalmers.

(2) Stirling.

remontadla con energía; pero, generalmente, nos ayuda la naturaleza si no la contrariamos.

«Porque, como en todo lo moral, quien menosprecia una ley de la naturaleza, las menosprecia todas. Entonces el universo entero se levanta contra él, y la naturaleza se arma de todos sus poderes incontables é invisibles para vengarse de él y de su posteridad, sin que pueda prever en qué momento ni de qué manera. Por el contrario, quien obedece á todas las leyes de la naturaleza, de todo corazón y con todas sus fuerzas, verá cómo colabora todo en favor suyo. Estará en paz con el universo físico. El sol encima de su cabeza y el polvo debajo de sus piés acudirán en su ayuda; porque está de acuerdo con la voluntad de Aquel que hizo el sol, el polvo y todas las cosas, y que les impuso una ley que nadie puede menospreciar» (1).

XIII

DE LA FE

Dicen las obras de estadística que, de 1.500 millones de hombres, 400 son budistas, 350 cristianos, 200 bramánicos y 150 mahometanos. Pero Selden, aunque exagera en sentido contrario, estaba de seguro más cerca de la verdad al decir que «los hombres pretenden tener todos la misma religión para vivir tranquilos; pero, si se miran despacio las cosas, difícilmente se encontrarían tres hombres que tengan de todo punto la misma religión.»

Nada tiene de extraordinario que así suceda. Puesto que no sabemos casi nada de este mundo, de ningún modo podemos esperar tener mayores informes acerca del otro.

(1) Kingsley.

«El maravilloso mundo en el cual vivimos ahora—dice Canon Liddon—es un templo de misterios augustos é innumerables, esté abierto ó cerrado para nosotros el mundo de la fe. Quizá vayais mañana á dar un paseo por el campo: por todas partes las yemas que se hinchan de savia ó el verde suave y fresco de las hojas que se abren, os recordarán que ya se dispone la primavera á ofreceros el maravilloso espectáculo de su triunfo anual. Por todas partes están en derredor vuestro las pruebas de la existencia y de la actividad de un poder misterioso, el cual no podéis ver, ni tocar, ni definir, ni medir, ni comprender. Ese poder existe, sin voz, sin ruido, invisible, pero activo, en cada rama encima de vuestra cabeza, en cada brizna de hierba debajo de vuestros pies.»

La duda es en realidad el fundamento mismo de la filosofía. Vivimos en un mundo de misterios; y, si somos incapaces de explicar la existencia del más pequeño insecto ó de la flor más ínfima, ¿cómo podemos esperar comprender el infinito? «Reconocemos que los atributos del Eterno son el espacio y el silencio—dice el Dr. Martineau.—Cuando el rocío de la noche ha hecho caer el polvo levantado por los afanes del día, y la vista cansada por los tedios microscópicos del trabajo diario se dirige á los vastos espacios de la meditación; cuando la tierra duerme como un desierto, bajo el infinito estrellado, la Presencia Inefable nos abraza aún estrechamente y nos hace estremecernos con el áspero viento de la noche y clava sus miradas en nuestros ojos con las multiseculares luminarias del cielo.»

«La existencia humana se presenta al principio rodeada de misterio—dice J. Stuart Mill;—la estrecha región de nuestra experiencia es como un islote perdido en un mar inmenso, que eleva nuestros sentimientos á la vez que estimula nuestra imaginación por su inmensidad y su lobreguez. Lo que aún obscurce más el misterio es que el dominio de nuestra existencia terrena no sólo es una isla en el espacio infinito, sino también en el tiempo infinito.»

Pero si constantemente nos vemos obligados á permanecer por fuerza en la ignorancia y á suspender el juicio, no por eso debemos perder el ánimo.

Escrutamos muchas cosas que no podemos explicar. «Si me preguntáseis qué es el tiempo—dice San Agustín—no sabría decíroslo; pero lo sé perfectamente mientras no me lo pregunten». Dice Martineau: «Los que me dicen muchas cosas acerca de la naturaleza de Dios, los que hablan de Él como si conociesen sus motivos y designios en todo, los que no se apuran para explicar sin trabajo la estructura de todas las cosas y la razón y misericordia de cada suceso, ó alaban la acertada economía del Omnipotente, y la elogian con suficiencia cual si fuese una obra maestra de razonamiento ingenioso; los que se pasean con aire resuelto y paso seguro por todas las vías de la Providencia; esos tales, con la misma precisión de sus afirmaciones, me conducen á las peores angustias de la incertidumbre y de la duda, y me obligan á exclamar: «¡Prometedme menos cosas y os concederé todo cuanto podais pedirme!»

«En medio de los misterios—dice Herbert Spencer—tanto más misteriosos cuanto más se piensa en ellos, habrá siempre la certeza absoluta de que el hombre está en presencia de una energía infinita y eterna, de la cual emana todo.»

Por consiguiente, es preciso limitarnos á sentir; nunca podremos definirlo todo.

Gran número de las diferencias que separan en sectas á los hombres son *facciones*, más bien que religiones. A despecho del consejo de San Pablo, persisten en decir: «Yo soy discípulo de San Pablo, yo lo soy de Apolos.»

Atácase á menudo á los hombres de ciencia, con el pretexto de que les falta fe. Sin embargo, Thoreau dice: «En realidad, hay más religión en la ciencia que ciencia en la religión.»

Pero el hombre de ciencia que duda no es escéptico por deseo de mofarse; su duda no expresa desdén, sino veneración. Como dijo bien Tennyson:

«Vacilante en su fe, pero en sus obras puro, acaba por descubrir una armonía en el fondo de las cosas. Creedme: hay más fe en la duda honrada que en la mayoría de los credos.»

Permítaseme poner como ejemplo dos hombres que representan bien á su clase. Dice el profesor Tyndall: «Cuando trato de dar al poder que en el universo se manifiesta una forma personal ó impersonal, siempre recusa toda expresión intelectual. No me atrevo á valerme del pronombre personal *Él* para designarle; no me atrevo á llamarlo *Espíritu*; ni siquiera pretendo llamarlo una *Causa*. El misterio de su existencia me aplana». El profesor Huxley es uno de nuestros pensadores más ejercitados; además es librepensador y no gusta de las instituciones religiosas establecidas. Pero nos dice: «Me es posible concebir la existencia de una Iglesia establecida y que fuese un beneficio para todos. Sería una Iglesia donde cada semana habría oficios consagrados, no á repetir proposiciones de teología absoluta, sino á desarrollar un ideal de vida justa, pura y noble; sería aquel un lugar donde todos aquellos á quienes agobia el peso de sus cotidianos afanes encontrarían un instante de reposo en la contemplación de la vida superior, que está al alcance de todos aunque pocos la alcanzan; donde el hombre que lucha y trabaja con miras de lucro tendría tiempo de ver cuán mezquinas son las recompensas que busca, si con la paz y la caridad se comparan. Creedme: Si existiera esa Iglesia, nadie querría la supresión de ella.»

Los teólogos intentan necesariamente expresarse en un lenguaje que todos puedan comprender. Sería injusto tomarlo al pie de la letra. Cuando los poetas hablan de la salida del sol, no se les acusa de ignorar la astronomía. Cuando se afirma que es la tierra quien gira y no el sol, no se dice ninguna herejía contra Shakespeare ó Tennyson. Los descubrimientos de la ciencia exigen un lenguaje aparte. Puesto que no podemos describir una flor ó una piedra sin forjar palabras nuevas, con más razón es imposible expresar el Infinito en términos humanos. ¿Por qué extrañarse entonces de que en otro tiempo se

atribuyesen á la presencia de espíritus ciertos fenómenos que se deben á enfermedades nerviosas?

Ningún mérito hay en creer lo que os es imposible explicar ni comprender. No hay mérito ninguno en creer sin evidencia suficiente, ó en persuadirnos de que creemos una cosa que no comprendemos. Hasta es imposible creer en lo que no se funde en *ninguna* evidencia. Tenemos el deber de no creer sino lo que sabemos que es verdadero, y suspender el juicio en todo lo demás.

Muchas personas aparentan que están obligadas á creer ó á no creer en todo. Y, sin embargo, muy á menudo no tenemos derecho á expresar nuestra creencia ni nuestro escepticismo.

La verdadera fe no es ninguna cosa intelectual. Debe ser cosa viva, y la fe sin obras es muerta. Selden compara la fe y las obras al calor y la luz: «Por la inteligencia puedo establecer separación entre ambos, lo mismo que sé cómo hay en la llama de una vela calor y luz reunidos; pero soplad la vela y los dos desaparecen juntos.» Las alusiones del magnífico capítulo undécimo de la *Epístola á los Hebreos* refiérense á las obras. Por la fe hizo Abel sus sacrificios, por la fe construyó Noé el arca, por la fe abandonó Abraham su tierra natal. Todos tendrían, ó por lo menos se admitirá que todos creían tener, una razón suficiente para creer y obrar como lo hicieron. Se les alaba por haber mirado cara á cara á un deber penoso ó difícil, que cumplieron sin vacilar, porque *creían* que eso era su deber. Sin embargo, uno de nuestros deberes (y no es el más fácil) consiste en suspender el juicio siempre que es insuficiente la evidencia. Hay numerosísimos casos en que la duda es de seguro un deber y casi una virtud.

«Nuestros minúsculos sistemas tienen un día de moda; tienen su día y dejan de existir. No son sino pálidos destellos de la verdad; y tú, ¡oh, Señor!, eres más grande que todos ellos» (1).

(1) Tennyson.

E. M.—*Junio* 1897.

Poco á poco se levanta el velo que nos oculta la verdad, pero en innúmeras cuestiones no tenemos por ahora más remedio que contentarnos con seguir siendo ignorantes.

«Nuestra felicidad como hombres depende por fuerza de nuestro consentimiento en no conocer sino muy imperfectamente las cosas, aun las que más de cerca nos interesan. Todo nuestro gozo en la vida, toda nuestra facultad de obrar enérgicamente depende de nuestra capacidad de vivir y respirar en medio de una nube opaca. Satisfagámonos con verla abrirse á trozos, regocijémonos de poder vislumbrar á través de sus rasgos la realidad estable. Y comprendamos que hay cierta hermosura y nobleza en la misma obscuridad que nos rodea; y agradezcamos la existencia de ese velo bienhechor que nos oculta la excesiva luz que hubiera podido abrasarnos y la claridad infinita que hubiera podido fatigarnos» (1).

El profesor Huxley dice con razón: «Quien recuerde lo que me atrevería á llamar la parte soleada del cristianismo; su ideal varonil, mezcla de fuerza y paciencia, de justicia y compasión por la debilidad de los hombres, del deseo de ayudar al prójimo hasta el punto de sacrificarse uno mismo, de pureza y nobleza morales; ese ideal descrito por los apóstoles y en el cual creyeron legiones de mártires cuya fe era incommovible; de donde hombres y mujeres de obscuro linaje, como Juan Knox y Catalina de Siena, tomaron alientos para hablar con severidad á pontífices y reyes; quien recuerde ese ideal, digo, nunca estimará por bajo de su valor la importancia de la fe cristiana en la evolución histórica del hombre.»

Dice San Marcos que uno de los escribas se acercó á Cristo y le preguntó cuál era el primero de todos los mandamientos. «Y respondióle Jesús: El primero es éste: Escucha, ¡oh, Israel!, el Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu pen-

(1) Ruskin.

samiento y con todas tus fuerzas. Este es el primer mandamiento. Y he aquí el segundo, que se le asemeja: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. No hay otro pensamiento más grande que éste. Y el escriba le respondió: Maestro, has dicho bien y según la verdad, que no hay más que un solo Dios y que no hay otro más que Él, y que amarle con todo su corazón, con toda su inteligencia, con toda su fuerza, y amar al prójimo como á sí mismo, es más que todos los holocaustos y que todos los sacrificios. Viendo Jesús que había respondido como hombre inteligente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios.»

XIV

DE LA ESPERANZA



A muchas personas he oído manifestar su sorpresa porque se ponga la esperanza entre las virtudes, con el mismo título que la fe y la caridad. Compréndese que se pueda admitir la fe como virtud; la caridad también lo es visiblemente; ¿pero la esperanza? Sin embargo, puesto que la desesperación es un mal, la esperanza tiene que ser una virtud. La fortaleza y la tenacidad suponen la esperanza; y la fortaleza es una prueba de carácter muy superior á todo acto aislado de heroísmo, por noble que sea. Más de una mujer sacrificada é infeliz es una verdadera mártir.

No toméis las cosas muy á pechos. Nadie es vencido si no está acobardado.

Con el ingenioso buen juicio que le caracterizaba, dijo acertadísimamente Sydney Smith que si queremos hacer bien en este mundo «no debemos estar tiritando á orilla del río, pensando en el peligro y en el frío, sino tirarnos al agua con valor y cruzarla á nado, bien ó mal». ¡Cosa extraña! Rara vez

temen los hombres los verdaderos peligros; tienen mucho más miedo á los peligros imaginarios. Por ejemplo: tienen un miedo absurdo al ridículo.

Nunca os dejéis llevar de un sentimiento de vergüenza irrazonable. San Pedro hizo frente á los fariseos y á los soldados, pero retrocedió ante las pullas de los criados y servidores del Gran Sacerdote.

«Los cobardes mueren muchas veces antes de su muerte, los valientes no prueban la amargura de ésta sino una sola vez» (1).

Don Quijote, colgado por la muñeca en la ventana de la cuadra, creía estar sobre un abismo espantoso; pero, así que Maritornes hubo cortado la cuerda, vió que estaba á pocas pulgadas del suelo.

Los leones que aterrizaron á Desconfiado y Timorato en el *Progreso del Peregrino*, estaban encadenados; Cristián lo vió así, en cuanto se acercó á ellos con audacia.

¡Cuántos ejércitos victoriosos de día huyeron de noche durante un pánico! La palabra «pánico» ha concluído por significar un terror sin fundamento. Y aun durante el día, muchos terrores y ansiedades carecen de fundamento.

El hombre que se queja de su suerte debiera preguntarse con quién querría cambiarla. No puede esperar tener á un tiempo la salud de éste, las riquezas de ese y la felicidad doméstica de aquél. Si está disgustado de su vida, le es preciso cambiar todo ó nada.

Coleridge, aplastado bajo el peso de la desventura, escribía á Sir Humphrey Davy: «En medio de todos estos cambios, humillaciones y terrores, permanece en mí el sentimiento del Eterno y sostiene contra todo ataque la firme creencia de que todo cuanto sufro está lleno de bienes para mí.»

Por consiguiente, no os dejéis llevar nunca de la desesperación. Todo se rescata, menos la desesperación. «¡Desdichado

(1) Shakespeare.

de aquel cuyo corazón se acobarda!», dijo Jesús, hijo de Sirac.

«Si el corazón se anonada, entonces todo está aniquilado: más hubiera valido no nacer» (1).

«Soportar nuestro destino es vencerlo» (2).

«Evitad las decisiones desesperadas: pasará el día más tenebroso, si tenéis valor para vivir hasta el día siguiente» (3).

Todo el mundo se equivoca. «El que nunca se equivoca no hará nada jamás», hase dicho con razón. Pero nunca se debe incurrir en el mismo error dos veces. Que vuestros errores os sirvan de lecciones, con lo cual se convertirán en peldaños para conducirnos á una vida superior.

José Hume afirmaba que prefería tener un carácter alegre á 250.000 pesetas de renta.

Para la acción, el presente es todo. Pero, en cierto sentido, vale más y es más cuerdo vivir en el pasado y en el porvenir. Muchas desgracias se deben á que hemos sacrificado el porvenir por el presente, la felicidad de los años futuros por la satisfacción de un momento. Sin duda, «más vale un *toma* que dos *te daré*», pero nunca se sabe lo que el porvenir puede reservarnos; y los hombres más felices son aquellos que «tienen puestos su placer en el recuerdo y su ambición en el cielo» (4).

Nunca podremos equivocarnos mucho, si constantemente pensamos en el porvenir; porque el hombre «no tiene más que desprenderse de lo transitorio y perecedero, á los cuales nunca debe asociarse la verdadera vida, y el Eterno y todos sus beneficios descenderán sobre él y habitarán en él.»

Casi me atrevo á decir que el hombre debiera ser viril ante todo, y tener «la voluntad de obrar, el ánimo de atreverse» (5);

(1) Goethe.

(2) Campbell.

(3) Cowper.

(4) Ruskin.

(5) Scott.

porque «nuestras dudas son unos traidores que con frecuencia nos hacen perder un bien que está á nuestro alcance, quitándonos el valor de intentar la aventura» (1).

El valor no sólo es una virtud, sino una parte esencial del carácter viril. Un verdadero hombre debe ser atrevido, como una verdadera mujer debe ser dulce; pero, claro es que el hombre debe ser dulce tanto como animoso, y la mujer animosa tanto como dulce. La temeridad no es el valor. El valor no consiste en despreciar el peligro, sino en mirarlo cara á cara con firmeza. No hay valor en correr peligro sin necesidad; pero cuando hay peligro, la cobardía lo aumenta. Contemplarlo tranquilos y bravos cara á cara es también el mejor medio de librarse de él. Por el contrario, huir delante de un enemigo es el medio más seguro de hacerse matar; sobre todo si, como Aquiles, es invulnerable en todas partes excepto en el talón.

Para que las cosas lleguen á ser del todo terroríficas, parece ser generalmente necesaria la obscuridad. En cuanto vemos la extensión exacta del peligro y se acostumbran á él nuestros ojos, disípase gran parte de nuestro terror. Seamos siempre serenos y valientes.

No esperéis demasiadas cosas. Dice Goethe: «Saber esperar poco y gozar mucho de las cosas, es el verdadero secreto de la vida.» Por tanto, no esperéis demasiado y tened paciencia. Todo le llega á punto á quien sabe aguardar. Se ha dicho con razón que las sombras más tristes que encontramos son las que nos creamos nosotros mismos. De todas maneras, debemos esperar tristezas; pero hay que aprender á sobrellevarlas con ánimo.

«En vuestros momentos de más sombría tristeza — dice Richter — acordaos de las brillantes horas de felicidad.»

«Sabed también que es una cosa sublime el sufrir sin debilidad.»

Por otra parte, siempre tenemos el consuelo de saber que

(1) Shakespeare.

«ocurra lo que quiera, el tiempo y la ocasión pasan á través de la jornada más tempestuosa» (1).

«Después del invierno viene el verano; tras la noche vuelve el día, y á la tempestad sigue la calma» (2).

Por negra que nos parezca la vida, recordemos que el tiempo suavizará las peores tristezas. «La tristeza puede durar una noche, pero con la mañana viene la alegría.»

«Calla, corazón triste, y cesa de quejarte. Aún luce el sol detrás de las nubes, tu suerte es la de todos: en cada vida preciso es que haya horas de tormenta, y que algunos días sean tristes y oscuros» (3).

Si os acontece algo que os parezca una desgracia, aseguraos de ello antes de creerlo por completo. ¡Suelen ser tan engañosas las apariencias! Vivimos en un mundo donde no conviene desalentarse por cosas frívolas. Antes de probar, nunca sabemos todo lo que somos capaces de hacer.

La tristeza y la desgracia son á veces amigos disfrazados. Nelson halló medio de aprovecharse hasta de su ojo perdido el día en que lo volvió hacia el lado de la señal de retirada, la cual no quería ver.

«Hay hombres—dice Sir E. M. Grant Duff, en su encantadora *Vida de Renan*— como quienes no hubiéramos querido vivir, pero cuya muerte envidiamos.» El cadalso ha hecho inmortales en la Historia tantos nombres como el trono; y si sufrimos, es por culpa propia ó para bien ajeno.

«El sabio no se sienta para lamentarse, sino que se pone alegremente á su tarea para reparar el daño» (4).

Al paso que conviene gozar plenamente y con agradecido corazón de todos los innumerables beneficios de la existencia, no debemos considerar como males absolutos nuestras triste-

(1) Shakespeare.

(2) *La Imitación*.

(3) Longfelloso.

(4) Shakespeare.

zas y nuestros sufrimientos. Nadie podría considerarse mejorado por un buen éxito constante y no interrumpido; aun admitiendo que ese triunfo no corrompiese el carácter, acabaría por enervarlo y debilitarlo. Venciendo todas las dificultades, resistiendo todas las tentaciones, soportando con valor todas las tristezas es como se purifica, fortalece y eleva el carácter. «Puesto que estamos frente á la Eternidad, es preciso ir hacia ella noblemente» (1).

Por mucho que nos plazcan las caricias del suave céfiro y del sol de estío, no debe olvidarse que la naturaleza debe gran copia de su hermosura y sublimidad á las nieves y tempestades del invierno.

Las desdichas son como un viento rudo, pero que fortalece. Son necesarias para el desarrollo del carácter. Dice Epicteto: «¿Qué crees que hubiera sido de Hércules á no existir el famoso león, y la hidra, y el ciervo, y el jabalí, y todos aquellos hombres inícuos y crueles á quienes expulsó y de los cuales purgó á la tierra? ¿Qué hubiera hecho si no hubiese existido nada semejante? Es evidente que se habría embozado en el manto y echádose á dormir. Ante todo, hubiera dejado de ser Hércules si hubiese dormido toda su vida en la molicie y el ocio; y si hubiera sido Hércules, ¿de qué serviría? ¿Qué empleo habría dado á su brazo, á toda su fuerza, á su paciencia y á su valor, sin tales circunstancias y ocasiones para estimularle y ejecutarle?»

Cuando Sócrates fué condenado, se dolía Apolodoro de que lo hubiese sido injustamente. «¿Hubieras preferido que fuese culpable?» dijo el filósofo. «Porque—dice S. Pedro—es grato á Dios el que alguien, por motivo de conciencia, padezca malos tratos sufriendo injustamente; si al hacer bien se os trata mal y lo soportais con paciencia, eso complace á Dios.

(1) Geikie.

XV

DE LA CARIDAD

No sólo deberíamos obrar con los otros como quisiéramos que obrasen ellos á nuestro respecto, sino que también debemos ser benévolos con los demás si queremos que lo sean con nosotros. Si no les manifestamos alguna indulgencia, ¿cómo podrían tenerla para con nosotros? Por otra parte, es de observación general que una opinión caritativa tiene más probabilidades de ser fundada que otra cualquiera.

«Personas hay que, al parecer, creen que vencerán las dificultades de la vida como se dice que Anníbal pasó los Alpes rociándolas con vinagre» (1). Otras, están dispuestas á los mayores sacrificios, pero prescinden de esas pequeñas pruebas de bondad y de cariño que tanto valen para hacer feliz y dulce la vida.

Hasta si tenemos razones para quejarnos, la sinrazón que se nos hizo suele ser menos grave de lo que suponemos; y todo resentimiento no haría más que aumentarla. Ningún desafuero nos hace más daño que el deseo de vengarnos. Quien quiere perjudicar á otro se perjudica aún más á sí mismo; y la abeja perece por haber clavado el aguijón con demasiada ira.

Dicen que el buitre sólo tiene olfato para la carnaza, y preténdese que hay una tortuga que muerde antes de salir del huevo y después de su muerte.

(1) *Guesses at Truth.*

Hay personas que pasan la vida sin otra idea que encontrar defectos en todo. Sin embargo, más cuerdo es admirar que censurar, y una crítica malévola no tiene alcance. La crítica puede ser verdadera; sin embargo, no es toda la verdad. Es interesante estar entre bastidores, pero no es allí donde mejor se ve la obra. Proponednos ver más bien lo bueno que lo malo, en personas y cosas, y lo veréis casi siempre.

Tened siempre paciencia. Sabemos que si los niños lloran, de cada diez veces nueve es porque sufren; y los hombres no son sino unos niños grandes, desde este punto de vista como desde otros muchos. En hartos casos, si todo lo supiéramos, si conociésemos todos los sentimientos de quienes están de mal humor, les compadeceríamos en vez de incomodarnos contra ellos.

Si nos dicen que una persona está sufriendo, inmediatamente consigue nuestra indulgencia; nada le negamos, hacemos todo lo posible para aliviarle, le evitamos toda especie de molestia ó de fatiga. ¿Por qué no hacerlo así más que en esos momentos? ¡Cuánto mejor fuera ser siempre benévolos é indulgentes!

Nunca podemos conocer todo el peso de las tristezas, todos los cuidados, todos los sufrimientos íntimos de otro. Por consiguiente, hasta cuando creais tener derecho á quejaros, sed indulgentes. Por mucho que lo fuéreis, nunca será de sobra. Tomad á las personas por su lado bueno. *De mortuis nihil nisi bonum* es una excelente máxima; pero, ¿por qué limitarse á los muertos? ¿Cómo es que para una sola palabra cordial ó un solo acto bondadoso, nos refieren tantas anécdotas maliciosas ó duras críticas? ¡Lástima que no se hable de los vivos con tanta caridad como de los muertos!

No condenéis nunca con precipitación, y condenad lo menos posible.

«No juzgues á tu hermano; nunca podrás conocer todos los secretos de su cerebro y de su corazón. Lo que parece una mancha á tus ojos obscurecidos, pudiera no ser á la pura luz

de Dios más que una cicatriz dejada en su frente por algún duro combate victorioso, en el cual hubieras desmayado y sucumbido tú» (1).

Habrà, siempre hay, momentos en que sea preciso expresar desaprobación; pero, en tesis general, si no podéis decir una palabra benévola y caritativa, no pronunciéis ninguna. Dícese que Sydney Smith mandó recado á un amigo, el cual había hablado mal de él durante su ausencia, que le daba permiso para darle también de puntapiés cuando no estuviese delante. Sin embargo, en general preferimos que nos digan las verdades en nuestra cara, y no pasamos por que se hable de nosotros cuando nos es imposible defendernos. Pueden reirse las gentes y parecer regocijarse al oír cosas mordaces; pero estad seguros de que, naturalmente, deducirán que también diréis algo contra ellas y desconfiarán de vosotros, aunque al pronto se rían.

«Por eso, juzgad con indulgencia al hombre, hermano vuestro, y con mayor indulgencia todavía á la mujer, hermana vuestra, aunque hayan podido apartarse á sabiendas del buen camino, pues de humanos es errar. Estemos mudos ante la balanza. Nunca podremos ajustarla; dentro de ciertos límites podemos pesar lo que se ha hecho, pero nunca sabemos lo que se ha reprimido» (2).

Permítaseme defender también la causa de los animales. Dice con razón Séneca, que «con nuestros anzuelos y trampas, nuestras redes y nuestros perros (hoy pudiera añadir nuestras escopetas), estamos en guerra con todos los seres vivos.» Parece que no podemos evitar vivir en parte á expensas de las otras criaturas animales. Pero, precisamente por lo mismo que tanto les debemos, no es justo que les impongamos sufrimientos inútiles.

(1) A.—A. Procter.

(2) Burus.

«No mezclar nuestro placer ó nuestro orgullo al dolor de la más humilde criatura sensible» (1).

«Si tu corazón es puro, toda criatura será para tí un espejo de la vida, un libro de santa doctrina» (2).

Hoy no creemos ya que las bestias tengan alma; y, sin embargo, así lo creyó la mayoría de los hombres, desde Buda hasta Kingsley.

Sobre todo, las aves tienen algo de celestiales. «San Francisco de Asis, seguro él mismo de tener alma, creía por lo menos posible que las aves también la tuviesen, encarnada, como la suya propia, en una carne perecedera; no veía ningún descenso para el hombre en reclamar su parentesco de amor con seres tan bellos y maravillosos, los cuales (así lo creía él, con su sencillez antigua) alababan á Dios en los bosques como los ángeles en el cielo» (3).

Sea lo que fuere, conviene tratar á todos los animales con bondad y benevolencia: es un crimen imponerles sufrimientos inútiles. Wordsworth afirma que «la mejor parte de una existencia humana consiste en todos los pequeños actos innominados, olvidados de bondad y de amor.»

«Ora mejor quien más ama á todos los seres, grandes y pequeños, porque el Dios de bondad que nos ama los ha creado y los ama á todos» (4).

Entre todos los bellos pasajes de Shakespeare, no hay ninguno tan magnífico como aquel en que dice:

«Lo propio de la clemencia es no ser forzada; cae como el dulce rocío del cielo en el lugar puesto debajo de él. Dos veces bienhechora, hace bien á quien da y á quien recibe; su poder brilla sobre todo en los omnipotentes; sienta mucho mejor á los monarcas en el trono que la misma corona. Su cetro es

(1) Wordsworth.

(2) *La Imitación*.

(3) Kingsley.

(4) Coleridge.

el emblema de su poder temporal, es el atributo de la veneración y de la majestad, en una palabra, lo que hace temer á los reyes. Pero la clemencia está por encima de la autoridad del cetro, tiene su trono en el corazón de los reyes, es uno de los atributos de la divinidad. El poder terrestre que más se aproxima á Dios, es la justicia templada por la clemencia.»

Harto á menudo se considera la caridad como sinónimo de limosna, y sin duda tienen razón estos versos célebres:

«Los extranjeros y los pobres son enviados de Zeus; y la limosna, por pequeña que sea, es una dulce cosa.»

Pero la limosna no es más que una forma de la caridad; ni siquiera es su forma más elevada; y es la que, ejercida sin discernimiento, puede hacer más mal que bien.

El cariño y la simpatía tienen mucha mayor importancia.

«Enseñadme á compadecer los sufrimientos ajenos, á ocultar los defectos que veo, y la conmiseración que manifiesto á los demás tenedla por mis errores» (1).

Olvidad el mal, pero nunca olvidéis el bien. «¡Cuánto más penetrante que la mordedura de la serpiente es la ingratitud de un niño!» (2)

«¡Cuánto abundan los que no merecen ver la luz del día! Y, sin embargo, el sol sale diariamente» (3).

Supongamos que estais con el temor de una muerte próxima, que estais en víspera de comparecer desnudos y sin disfraz ante el Juez de toda la tierra para dar cuenta de vuestros actos para con el prójimo: ¿hay nada que más poderosamente pueda contribuir á ese espanto ante el juicio, como el pensamiento de haberos mostrado implacables y sin caridad para con los que os ofendieron, faltos de ese espíritu de perdón, que es vuestra única esperanza en aquella hora?» Y esos terrores naturales están justificados. Nuestro Señor dijo: «Pero

(1) Pope.

(2) Shakespeare.

(3) Séneca.

si no perdonais á los hombres sus ofensas, tampoco os perdonará vuestro Padre las vuestras.»

El divino precepto de que es preciso perdonar las ofensas y amar á nuestros enemigos, aunque se encuentra en otros sistemas de moral, es, sobre todo, un precepto cristiano. La Biblia afirma repetidas veces su importancia. «Porque si perdonais á los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial os perdonará también las vuestras: pero no os perdonará, si no perdonais á los hombres sus ofensas.» Aún hay más: no basta el perdón; se necesita ir más lejos. «Yo os digo: Amad á vuestros enemigos, bendecid á quienes os maldicen, haced bien á los que os odian, orad por quienes os ultrajan, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, porque Él hace lucir su sol sobre los malos y los buenos, y hace llover sobre los justos y los injustos.»

«La caridad—dice San Pablo—es paciente, está llena de bondad; la caridad no es envidiosa; la caridad no es insolente; no se infla de orgullo; no es malvada; no busca su interés; no se agría; no sospecha nada malo; no se alegra de la injusticia, sino que se goza en la verdad; excusa todo, cree todo, espera todo, soporta todo..... La caridad nunca perece; mientras que las profecías serán abolidas, cesará el don de lenguas, se anonadará el conocimiento.» Ahora, pues, permanecen estas tres virtudes: fe, esperanza y caridad.

«Pero la más grande es la caridad» (1).

(1) San Pablo.

XVI

DEL CARÁCTER

Para triunfar en la vida, son mucho más necesarios el carácter y la regularidad que el saber. No pretendo decir, entiéndase bien, que importa tener carácter porque á ese precio se consigue el buen éxito en los negocios, aunque no por eso es menos cierta la observación. Importa más hacer bien que saber que lo hacemos; y ya queramos llegar á ser virtuosos, ya deseemos medrar y ser felices, siempre hay que conducirse de la misma manera.

El valor de la vida se debe medir por su valor moral. Si tomáis la resolución de no permanecer indecisos, si vuestra conciencia os dicta lo que se debe hacer, habréis encontrado la clave de toda la dicha que un pecador puede razonablemente esperar.

Nunca aumentaréis vuestra ventura, descuidando vuestro deber ó eximiéndoos de él. Signo de un hombre sabio como de un hombre virtuoso es «no parlamentar con temores indignos de un hombre; diríjese confiado allí donde el deber le llama, arrostra mil peligros si su deber lo exige, y fiando en su Dios los vence á todos» (1).

¿Qué se necesita para salir con bien en la vida?

Una sola cosa es necesaria. El dinero importa poco; el poder, la inteligencia, la fama, no son indispensables; la libertad no es precisa; la misma salud no es la única cosa necesaria. Lo necesario es el carácter, una voluntad completamente

(1) Wordsworth.

cultivada, eso es lo único que puede salvarnos; si eso no nos salva, de seguro seremos condenados.

Vuestro carácter será como hayais querido hacerlo. No todos podemos ser poetas ó músicos, grandes artistas ú hombres de ciencia, pero «hay otras muchas cosas de las cuales no puedes decir que no sirves para ellas. Haz todo cuanto esté por completo en tu poder: sé sincero, grave, laborioso, enemigo de los placeres, resignado con tu suerte, satisfecho con poco, benévolo, libre, sin afición al lujo, á la superficialidad, á la magnificencia. ¿No adviertes cuántas cosas puedes ejecutar desde hoy, para las cuales no tienes por excusa la ineptitud y la insuficiencia? Y, sin embargo, quedas voluntariamente por bajo de tus deberes. ¿Es una imbecilidad natural lo que te obliga á murmurar, á manifestar tu pereza, á dar halago y excusa á tu miserable cuerpo, á ceder á sus caprichos, á entregarte á la vanidad, á formar tantos proyectos? ¡No, por los dioses, no! Desde hace largo tiempo has podido verte libre de esos defectos. Empero, si en verdad naciste de ingenio tardo y poco agudo, preciso es que te intereses por este mismo defecto; que no descuides esa pesadez mental, ni en ella te complazcas.»

No hagais nunca nada de que hayais de avergonzaros. Hay una buena opinión, de la mayor importancia para vosotros: es la vuestra. «Una conciencia tranquila—dice Séneca—es una fiesta perpetua.»

Franklin, á quien debemos muchos consejos saludables, siguió un plan de conducta que no puedo aprobar de ninguna manera. Después de haber enumerado con claridad y exactitud las virtudes, dice: «Como me proponía adquirirlas todas, pensé que bueno sería no fatigar mi atención ocupándome de todas á la vez. Dueño de la primera, pasaría á la segunda y así sucesivamente hasta que hubiese adquirido todas trece (templanza, silencio, orden, fortaleza, frugalidad, aplicación, sinceridad, justicia, moderación, limpieza, paz del alma, castidad, humildad).»

Paréceme difícil que haya seguido este método, porque «si dais albergue á uno solo de los parientes de Satanás, le seguirá toda la familia.»

«Mucho nos extrañaría—dice el obispo Wilson—oir decir á alguien que acabase de dar limosna á un hombre: Vete á la taberna á gastar lo que te he dado, á jugártelo, á comprar algún ridículo juguete. Entonces, ¿por qué hacer uno mismo lo que sería absurdo aconsejar á otro?»

Caminad con la vista levantada y no baja. «Quien no levanta los ojos—dice Beaconsfield—sólo verá las cosas de la tierra; y el espíritu que no se atreve á volar á veces al cielo, está condenado á arrastrarse por la tierra.»

Sin duda, si se considera el fondo de las cosas, las ambiciones vulgares son despreciables; y nuestros más grandes hombres, Shakespeare y Milton, Newton y Darwin, no debieron nada á los honores y títulos dados por los Gobiernos.

Una de las grandes desventajas de las ambiciones vulgares consiste en no poder verse nunca satisfechas. En la ascensión de una montaña, cuando llegamos á una cima vemos otra erigirse ante nosotros. Los más grandes conquistadores, por ejemplo, Alejandro y Napoleón, jamás estaban satisfechos. Víctimas de una ambición excesiva, no podían «descansar y manifestarse agradecidos por su ventura.» «Quien está acostumbrado al triunfo y se ve detenido en su progreso—dice Bacon—está descontento de sí mismo y ya no es lo que era.»

Sin embargo, es ir demasiado lejos el afirmar como el poeta, que «una hora tumultuosa de vida brillante, vale más que un siglo sin renombre» (1).

La ambición egoísta es como los fuegos fatuos: una engañifa brillante.

¿Qué puede por sí sola la alta alcurnia? María de Médicis, reina y luego regente de Francia, madre del rey de Francia, de la reina de España, de la reina de Inglaterra y de la du-

(1) Scott.

quesa de Saboya, fué abandonada por los soberanos, hijos suyos, quienes hasta se negaban á recibirla en sus dominios, y murió en Colonia en la miseria, careciendo casi de pan, al cabo de diez años de persecución. Todas las coronas son, más ó menos, coronas de espinas. Y cuanto más noble y concienzudo es quien lleva una, más pesan sobre él las responsabilidades del Poder. Es imposible no sentirse intranquilo cuando un solo error de juicio puede labrar la desdicha de millares de personas.

El hombre no ha sido hecho para quedarse estacionario, sino para adelantar; por lo menos, muchos no pueden estar quietos y necesitan avanzar ó morir. Sin embargo, en nuestras aspiraciones conviene que elijamos á conciencia los medios y los fines. Una elevación aparente no es más que un rebajamiento, si se ha logrado por medios indignos.

Entonces, ¿de qué manera podríamos conciliar esas dos necesidades contradictorias de nuestra naturaleza? Nuestra ambición debiera consistir en gobernar nuestra alma, que es nuestro verdadero reino. El verdadero progreso está en aprender cada vez más, en completarse cada vez más, en poder cada vez más. Y este progreso no conoce ninguna parada necesaria: á cada paso es más seguro y no más arriesgado. La primera y más elevada ambición que puede tener un hombre, es la de cumplir con su deber.

Dícese que la palabra *gloria* no figura ni una sola vez en los partes del duque de Wellington. El *deber*: tal era la consigna de toda su vida.

Por tanto, sin condenar toda ambición, sea la vuestra la del santo y la del sabio. Porque «la vanidad misma hubiera enseñado mejor un camino más seguro para adquirir la fama que apetecía, mostrando en las páginas de la Historia diez mil conquistadores por un solo sabio.»

Dentro de cien años, ¿qué importará que seais ricos ó pobres, aristócratas ó plebeyos? Pero quizá importe mucho que hayais obrado lo bueno ó lo malo..... «En último término,

poca importancia tiene lo que pensamos, lo que sabemos ó lo que creemos; lo único importante es lo que hacemos» (1).

«Pero, ¿dónde encontrar la sabiduría? ¿Dónde está el lugar de la inteligencia? El hombre no conoce su precio. Y la sabiduría no se encuentra en la tierra de los vivos. El abismo dice: «No está en mí.» Y el mar dice: «No está conmigo.» No se da por oro fino; no se compra á peso de plata; en comparación de ella no se hablará de coral ni de berilo. Y el precio de la sabiduría excede al de las perlas. El temor de Dios es la verdadera sabiduría, y la inteligencia consiste en apartarse del mal» (2).

Sed francos y verídicos. «El primer pecado cometido en la tierra—dice Juan Pablo Richter—(y, por fortuna, el demonio era culpable de él) fué una mentira.»

«El doble peso está en abominación para el Eterno, pero la buena medida es su gozo» (3).

«La verdad—dice Chaucer—es lo más hermoso que un hombre puede poseer.»

Clarendon dice de Falhland, que «de tal modo adoraba la verdad, que no se hubiera permitido más mentir que robar».

«Mentir—dice Plutarco—es manifestar primero que se desprecia á Dios, y después que se teme al hombre.»

Conviene avergonzarse si se ha incurrido en falta, pero nunca se debe tener vergüenza de confesarla.

«Innumerables cualidades forman un hombre y le dan aptitud para lo que debe hacer en la vida. Pero hay una cualidad esencial, y sin la cual un hombre deja de serlo, sin la cual ninguna vida grande ha existido jamás, sin la cual no ha podido hacerse una obra verdaderamente grande. Me refiero á la verdad, la verdad íntima. Pasemos revista á todos cuantos fueron grandes ó virtuosos. ¿Por qué los llamamos virtuosos

(1) Ruskin.

(2) Job.

(3) *Proverbios*.

ó grandes? Porque se atreven á ser verdaderamente fieles á sí mismos, se atreven á ser lo que son.»

«Retén esto sobre todo: sé fiel á ti mismo. De ahí se seguirá, tan cierto como la noche sigue al día, que nunca podrás ser falso con ningún hombre» (1).

«Hay dos cosas imposibles de separar, por opuestas que puedan parecer—dice Wordsworth:—la dependencia viril y la viril independencia; la confianza viril y la viril costumbre de no contar más que consigo mismo.»

Aprended á obedecer, y sabréis mandar; un mal soldado nunca llegará á ser un buen general.

«Si os sigue la buena fortuna, no cedáis al orgullo.» «El orgullo va delante del aplastamiento, y la altivez de espíritu delante de la ruina» (2).

Asociamos en nuestro pensamiento la pasión y la acción, la paciencia y la inacción. Pero esto es un error. La paciencia exige ánimo fuerte, al paso que la pasión es un signo de debilidad y una falta de dominio sobre sí mismo.

Si ocupais un puesto cualquiera, sed meticulosamente justo y cortés.

Cuenta Sadí que un rey de Oriente dió un día la orden de matar á un hombre inocente, el cual le dijo: «¡Guárdate de ello, oh rey; yo no sufriré más que un instante, al paso que tu culpa será eterna!» El Poder trae consigo responsabilidades. No penséis nunca en lo que os gustaría hacer, sino en lo que debéis obrar: este es el único y verdadero medio de conseguir la dicha.

Si vacilais entre dos deberes, elegid el más próximo. Hay personas que abandonan su familia para ocuparse en convertir salvajes; pero en primer término se debe ejercer la simpatía, como la caridad, para con sus deudos.

Todo existe en este mundo con la mira del bien. De ello

(1) Shakespeare.

(2) *Proverbios*.

podemos convencernos fácilmente. Todos hablamos del castigo que se acarrea el pecado. ¿De dónde viene ese castigo? De nosotros mismos. Así está hecho el mundo: la virtud es una fuente de alegría, y el mal trae en pos de sí el dolor. Pecar sin sufrir por ello dejaría de estar conforme con las leyes naturales.

La remisión de los pecados no significa que no se nos castigarán. Eso no sólo sería un imposible, sino una desgracia. En realidad, no hay mayor desventura que prosperar obrando mal. Si hacéis mal, el recuerdo del pasado emponzoñará todo vuestro porvenir. Quizá os perdonen aquellos á quienes hayais ofendido; pero al hacer esto «amontonarán carbones ardiendo sobre vuestra cabeza», porque su generosidad hará más negra vuestra acción.

La conducta decide de la vida; de ella dependen la dicha y la prosperidad. Los acontecimientos exteriores tienen poca importancia, relativamente; lo que nos rodea no importa tanto como lo que hacemos. Vigilaos, pues, á vosotros mismos día por día; la costumbre es una segunda naturaleza.

«Sembrad un acto y cosecharéis un hábito; sembrad un hábito y cosecharéis un carácter; sembrad un carácter y cosecharéis un destino.» Cada día nos trae un desarrollo en sentido del bien ó del mal; conviene preguntarnos cada noche dónde estamos, en esa materia.

«La humanidad—dice Emerson—se divide en dos clases: los que hacen bien y los que hacen mal.» Si pertenecéis á la última categoría, convertiréis los amigos en enemigos, el recuerdo en dolor, la vida en tristeza, el mundo en cárcel y la muerte en espanto.

Por el contrario, si enriquecéis á un alma con una sola palabra de consuelo ó de simpatía, con una sola hora de felicidad, habréis hecho una obra de ángel bienhechor.

Sería excelente que cada cual se encerrase una hora diaria, una hora nada más, ó siquiera media hora, para consagrarla á la meditación. No puede aceptarse como excusa la falta de tiempo. Sir Roberto Peel leía todas las noches un capítulo de

la Biblia, al regresar de la Cámara de los Comunes. Sin embargo, preciso es confesar que las sesiones no terminaban tan tarde como ahora.

Pensad en lo bueno, y no haréis lo malo.

«Quien piensa á menudo en la muerte y en el juicio final, en el cielo y en el infierno, no puede dejar de conducirse bien.»

Y la recompensa será grande:

«Hijo mío, no echés en olvido mi enseñanza, y que tu corazón guarde mis mandamientos, porque te traerán largos días y años de vida y de prosperidad.»

Por consiguiente, no perdais tiempo. «Acuérdate de tu Creador durante los días de tu juventud.»

Para morir como quisiéramos, es preciso vivir como debiéramos. Para el hombre virtuoso, la muerte no tiene terrores.

El Obispo Thirlwall, durante su última enfermedad, se puso á traducir en siete lenguas la siguiente frase: «Como el sueño es hermano de la muerte, es preciso que te confíes á la solicitud de Aquel que ha de despertarte de la muerte del sueño y del sueño de la muerte.»

Cuando Sócrates compareció ante sus jueces, «no hablaba como un sentenciado á muerte, sino como quien va derecho al cielo»,—dice Cicerón.

Todos cuantos así lo quieran, pueden vivir con nobleza. Tened, pues, de continuo puestos los ojos en el más alto ideal posible de existencia.

«¡Cuán ínfima cosa es el hombre si no se eleva por encima de sí propio!»

Así, sólo así podréis disciplinaros, de modo que algún día pueda decirse de vosotros lo que Marco Aurelio dice de Bruto:

«Su vida era noble y en él estaban tan bien mezclados todos los elementos, que la naturaleza hubiera podido erguirse para decir de él al mundo entero: ¡Ese era un hombre!» (1).

(1) Shakespeare.

Si sois mujeres, que pueda decirse de vosotras:

«Era una mujer perfecta, una noble naturaleza hecha para consolar, aliviar y mandar; era también un espíritu radiante, con algo del divino resplandor de un ángel» (1).

Las últimas palabras de Sir W. Scott en su lecho mortuario, en Lockhart, fueron: «Ten virtud y religión, sé hombre de bien; ninguna otra cosa podrá consolarte cuando te veas como estoy.»

Balaam mismo, decía: «Muera yo con la muerte de los hombres justos, y sea mi fin al suyo semejante.»

JOHN LUBBOCK.

(1) Dallas.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

La Resurrección universal.—La fiesta de Pascua.—El regocijo de todos los seres en primavera.—Goethe y Victor Hugo.—El Bazar de la Caridad.—El Duque de Aumale.—Avances de los turcos y retrocesos de los griegos.—El nomilismo en política.—Las fiestas de los comunistas parisienses.—Recuerdos de los incendios comuneros.—El incendio de las Tullerías.—El incendio de la Casa Municipal.—Reflexiones. Conclusión.

I

¡Cuán profundamente humana la divina Pascua de Resurrección! Al vacío y al silencio de la muerte opone tal día la esperanza universal, extendida como un éter vivificante por la inmensidad del espacio y por la infinidad del tiempo. Cuando sacude la planta los gérmenes de futuras plantas; cuando el hueso mondado de la fruta, que parece leñoso, germina entre la humedad de los campos, donde ha caído como en abandono y al descuido; cuando la oruga fría, por el cierzo arras-trada, echa las dobles alas de mariposa, cubiertas con esmaltes que parecen metálicos y despidiendo reflejos que parecen astrales; cuando el nido, solitario al mes de Marzo, mes ventoso por excelencia, al Abril se calienta bajo la pechuga de una madre solícita y se llena de maqueteados huevos, los cua-

les se rompen y abren para dejar paso á las canoras y multicoloresavecillas que levantan coros de píos y de gorjeos; cuando en las colinas florece la gualda retama, y en el trigo la roja amapola, y en los ribazos el modesto jaramago, y junto á los arroyuelos, festonados de luciérnagas, crecen al par de las argénteas azucenas las encendidas rosas, y desde los olivos del valle cargados de perllas, que serán aceitunas, y las palmeras cargadas de polen, que será dátil, hasta las encinas y las hayas del monte se cubren de una flora cargada con promesas de una perpetuidad no interrumpida, la cual asegura su permanencia hoy, su inmanencia mañana y siempre en toda vida, celebran á una con la sublime indeliberación propia de su material naturaleza una pascua de resurrección, donde son aleluyas é himnos los cánticos y los aromas. Por eso, el cirio sagrado que brota sobre los altares del Sábado Santo, el agua lustral que cae como un rocío matutino chispeado por los litúrgicos hisopos, el alegre acento de las trompetas angélicas en los órganos de las iglesias desvestidas del canónico luto anterior, el Gloria rasgando la negra sombra del sudario que obscurecía los templos como si fueran tumbas, y devolviendo su alegre voz á las campanas que repican en las altas torres el aleluya lanzado por las Misas de Resurrección á los cuatro puntos del cielo, no sólo nos dicen que ha resucitado Cristo, nos dicen también que ha vuelto la golondrina desterrada por el frío; que gorjean los ruiseñores, mudos durante todo el año hasta cuando la primavera les enardece con su incendio de amores; que ha plantado en el campanario la benéfica cigüeña su nido, compuesto con ramas y hojas secas convertidas en un brasero de rescoldo vital; que la savia se ha ido rejuveneciendo hasta meterse por todos los poros del árbol y ha despertado las hojas y las flores; que nos hallamos en la Pascua donde se canta y celebra una renovación, la cual parece, no esperada, por lo querida de todos, como un don súbito del cielo y un milagro excepcional de Dios.

II

En la mañana del sábado he ido á la Misa de Gloria. Muchas y muy poéticas ceremonias tiene la Iglesia; ninguna comparable á las ceremonias del Sábado Santo. Cuando en las alturas del púlpito, con la entonación sublime del prefacio, entona eclesiástico cantor de rúbrica su magnífico *raconto* de cómo se creó el alma luz, en cuyos resplandores y en cuyos rayos todo lo criado se anima y esclarece, creo escuchar el poema cíclico de los vedas entre las irradiaciones del cielo indio, retratado por las aguas del Ganges, abriantadas con las gelatinas donde se van formando gérmenes innumerables de múltiples cosas y misteriosos protoplasmas de varios organismos; la salmodia de los pastores caldeos al descubrir en el seno de aquellas sus noches luminosas las constelaciones del firmamento, y pedirles manden sus querubes de fuego para revelarles cuanto dicen los espacios con sus jeroglíficos de soles; el cantar órfico que hace corresponder los números de nuestras tablas con los astros de nuestras constelaciones y arroja sobre la faz del hombre, todavía enredado en la materia y en las especies inferiores, el soplo de la humana idea; los símbolos del mágico Zoroastro divinizando el resplandor de la luz increada y diciendo cómo en sus focos todo se aviva y enciende y abriantanta; el *Te Deum* lanzado por los orbes, al rodar sobre sus ejes, y componer una sinfonía, cuyas escalas son esferas celestes, y cuyas notas son ráfagas de magnética electricidad, al Ser de los seres, á nuestro Sublime Creador. Después de todas estas bendiciones y todas estas loas al divino luminar, nada tan expresivo del misterio en la transmisión de nuestra vida como el recuerdo é invocaciones al misterio en la trans-

misión de nuestra luz. Cuando en la Misa de Gloria el turiferario enciende con modestas candelitas el blandón de los altares y la solitaria lámpara, pendiente del techo en las bóvedas, recuerda el gran misterio de otra no menor animación: de la animación del espíritu, en cuyas creadoras lenguas de fuego las almas van encendiéndose para correr como fugaces exhalaciones por el tiempo, y volver, tras rápida carrera, como los cuerpos graves en sus caídas al centro de gravedad, ellas, en sus vuelos al Eterno Criador. Y luego, encendidas las luces y puesto en su candelabro el cirio pascual, comienzan las profecías, que os ponen ante los ojos desde la aparición del hombre sobre este planeta nuestro, hasta la muerte y conclusión de todos los seres en el Juicio final, que llega con estremecimientos tales como si quisiera volvernó al caos y en sus piélagos de tinieblas á todos confundirnos. Yo escucho con verdadero éxtasis todas las tradiciones á que la Iglesia llama en la Misa del Sábado Santo profecías; pero al oír la visión del gran Ezequiel, creo leer la respnsta incontestable al grito de Prometheo, de Job, de Hamlet sobre los orígenes del mal, dada por aquellos cementerios desolados, donde yacen los huesos en montones, tan olvidados como yertos, que á un soplo se mueven y levantan y sobreponen unos á otros, organizándose como estatuas vivas y animadas en esqueletos y recibiendo infusiones de médula, riego de sangre, redes arpadas de nervios, vestiduras de fibras, concluyendo en un esférico cerebro análogo con la bóveda celeste, pues lo infinito se comprende por medio de la idea en este cerebro, y por medio del Verbo de la idea con Dios se identifica y se confunde.

III

Después de haber leído á Ezequiel, ya no puede caber duda sobre la Resurrección. Por eso la Iglesia, con su maravillosa intuición estética, cuya virtud le conservará el dominio sobre las almas eternamente, poco después de cantada la Profecía, tras el rito de la bendición del agua bautismal y las letanías, llega por sabias transiciones al momento sublime y capital de la Misa. Mi primer emoción en la vida, que yo recuerde ahora, es una Misa de Sábado de Resurrección, á que asistí el año treinta y nueve, allá en la parroquia del Rosario, de Cádiz, cuando no había cumplido aún seis años. Yo creo que miraban mis ojos de niño más la frente y la mirada de mi amantísima madre que los resplandores del altar. Entonces me parecía milagroso aquel cambio de los paños enlutados en flores y luces, aquel silencio que hace del ara un sepulcro subseguido por Glorias y Aleluyas. Han pasado muchos lustros de tamaña emoción, y en mi pecho se repite con igual viveza de sentimiento é igual vértigo de alegría que los experimentados en mi lejana infancia. Cuando el deán de Sevilla se volvió en el Sagrario á entonar el Gloria, y á este clamor jubiloso la titánica Giralda rompió en fragorosos acentos con sus lenguas de bronce, y el cubierto altar sacudió su negro velo para mostrarnos los ángeles y serafines aleteando entre irisados espacios y circuyendo á la Virgen Madre, representada en efigie de plata que una diadema de oro corona, y los paños negros, al desprenderse, mostraron los vidrios de colores, y los vidrios de colores cubrieron de círculos policromos los altos pilares con las cinceladas ojivas, y el acento del órgano se unió al aleluya universal despedido hasta por las piedras y acompañado con repiques de campanas, yo me imaginé vuelto á la infancia y sentí la fe de mis primeros años, completada por una confianza

verdadera y sin límites en el progreso universal. El mundo moderno guarda en la biblioteca de sus glorias dos páginas á este respecto del Sábado Santo y de la Pascua, que no serán superadas nunca. Es una el repique general de campanas celebrando la Resurrección, á que dió Víctor Hugo en frases la sublimidad misma que tiene la catedral de París y el acento de sus sonoras torres cuando tocan á Gloria. Es otra el segundo monólogo del desengañado Fausto, cuando el campaneó de Pascua le quita de los labios la copa envenenada, y le reconcilia de súbito á sus repiques y á sus aleluyas con el universo y con Dios. Así, tras las emociones despertadas en el sentimiento por las ceremonias litúrgicas, tras los estéticos goces inspirados y sugeridos por las artes consagradas al divino culto, tras los mudos rezos de una vida que pronto desaguará en la eternidad, la reflexión alcanzó el sobreponerse al sentimiento, deploró una vez más el carácter de nuestra época y el divorcio consumado por dos fanatismos contradictorios, pero igualmente funestos, entre la religión y la ciencia. ¿Por qué no rezan aquellos que piensan y saben, mientras rezan aquellos que ni saben ni piensan? ¿Porqué los creyentes imaginan toda filosofía rebelde á Dios, y los filósofos rebelde á la ciencia y á la sabiduría toda religión? El órgano que para ver tiene nuestro cuerpo, se halla compuesto de porciones contradictorias. En el sentimiento las ideas tienen un carácter, en la fantasía otro, y otro más diverso en la inteligencia. Con el raciocinio no podéis explicar el misterio. La silenciosa y triste sepultura sólo responde al llamamiento de la fe. Sólo podéis llenar el espacio vacío de los cielos é interrumpir el silencio mortal de las alturas con plegarias y oraciones.

IV

Muchísimos hechos han pasado en la primer quincena de Mayo que se acaba, y faltan medios para numerarlos con exactitud y exponerlos en serie. Una catástrofe inenarrable, un terrible incendio, como el estallado en la Tienda parisién de Caridad, dilata sus torvos destellos, cual un relampagueo del infierno, sobre mes, como el corriente, mes de cariñosa luz para los ojos, de regaladas mieles para el paladar, de suaves aromas para el olfato, de gorjeos para el oído, que parecen llamar á la vida y ahuyentarnos la muerte. Profundo sentimiento de solidaridad ha brotado en todos los corazones á esta horrorosa enseñanza de cómo el dolor se halla extendido y el mal sembrado por todas partes en nuestro mundo, y cómo cuantos no admiten la igualdad clarísima del derecho tienen que admitir la igualdad misteriosa del sepulcro, distinto cada cual por fuera, como sobreponiéndose al destino, pero en su contenido semejantes todos; pues así bajo las diademas como bajo los hierros, en la gloria y en la obscuridad, los humanos seremos podre y ceniza, después de vueltos á nuestra madre tierra. Cuando la noticia de tal catástrofe se difundiera, personaje altísimo, personaje de alcurnia regia, muere malherido por la pena que le causara: muere, allá en Palermo, el duque de Aumale. Una es y unida está la familia de Orleans; con claro carácter se presenta, siendo la sangre suya real y el nombre suyo Borbón, de hostilidad á los Borbones de la rama primera; y sin embargo, sus príncipes han roto en lo posible todo su heredado atavismo é inscrítese de antiguo en escuelas y fracciones políticas diversas, y aun encontradas ó enemigas. El príncipe de Joinville, marino principalmente, no desdeñaba este régimen parlamentario nuestro, cuya fundación costó á su abuelo paterno, Felipe Igualdad, honra y vida; pero, en

cambio, el duque de Nemours se alistó en la bandera legitimista y hubiera de grado combatido por los viejos ídolos en la Vendée ó ídose á la ciudad de Coblenza con los impenitentes ciegos emigrados que sostuvieron las Cruzadas por el absolutismo francés y por la reacción europea. No así el duque de Aumale. Muy caballeresco en su carácter, muy militar en sus vocaciones, tan pronto á requerir la espada como á usar la pluma, resaltaba entre todos los Orleans por una personalidad propia muy de relieve, y aspiraba en sus ensueños á constituir especial magistratura, capaz de conservar algún resplandor monárquico en sí misma, y servir como un puente á la inevitable República. Por eso, cuando estalló la revolución del cuarenta y ocho proclamándose la República, el duque, jefe allá en Argel de un ejército numeroso, hubiera podido volverlo contra las nuevas instituciones, y prefirió acabar dando por base al trono de su familia un principio bien diverso del principio hereditario, y que aparece como el único que podía limpiarla del dictado de usurpadora: un principio de suyo tan republicano, como el principio de la soberanía nacional. Y aunque la República tercera no lo admitió de grado en su seno, bajo la inevitable advocación republicana mantuvo el pabellón tricolor Aumale, y se opuso primero á que su familia se ciñera el sudario de los Chambords y después á que su familia entrara en maniobras revolucionarias, las cuales imitasen los procederes de antiguos conspiradores y repitiesen el espectáculo de conspiraciones antiguas. Y esta doble afirmación de su política le indispuso primero con la paciencia y conformidad del conde de París, apegadísimo á su legado de la vieja dinastía que lo amortajaba en su pabellón blanco; y le indispuso después con las algaradas del duque de Orleans, tan parecidas á las conjuras y á los pronunciamientos clásicos. Así, no fué á las honras fúnebres del rey legítimo con sano consejo, pues al sobrino que fué, al conde de París, no le permitieron presidirlas, magüer su parentesco tan cercano con el difunto y su título de rey legítimo por herencia; y cuando, á

su vez, llegaron los funerales del conde de París, no permitió al duque de Orleans llamarse jefe de la casa francesa por temor á sancionar los procederes del muerto y reconocer en el vivo un verdadero pretendiente. Aumale, ya que no pudo dirigir la República, quiso habitarla; y ya que no encontrara en los franceses unos súbditos, cual soñara por los días de su juventud, se conformó con encontrar en ellos unos conciudadanos. Y así fué de veras francés, pues para demostrar que prefería el cariño de los franceses al imperio de su familia, hizo regalo de primer orden á una corporación ilustre, donde yo estoy hace años inscrito en calidad de asociado extranjero: le donó en vida un dominio, como dicen los franceses, ó sea un sitio real, como decimos nosotros, el cual contiene tales museos y bibliotecas y jardines, que sin duda lo hacen una maravilla entre las maravillas de Francia. Con estos antecedentes, á los políticos superficiales parecíales de antiguo la cosa más natural y más legítima del mundo que llegase Aumale hasta la jefatura del Estado francés, para desde allí prepararse la restauración de una realeza parlamentaria y constitucional para sí mismo y para los suyos. Mas todos cuantos de tal suerte pensaban, desconocían una muy sencilla cosa, evidente de suyo, y que á la vista salta si consideramos un poco Francia, la cual es, no puede menos de ser, será siempre ya una democracia; y esta democracia puede admitir el cesarista imperio, la militar dictadura, la República conservadora ó radical; mas lo que no puede admitir jamás es una monarquía burguesa; y Aumale con los suyos representa esta monarquía, levantada sobre un censo restringido, contrario al primero entre los principios democráticos modernos, contrario al sufragio universal. Así, cuando hubo necesidad inevitable de acabar con el censo de las clases medias y admitir el censo de las clases privilegiadas, desapareció la monarquía de Orleans, que no se restaurará. Descanse, pues, en paz de sus ambiciones, contrarias á la salud del pueblo francés y á los decretos de la divina Providencia.

V

El incendio en la Tienda de Caridad y el fin súbito de Aumale han divertido un instante la general atención de lo que hoy la embarga y absorbe, del problema turco-heleno. Si á nuestros gloriosos predecesores, los inspirados publicistas del año veintisiete, les dijeran entonces que, al acabarse una centuria tan rica en obras liberales y progresivas como nuestra centuria, el turco había de avanzar y el griego de retroceder, así en el Epiro como en la Tesalia, y que á este doble movimiento había de bambolear Grecia, no lo creyeran, y juzgaran maldito, inhumano, embustero, el oráculo de tan siniestra é increíble profecía. Y no digo nada del desengaño que nos hemos llevado cuantos creíamos no pasar de esta vida sin ver sobre la Basílica de Justiniano la cruz de Constantino repuesta por los helenos allí, para retrollevar la media luna de Ostman á sus cielos propios y naturales, á los cielos de Asia. Ahora es evidente lo contrario; y á la evidencia no hay que oponer negativas, ni siquiera reservas. En los espacios mismos, donde resolvió el destino la formidable batalla entre imperialistas de César y republicanos de Pompeyo, espacios rescatados al despotismo tártaro de la Constantinopla turca, por los mismos árabes aborrecida; el principio de la reconquista del territorio griego ha surgido, con espanto de la Europa cristiana, que teme una retrogradación á la barbarie, si el derecho de la fuerza se sobrepone á la fuerza del derecho, y los antropófagos de Armenia y Anatolia, que han convertido los mataderos de aquellas regiones en carnicerías de carne humana, consiguen la ruina de Grecia, nuestra madre intelectual, á quien debemos desde los arquetipos de nuestra escultura y las columnas de nuestros monumentos hasta las ideas filosóficas que

E. M.—Junio 1897.

han esclarecido la ciencia y que han animado el espíritu. Yo creí que la dinastía helénica se creería incapacitada de proceder, como ha procedido, por deberes superiores á las complacencias con el pueblo; que, no contando con alianzas y con aliados, debió refrenar el público entusiasmo, en vez de alentarlo; que, reconocida y proclamada ya la inevitable autonomía de Creta, estuvo en el caso de contentarse por el pronto con este progreso y defender la reincorporación de los cretenses á la patria, muy deseada por éstos, no en los campos de batalla, con inútiles violencias, en los Consejos de Europa, con buenas ideas; pues si la ceguera de unas pasiones, más exaltadas que convenientes, y los arrebatos de unos voluntarios, más heroicos que útiles, impedían sus resistencias á las temeridades cometidas ó propuestas, debía imitar en la realeza los ejemplos de abnegación ofrecidos por Perier y por Grevy en la República, para no darnos ocasión á los republicanos de mostrar cómo todas las dinastías son iguales, y cómo, puestas en el caso de optar entre los intereses dinásticos y los intereses nacionales, optan siempre por los intereses dinásticos, sin escrúpulo, con grave detrimento de las naciones que rigen y con eterna infamia del nombre que llevan. Desde los principios de la guerra estuve yo diciendo á los griegos no hicieran caso á las relaciones de afinidad existentes entre Jorge I y su cuñado el príncipe de Gales; ni á las existentes entre la reina y su sobrino el czar de Rusia; ni á las existentes entre la princesa heredera y su hermano el emperador de Alemania; ni á las existentes entre la dinastía dinamarquesa y casi todas las casas reales de nuestra Europa, pues los reyes no tienen familia y han de subrogar sus afectos particulares á los afectos políticos: que muy hermano de Don Pedro Primero era su asesino el infante Don Enrique de Trastámara; muy prima de María Estuardo quien la decapitó, Isabel Tudor; muy yerno de Jacobo II quien lo destronó, Guillermo de Orange; muy padres del príncipe Carlos y de Fernando VII quienes los prendieron, Felipe II y Carlos IV; muy deudo de Luis XVI quien votó en la Conven-

ción su muerte, y su muerte inmediata, Felipe Igualdad; y no habían de suspenderse las leyes connaturales á una monarquía ni de variarse la índole de los monarcas por atender y servir á la muy artificial y muy exótica dinastía de Grecia.

VI

Fueron los griegos, y el coronel Vassos á su cabeza, en defensa de Candía, movidos por la fatal creencia de que repetirían la marcha sublime de Garibaldi, encontrando la misma victoria, y mientras Garibaldi no encontró en su navegación á Sicilia obstáculo de ningún género, antes complicidad manifiesta de las naves francesas y auxilio patente de las naves británicas, ha encontrado Vassos un bloqueo derogatorio de las leyes internacionales y un apoyo á las tiranías que necesitaba derribar, los cuales, bloqueo y apoyo, deshonran hoy á Europa entera y hacen temer sea ese anfictionado europeo, donde penetraran Estados tan libres como Francia, Italia, é Inglaterra, una confabulación retrógrada en pro de los tiranos. ¡Cuánto se han equivocado los demócratas alemanes, fundadores de la unidad germana, creyendo esta unidad favorable al progreso universal, aunque existiera la forma, incompatible con sus orígenes y sus finalidades, de un Imperio conquistador; cuando este Imperio debía corresponder con su organismo, sosteniendo un asolador armamento de guerra y de servir á la libertad, aliándose con déspotas feroces, como quien preside las matanzas de Armenia y espanta con sus voluntariedades arbitrarias y despóticas á la misma Turquía! En vano han mostrado los griegos el temperamento heroico de sus mejores soldados, y han, uno contra cinco, en batallas terribles, combatido como combatieran sus mejores héroes: en la isla y en la montaña se han llevado la mejor parte. Pero en las lla-

nuras de Creta, y del Epiro, y de la Thesalia, se han visto por la fuerza obligados á reconocer la superioridad del número; y los tigres de Janina mahullan todos con las fauces saciadas de sangre, y las raíces del Olimpo han visto levantarse victoriosos los hijos de las tinieblas y caer inmolados los hijos de la luz; y los desfiladeros de Tempé, donde hasta las piedras despiden gritos de libertad, se han trocado en estadio de los feroces jinetes que cazan hombres por Asia para convertirlos en mutilados siervos; y el siglo, que comenzó con el cántico de la Marsellesa y el triunfo sobre los déspotas coligados, corre peligro de concluir con el triunfo de los déspotas, saludados por los relinchos del caballo de Atila redivivo, significando, como los caballos del Apocalipsis, el fin de la humanidad y de tierra.

VII PERTENECER A LA BIBLIOTECA DEL
ARZOBISPADO DE MADRID

Mes de Mayo, mes de las mariposas y de las flores, ¡cuán terribles aniversarios en tus días serenos y floridos guarda la humanidad! No queremos recordar otros, no necesitamos recordarlos, sino los traídos ahora con tanto estruendo á colación por los comunistas franceses: el aniversario de las quemas y de las matanzas, que asolaron y estragaron París el año setenta y uno, cuando á los horrores de las guerras con los extranjeros sucedieran los horrores de las guerras entre aquellos conciudadanos, guerras parecidas á la célebre y luctuosa leyenda de los hijos del ciego Edipo, hermanos infelices, que mutuamente, con recíprocos odios, se arremetieron, y mutuamente, con sendas espadas, se mataron. *Nefanda, regina, jubet memorare dolores.* Si dolores terribles los conmemorados, dolores colectivos y sociales, engendro de alucinaciones extraordinarias, sugeridas á pueblos enteros, no solamente por la Re-

ligión y el Arte, por la Historia y la Ciencia. Una idea general dominó á Francia el día que Francia proclamó la República vigente: la idea de que bastaba comunicar al aire tan prestigioso mágico nombre, para que surgieran los voluntarios de la libertad antiguos, cuyas voces, cantando la Marsellesa en coro que al corazón de los enemigos llegaba, con sus mágicos acentos, y metiendo por los riñones en el cuerpo de los defensores del absolutismo sus bayonetas, aterraron á todos los reyes europeos y les arrancaron de las sienes sus tradicionales coronas, esparcidas como apagados bólidos por los encendidos y tempestuosos horizontes de la revolución. Si esta idea dominó en los franceses, dados, desde su primera juventud, al culto de la República, otra idea dominó en los franceses exaltados: la idea de que bastaba entrar en el Municipio parisién, lleno de tradiciones revolucionarias, constituir numerosa junta, como la célebre constituída la madrugada del diez de Agosto de mil setecientos noventa y dos, llamándose Comunidad revolucionaria, para que renovase los prodigios de la inolvidable, cuyas legiones improvisadas tomaron las Tullerías, postrera Bastilla del absolutismo, y pidieron la Convención, quien, si dentro de Francia desatara un terror, sólo comparable á las maldecidas matanzas hechas por los déspotas asiáticos y por los triunviros, fundadores del Imperio romano, fuera de Francia extendieron legiones y más legiones de apóstoles del progreso, cuyas huellas dejaron en el suelo europeo luminosos regueros y en la conciencia humana inextinguibles ideas.

VIII

Los comuneros de nuestro tiempo sólo tienen que recordar incendios. Describamos, según los relatos de un testigo ocular, para horror eterno de todas las generaciones, los precedentes del incendio de las Tullerías. El veintiuno de Mayo, aquel general Bergeret, célebre por sus derrotas, como Napoleón por sus victorias, se trasladó á las Tullerías desde el Cuerpo legislativo, en cuya escalinata pudo erguirse y ver ya avanzando sobre el centro de París las tropas de Versalles. El Estado Mayor le seguía, y en el Estado Mayor resaltaba su ayudante inmediato de órdenes, por la exaltación y por la furia. El martes las granadas despedidas del Arco del Triunfo comenzaban á caer sobre los techos del palacio de los reyes. A las cinco de la tarde Bergeret reunió todo su Estado Mayor, todos sus oficiales de guardias y les comunicó la idea de hacer saltar en pedazos el monumento, templo y santuario de la antigua monarquía. A ninguno se le ocurrió pedir respeto al arte, invocar la religión de lo pasado, oponer á esa rabia de aniquilamientos la necesidad que tienen las generaciones de dilatar su vida en lo pasado por el recuerdo, como en lo porvenir por la esperanza. A ninguno se le ocurrió recordar que si los reyes habían errado bajo aquellas bóvedas, también los convencionales, cuyas sombras lo llenan todo en la moderna historia de Francia. Así que, propuso la quema el general, todos la aceptaron á una con júbilo y todos pusieron mano en la nefasta obra de facilitarla. Unos trasportaban los materiales, otros reunían las materias combustibles; rociaban estos de petróleo las paredes, y aquellos esparcían por los suelos de mármol y por las anchas escaleras los regueros de pólvora. Un inmenso barril fué colocado bajo el pabellón del reloj, y las salas henchidas de

municiones de artillería y de proyectiles explosibles. Cuando ya estaba todo terminado, las cuevas con los barriles, los escalones con la pólvora, las salas con los cartuchos y granadas; empapadísimas las paredes de petróleo, prontas las mechas, los incendiarios se fueron á cenar tranquilamente, aunque había sido aquel un día de matanza y se preparaba la noche á ser una noche de horror. A las dos de la mañana una especie de cañonazo colosal, de explosión increíble, hizo vacilar sobre sus cimientos todas las casas circunvecinas al palacio, que parecían buques balanceándose al choque de la tormenta. Los comuneros, apostados en las diversas guardias, se asustaron y corrieron donde estaba el general, preguntándole qué sucedía: «Nada, respondió, las Tullerías que saltan y arden». En efecto, las llamas subían á los cielos; inmensas columnas de blanco humo las coronaban allá en lo infinito como un volcán boca abajo; abríanse unas piedras y saltaban otras á la explosión de las grandes cantidades de pólvora; las maderas se trocaban bien pronto en brasas gigantescas y se desprendían rompiéndose en chispas colosales como sobre inmenso yunque; los pisos, las bóvedas, las torres, las linternas se desplomaban con tal ruido, que cada una de ellas al caer semejaba levantar á los aires tempestuosa y tonante nube; el calor era inmenso, indescriptible, como si innumerables fraguas se aglomeraran allí en un solo punto, como si cien cráteres abrieran sus gigantescos encendidos abismos por todas partes; y el humo espeso y el hedor insoportable asfixiaban en tales términos que semejaba aquel incendio horno ciclópeo, gigantesca hoguera, preparada para consumir en horas el cuerpo entero de la capital de Europa, próxima á convertirse en encendidos montes de carbones y á disiparse en huracanes de cálidas cenizas. ¡Qué espectáculo á los pocos días presentaba aquel santuario de la secular monarquía! De las estancias maravillosas, donde estaba el lecho de las reinas y la cuna de los delfines, ni sombra; del teatro, al cual asistieran tantas veces los soberanos de Europa, ni ruínas: del salón de las fiestas sólo el desierto es-

pacio; consumidos los cuadros que retrataban la gloria ó el orgullo y hechos polvo los bustos; los grandes frescos desvanecidos y transformados en negro hollín; las altas bóvedas amontonadas en el pavimento calcinado; algún nombre de antiguas victorias entre escombros de recientes derrotas; alguna estatua salvada de aquel naufragio, pero, aunque de pie, acribillada y herida; en los cuerpos bajos la escalera erguida como invitando á subir á lo vacío; y en las alturas el reloj casi al aire, parado, señalando por una especie de capricho del acaso la hora fatídica de la catástrofe.

IX

Además del terror que producía aquel incendio, todo el mundo temblaba á causa del cercano Louvre. Dejando aparte sus bellezas arquitectónicas, que recuerdan, sobre todo en la fachada fronteriza al agua, una de las más brillantes épocas del arte francés, influído por el arte italiano, contienen sus salones innumerables obras artísticas, honra del trabajo, ornato de la corona de glorias que dan al género humano resplandores de divino. Allí las inscripciones de Nínive y de Babilonia; allí las esfinges de Tebas, en cuyas frentes resplandecen todavía los dogmas hieráticos del antiguo Oriente; allí las momias encontradas en las ciudades funerarias del Egipto. Junto al museo Campana, rico en utensilios romanos, que nos presentan de relieve la cultura inmediatamente anterior á nuestra cultura moderna, el museo donde brillan aquellas lozas, aquellos platos del artista inspirado, del sublime alfarero que consumía en el horno su propia fortuna con la fortuna de sus hijos, y encontraba los primeros indicios de la Geología, de esa ciencia que ha recompuesto el planeta. Abajo, en las galerías inferiores, las estatuas griegas, los modelos del

perfecto arte clásico, y arriba ejemplares de las varias épocas de la pintura, desde los primeros cuadros de Cimabué, que aún llevan el reflejo del espíritu bizantino en sus estrechas frentes, hasta las Vírgenes de Rafael, en cuya sonrisa se han juntado el espíritu con la naturaleza. Y pensar que una llama podía en breves momentos derribar todos estos títulos de la nobleza de nuestra especie, todas estas místicas escalas levantadas por nuestro espíritu en la sucesión de los siglos para tocar el ideal. Las llamas habían devorado la Biblioteca, y penetraban ya por las galerías, cuando el celo de los empleados en el interior, y la presencia de las tropas en la calle pudo cortar el incendio. El incendio se propagó en aquellos días de manera espantable. Aunque no ardió el Museo, ardió la Biblioteca del Louvre, y en ella se consumieron ciento sesenta mil volúmenes, preciados tesoros de la ciencia. Poco después que al Louvre, devoraban las llamas al palacio real, residencia un día de los reyes, hogar más tarde de esa rama de segundones, los príncipes de Orleans, que atizaron todo desorden, para obtener del empuje de las revoluciones el trono que les negaran los caprichos de la herencia. Dividido en palacio, teatro y bazar, más rico éste en tiendas que muchas poblaciones de primer orden, costó trabajo á sus pacíficos vecinos impedir la propagación de los estragos desde la vivienda de los reyes á las viviendas del arte y del comercio. A la derecha del Sena elevaban sus llamas á la inmensidad el ministerio de Hacienda, encendido por los cuatro costados; varios edificios de la uniforme y larga calle de Rívoli; toda la calle Real, cuyo pavimento se asemejaba á un río de plomo derretido, cuyas paredes á gigantes cas brasas, de las cuales se alzaban continuamente inmensas llamaradas. Allá, por los extremos, Belleville parecía próximo á desaparecer, y los graneros de la abundancia daban largamente con sus infinitas materias combustibles pábulo al incendio. Más abajo, las estaciones de los caminos de hierro cercanas á la plaza de la Bastilla, humeaban cual si fueran montañas de pez y brea. Hasta al seno de las aguas se

intentaba llevar el destructor elemento su contrario, y puestas en línea una multitud de barcas cargadas de pólvora y petróleo, no ardieron porque la primera de todas despidió una espesa nube de humo tan negra, tan sólida, que se asfixiaron en sus lóbregos senos muchos incendiarios.

X

Al otro lado del río flameaban principalmente el Hotel de la Legión de Honor, la calle de Lila y el Palacio de Justicia. ¡Con qué ávidos ojos miraban los amadores del arte elevarse entre el volcán, como una mariposa entre las llamas ó como un arca de Noé entre mares de fuego, el incomparable monumento anejo á este palacio, la santa capilla, radiosa aparición del siglo décimotercio, con sus agudas ojivas y sus recamados rosetones; con sus frescos primitivos y sus cristales, del brillo de los diamantes y de la riqueza que en matices tiene el iris; con sus agudas flechas perdidas en la inmensidad, cual esas almas místicas desligadas de nuestro bajo mundo; con su majestad y su gracia, que hacen de esas joyas del arte gótico una lámpara colgada del cielo por los ángeles católicos para iluminar á la tierra! Salvóse milagrosamente. Bien es verdad que también se salvó milagrosamente la iglesia de Nuestra Señora, en cuyos muros está escrita la historia de Francia, como en las gigantescas petrificaciones geológicas la historia del planeta. Cuando entraron los practicantes del vecino hospital, sus verdaderos salvadores, humo espesísimo llenaba todos los espacios, hedor á petróleo todo el aire, rosetones de los altos muros comenzaban á desprenderse calcinados, ardían materias combustibles al pie del altar mayor, y las sillas, en montón desde el pavimento al órgano, formado de viejas maderas, componían tal cúmulo de combustibles, que hubieran reducido

en cenizas á pocos minutos el venerable monumento. Y lo mismo sucedió al Panteón. Solamente la llegada del ejército pudo impedir que á tierra se viniera aquella obra donde resplandece el espíritu de ese siglo pasado que á todos ha redimido, y donde Francia espera aún reunir á los hijos ilustres dignos de dormir en el mausoleo de todas las grandezas el divino sueño de la gloria. Comprendo, sin justificarlo jamás, que los comuneros hayan quemado estos edificios, en su odio á la Monarquía y á la Iglesia. Comprendo que la defensa les llevara hasta reducir á cenizas, por ejemplo, el teatro Lírico y el teatro de la Puerta de San Martín. Comprendo todo eso fácil, muy fácilmente. Pero jamás he comprendido cómo desarraigaron de aquel suelo sagrado de la Plaza de la Greve el monumento por excelencia de los pueblos, la Casa de la Ciudad, testigo de los combates y de las glorias de la democracia francesa. Todavía los retraimientos del trabajador, su apelación al Aventino de la huelga, se llama hoy, en la clara y elegante lengua parisién, *greve*, como para indicar que ese sitio es el núcleo de la vida y la libertad de los siervos. Los primeros navegantes del Sena se congregaron por esos espacios. Los prebostes de los mercaderes, que opusieron á la soberbia del rey, á la soberbia del noble y á la soberbia del clero los derechos y votos de los pueblos, ahí tronaban. De esos salones salieron, como de las grutas de Eolo el huracán, las ideas que encresparon las guerras de la Fronda y que esparcieron tantos gérmenes republicanos en la antigua capital de Europa. Ahí puso París el lazo tricolor en el ojal de Luis XVI, que fué como vestir á la Monarquía con los sayales de sus siervos, humillándola más que en el cadalso. De ahí se partieron los que, al tomar y destruir la Bastilla, tomaron y destruyeron la antigua sociedad. Su campana fué la primera en lanzar el clamor de rebato contra los reyes, la noche del 10 de Agosto, noche creadora en el génesis de los pueblos. La omnipotencia de Robespierre y de la Junta de Salvación Pública, que llegó hasta vencer á todos los reaccionarios de Europa, encontró en la Casa de la Ciudad su

origen y su fuerza. En ella habitó la antigua comunidad que remedaban los nuevos comuneros. Sobre el rellano de su gran escalera proclamó Lafayette el definitivo destronamiento de los Borbones, y Ledru Rollin la República de Febrero. Y si ahí Lamartine contuvo con la magia de su palabra el oleaje de la demagogia, ahí también se elevaron los que destruyeron el faraónico Imperio de los Bonapartes y asentaron definitivamente sobre la monárquica tierra de Francia las sólidas bases de duradera República. ¡Ah! Comuneros, si no sentís amor al arte, respeto por esa arquitectura del Renacimiento, en la cual floreció el espíritu humano; si no queréis perdonar las columnas estriadas, los chapiteles corintios, los ángeles y los genios esculpidos en las ventanas, los mármoles de esas maravillosas estancias, los frescos de Ingres, que parecen los últimos apagados rayos del sol de la Grecia dando en la espaciosa frente del género humano, la apoteosis que del trabajo y de sus luchas ha trazado en la galería de las fiestas el pincel de Lehmann; si tantas grandezas no conmueven vuestros empedernidos corazones, perdonad á lo menos esas estatuas de la fachada, efigies de los hombres mayores que ha engendrado París; perdonad á Condorcette, que ha llevado á la conciencia de este siglo la idea del progreso; á Molière, que es vuestro, hijo del pueblo como vosotros, artista y artesano, timbre inmortal por autor y por actor de la plebe; á Levoissier, que ha fundado la química moderna, de cuyos milagros tanto podéis esperar para vuestros hijos; á Turgot, que elevó al poder la reforma para evitar la revolución; al abate L'Epée, que, como Cristo, hizo oír á los sordos, hablar á los mudos, ver á los ciegos; á Juan Goujon, que, con su cincel, ha derramado todo el calor del genio italiano por las venas de Francia; á Ambrosio Paré, el gran cirujano; á Voltaire, el que os ha abierto el cielo del pensamiento matando á carcajadas las esñnjes puestas á sus puertas para impedir el paso; á todos esos héroes del espíritu, genios del trabajo, cuyas ideas y cuyos esfuerzos han fundido todas las cadenas, transformando á los antiguos siervos en los

nuevos ciudadanos de la ciudad eterna del derecho. Pero nada han perdonado; ya sólo quedan paredes ennegrecidas, pabellones á medio destruir, que casi se balancean al viento como los árboles; montones de hacinados escombros, cubiertos de cenizas y de hollín; estatuas mutiladas sobre el rescoldo extinto; el esqueleto del monumento, como un fósil gigantesco; y para mayor tristeza, y como en son de burla, erguidas sobre la universal destrucción las enhiestas chimeneas.

XI

¿Cómo se habían producido aquellos incendios? Imposible reducir este punto á la exactitud matemática de verdadera reseña histórica. Pasada la batalla, se hallaron en muchos edificios barricas de petróleo, materias explosibles, hacinados los elementos del incendio. Los habitantes que en París quedaron, cuentan haber visto discurrir aquellos días por las calles, de dos en dos, ó de cuatro en cuatro, hasta por delante de las tropas, mujeres haraposas, tostadas, deformes como las brujas de las leyendas, llevando grandes regaderas de petróleo para verterlo por todos los respiraderos, que luego encendían con fósforos, método infernal, bastante á destruir las más sólidas viviendas. Pero el doctor Razona y el libetista Vessinier dudan de la existencia de las petroleras y atribuyen las catástrofes y los estragos del incendio á las bombas de Versalles. No es fácil preveer lo que puede dar de sí una ciudad de dos millones de habitantes en esos días de revolución. Salen al calor de los ánimos, á la alta temperatura social, seres que luego no volvéis á ver, como si sólo pudieran vivir en aquel clima artificial, bajo aquella encendida atmósfera. Así no es de extrañar que la mujer, la musa de todas las inspiraciones, el objeto de todos los amores, la casta esposa de nuestro es-

píritu, la madre fecunda del humano linaje, se convertirá, sumida en las tinieblas, ateraceada por el hambre, exaltadísima en el ardor de los combates, enloquecida por los discursos de los clubs, á la hora apocalíptica del instante supremo, en la furia sangrienta que paseó por la ciudad en armas la antorcha devastadora del incendio. El pudor es una de las primeras virtudes de la mujer, y se vió á varias dormir al aire libre, sobre los colchones de las barricadas, en brazos de sus amantes: que á tales excesos llegan los tétricos días de las demencias sociales. Días de sin igual horror. Mientras los soldados avanzan con el odio y la muerte en el alma, los insurrectos erigen sus formidables barricadas; mientras una parte de París, libre de todo terror se regocija, otra parte de París agoniza y muere. Forman como las sinfonías más infernales y los cuadros más siniestros, el gritar de unos y otros en su ira, el avance y la resistencia; las voces imperiosas de mando y el estridor de las piquetas; el largo agrio trueno de las descargas cerradas y el estampido del cañoneo; las ruinas que se desploman y los combatientes que sobre aquel terremoto se levantan; las quejas del herido y el estertor del moribundo; los muertos sembrados en las calles y los infames que se lanzan sobre ellos á despojarlos hasta de sus vestiduras, como los cuervos en los campos de batalla; las casas violadas por unos y otros, convertidas en lugares de combate, donde se asesinan cuerpo á cuerpo en medio del terror de las familias, los pobres fugitivos, buscando, en vano, un auxilio contra la general matanza, como los náufragos en el diluvio; los degüellos bajo las bóvedas de las iglesias y al pié de los altares; los degüellos en la mansión de los muertos, siempre respetada de los vivos; el fusilamiento de las mujeres y el fusilamiento de niños; las víctimas de las cóleras de unos y otros, ó tendidas en el suelo, después de profanadas, escupidas, mutiladas, ó colgadas como racimos de horca á los hierros de los balcones; aquí y allá, en todas las grandes arterias, en todos los sitios principales, los ciclópeos edificios y los interminables muros de las viviendas

vacilando, como barcos en la tormenta, bajo la lluvia espesísima de la metralla; los obuses, los morteros, las ametralladoras, todas las máquinas de la artillería vomitando la destrucción; los techos, que se desploman con estrépito sobre las bombas, que revientan en mil pedazos; el aliento abrasador de los cien volcanes abiertos en los puntos más importantes de aquella babilónica capital; el insufrible hedor de los mares de petróleo en combustión; las ardientes lavas corriendo por el suelo y las espesas nubes de humo velando el sol y cubriendo los espacios; las llamas, ora en conos, ora en espirales, que despiden de su seno, ya negras pavesas semejantes á tristes y agoreras aves, ó ya chispas gigantescas, fragmentos candentes, aerolitos, espesa lluvia de fuego; el río cargado de cadáveres y enrojecido por el incendio, como si fuera un río de plomo fundido, mezclado con sangre humana, algo que no ha dicho, que no ha contado jamás, en los días más tristes de la Historia y en las más espantables visiones de los profetas, ningún apocalipsis.

XII

¡Oh! Ante esta gran catástrofe no nos detengamos en los instrumentos, no hablemos de las causas segundas; la Historia y la conciencia nos demandan subir más arriba, subir á las causas primeras para encontrar allí el origen de esta memorable tragedia, y hoy, después de haber estudiado con calma las piezas principales de este proceso, repito lo mismo que dije, al pie de la letra lo mismo, recientes aquellas ruinas, entre el humo de aquellos combates, á las Cortes de la revolución de Septiembre, con el asentimiento general de todos los diputados, que veían, como yo, el único culpado de aquellas infamias, el único reo de aquellos crímenes, el único autor de

aquellas catástrofes, en el cesarismo y sus secuaces. ¡Cómo! Despojo de la República; golpes de Estado, obra de una turba de Maquiavelos liliputienses y otra turba de pretorianos ébrios; veinte años de inmoralidad arriba, de servidumbre abajo; los escándalos del Imperio romano reproducidos; las peores pasiones del pueblo atizadas; proscripto el pensamiento sin escrúpulo; erigida la dictadura sin freno; decadencia en Europa; deshonor en América; guerra sin pretexto ni preparación, en que triunfaba el partido militar de la reciente libertad; ocho batallas perdidas en un mes; la leyenda bonapartista desprestigiada; el César entregado sin honor; Waterlloo reproducido sin gloria; los esfuerzos dantonianos de Gambetta contrastados por la fatalidad; la traición del 2 de Diciembre sobreviviendo al Imperio en los muros de Metz; París caído; el caballo del Pruth relinchando bajo los arcos de triunfo á las orillas del Sena; la República, después de su triunfo, nuevamente amenazada, y la sombra del feudalismo rural y de la monarquía nuevamente extendida sobre la Asamblea de Burdeos; dos provincias desmembradas del suelo nacional; cinco mil millones de rescate prometidos; la ocupación extranjera aceptada, y vosotros, liberales, vosotros atribuíis á la libertad esta serie de catástrofes; castigo grande, sí, aunque no tan grande como la culpa de la generación proterva que desconoció la austera virtud de la libertad, y alargó dócilmente el cuello á la coyunda infame y vil del cesarismo.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 31 de Mayo de 1897.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

La Question Sociale est une question de méthode, por el Dr. A. Vareille.

Trata este folleto las cuestiones siguientes: La ciencia social.—Su método.—Determinación del fin económico.—Naturaleza de la actividad humana.—Alcance de la ciencia económica.—Ley del progreso económico.—Desenvolvimiento del método analítico económico.—Conclusión.

Profesa el autor la doctrina llamada del colectivismo y se propone aportar en apoyo de ella una nueva demostración de su verdad, el valor de la cual debe de inspirarle gran confianza pues á publicarla le mueve, según sus palabras, el interés público urgente que hay en traerla cuanto más antes al debate en que está comprometida la suerte de la humanidad civilizada.

Y así, y aunque el opúsculo forma parte de un más amplio estudio sobre la cuestión social que el Dr. Vareille publicará, por parecerle, sin duda, larga y perjudicial la demora, se ha decidido á separar aquél del cuerpo principal de la obra y anticipadamente lanzarlo en el gran debate.

La demostración prometida consiste en llamar análisis á la

E. M.—*Junio* 1897.

división del trabajo, fundamento de la organización económica, y en añadir que así como el conocimiento quedaría incompleto si á la obra del análisis, que separa, no se le junta la de la síntesis, que reconstruye, de igual modo la vida económica será perfecta cuando al elemento analítico de la producción se le complemente con una racional síntesis distributiva. Verdad (salvo la terminología) de una evidencia más que inmediata.

En sentir del autor, sólo al colectivismo está reservada la realización de esta síntesis, de que hoy, en la libertad reinante, y con la ley de los precios por única reguladora de los cambios, estamos aún bastante alejados. Por contra y por fortuna, con el colectivismo la producción individual «se subordinará á un orden general sintético, constituido por la *totalización* de los fines particulares»; los productos á aquello debidos, formarán la masa común partible, y equilibradas de esta suerte producción de un lado y necesidades de otro, la apetecida síntesis quedará por sí misma efectuada.

Algunos reparos cabría poner acerca de la inteligencia del término colectivismo, que así comprendido, más parece tener de comunismo que de tal, ni está exenta, en general, de objeciones la exactitud de los conceptos que emplea en los capítulos anteriores y preparatorios de éste, que es el importante. Y algo, en fin, pudiera también decirse sobre la consecuencia y rigor del nexo lógico que los liga entre sí; pero, en rigor, no obliga á tanto una simple nota bibliográfica como la presente, cuya extensión, según es de justicia, ha de ser proporcionada á la importancia de la obra ú opúsculo de que en ella se da cuenta.

J. ARIAS DE VELASCO.

L'Education Nationale.—Le probleme de l'education moderne et l'Université, par Mauricio Wolff; 1 vol., 200 págs.; París, V. Giard y E. Brière, editores.—Su precio: 3 francos.

Las ideas capitales de este libro habían sido expuestas antes en dos artículos publicados en la conocida *Revue Bleue* por el autor. El problema que trata es de los que se pueden llamar, sin reservas, importantes, transcendentales, como que quizá resume y compendia todos los otros que tanto preocupan en las modernas democracias: el social, el moral, el religioso, etc. Realmente, el problema de la *Educación nacional* abarca todas las cuestiones sociales desde el punto de vista de la formación del carácter de las gentes y de la inspiración de una conducta noble, desinteresada, laboriosa, entusiasta, sana, en suma, á la juventud que ha de labrar el porvenir de la patria y de la humanidad misma. Aunque el Sr. Wolff no haya examinado todos los aspectos de la educación nacional, ni menos haya sorteado las gravísimas dificultades que su orientación pedagógica supone, su libro resulta interesante y sugestivo.

Por de pronto, nuestro autor critica, con relación naturalmente á Francia, el actual sistema de la educación nacional, crítica que ya quisiéramos nosotros poder aplicar á España, donde apenas si las gentes saben con qué se come eso: la cree aquél insuficiente y peligrosa. La enseñanza se preocupa demasiado con el elemento instructivo, y no atiende lo bastante al aspecto educativo, olvidándose de infundir en la juventud los altos sentimientos humanitarios, base incommovible de las grandes virtudes cívicas, y de mostrarle el papel importantísimo que está llamada á desempeñar mañana, en sociedades tan trabajadas por crisis hondas, morales y económicas, como las modernas.

Procurando precisar los términos exactos del problema de la educación nacional, advierte el Sr. Wolff que la preocupación constante de los pensadores debe ser, no sólo la educación de la democracia, sino la educación para la democracia; es ne-

cesario, en efecto, enseñar á la juventud que hoy la nación tiene el derecho de exigir algo más que símbolos, porque es tiempo ya de pasar de la teoría á la acción, y de practicar sinceramente las virtudes republicanas, si se quiere la República próspera y confiada en cuanto al porvenir. La educación nacional ha de proponerse eso: formar una juventud sana, firme, segura, para la acción.

Y para ello hay que inspirarse en los grandes educadores; es preciso buscar las tradiciones de los maestros, y sobre todo de Rousseau y de los idealistas de la revolución, á quienes tanto debe la causa de la educación y de las democracias contemporáneas.

Si la educación nacional ha de responder á su fin, es necesario que se eduque á las gentes en el culto del ideal, y eso sólo puede conseguirse haciendo que la educación sea obra de filósofos y de poetas, ya que los dos grandes vicios que esterilizan la labor educativa son, sin duda, el egoismo y la frialdad del corazón.

No todo lo que el Sr. Wolff escribe es aceptable, ni puede afirmarse, repito, que su libro toque todos los aspectos del problema, porque acaso limita demasiado el horizonte de su contemplación pedagógica, sobre todo al buscar los antecedentes de una gran tradición educativa; pero, á pesar de esto, es libro que se recomienda por más de un concepto.

A. POSADA.

Delinquenti scaltri e fortunati, per Lino Ferriani. Como, 1897.—Un volumen de LV-579, pág., 5 liras.

El autor de este libro, que lo es así bien de otros varios conocidos y celebrados por los hombres de ciencia, pertenece á la magistratura, y da, por tanto, con su ejemplo, un solem-

ne y significativo mentís al *infinitus numerus* de jueces, fiscales y demás «gente de toga» que dicen muy á menudo que el oficio de «administradores de la justicia» no deja tiempo libre para el estudio, y que, por lo demás, éste es perfectamente inútil, cuando no nocivo, para desempeñar bien la dicha función, para cuyo adecuado ejercicio piensan que basta y sobra con el «sentido común» y con el conocimiento de las correspondientes leyes sustantivas y adjetivas. El fiscal Ferriani, sin ser de otra madera que los demás fiscales y magistrados y sin desatender absolutamente en nada sus deberes como tal funcionario de la administración de justicia, tiene tiempo bastante para leer el número considerable de trabajos científicos y literarios que cita en sus escritos y para reunir y ordenar, como material de investigación psicológica y sociológica, aquellos mismos casos reales de delincuencia en que ha tenido que intervenir en concepto de ministerio público. Sus deberes de «hombre de ley» no le impiden tampoco, sino que, por el contrario, le sirven de particular estímulo para criticar, con valiente franqueza, los defectos del «orden» existente, v. gr., los del procedimiento eriminal que actualmente rige. Y como los ejemplos de esta clase de individuos pertenecientes á la judicatura son tan raros (especialmente en España), bien merecen estos pocos que se les dé á conocer.

El tema de la delincuencia oculta, desarrollado por el autor, es uno de los más interesantes en el día de hoy para los penalistas, y ya algunos de estos (mencionados, aun cuando no todos, por el mismo Ferriani) han hecho indicaciones muy apreciables acerca de él, conviniendo todos en que, al lado de la criminalidad *grande*, de la contemplada directamente por las leyes, se halla otra criminalidad, la *pequeña*, que dice Sergi, la de aquellos que no caen en las mallas del Código penal, tan peligrosa ó más que la primera y á cuyo estudio, con el objeto de determinar sus causas y los medios de luchar contra ellas, deben encaminar sus esfuerzos los pensadores y cuantos se preocupen con el magno problema del mejoramiento

social. Pero el tema referido no se había tratado hasta ahora con la amplitud con que lo trata Ferriani. Cuyo libro, además de una muy interesante introducción, titulada *La Comedia de la honradez*, en donde se habla de ciertos factores que contribuyen á producir el ambiente determinante de la referida delincuencia oculta (la hipocresía actual, en sus múltiples manifestaciones), y además de una primera parte en la que se exponen los coeficientes á que se debe la impunidad de muchos delincuentes, el gran número de sobreseimientos, de absoluciones y de condenas á penas menores de las merecidas, contiene otras partes ó capítulos consagrados al estudio circunstanciado de las diversas formas de delincuencia oculta que hay en los delitos contra el honor, la propiedad y las personas, y de los factores á que se debe la existencia, en cada uno de estos órdenes, de tantos delincuentes «astutos y afortunados.»

Pero, á mi modo de ver, el distinguido magistrado italiano no señala el verdadero camino para salir del estado actual. Mientras subsista el presente sistema penal de la pena castigo, y el correlativo sistema procesal basado en la determinación previa, por parte de la ley, de todas las formas y trámites del procedimiento, las cosas continuarán lo mismo que están ahora, punto más punto menos. Sólo es posible, á mi juicio, remediarlas radicalmente, con el sistema de la pena tutela y medio de prevención, y con la consiguiente abolición de los códigos penales y procesales como obligatorios para los jueces, quienes no tendrán otra norma de su conducta que los dictados de una conciencia formada en el estudio constante anterior, combinados con las exigencias del caso particular de que en cada momento se trate.

P. DORADO.

Ha llegado á nuestras manos un elegante «Prospecto» referente á la edición que de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote*

de la Mancha, va á publicarse en Inglaterra por los Sres. Jaime Fitzmaurice-Kelly y Ormsby, y que, por tratarse de tan doctos hispanófilos y de la obra maestra de Cervantes, nos complacemos en reproducir para conocimiento de nuestros lectores:

El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, primera edición del texto restituído con notas y una introducción, por Jaime Fitzmaurice-Kelly, C. de la Real Academia Española, y Juan Ormsby. — Edimburgo. — Impreso por T. y A. Constable, impresores de Cámara de S. M.—David Nutt, editor.—Londres, 1897.

PROSPECTO

No hay edición buena del texto de *Don Quijote*. La *Edictio Princeps* se publicó en Madrid; salió á luz la segunda unas semanas después. Hubo hasta cinco (y quizá seis) reimpressiones en seis meses, y en 1608 apareció la tercera edición madrileña. No se puede negar que la *Princeps* es defectuosa en algunos detalles; mas las «enmiendas» de la segunda son pocas y malas, mientras que las de la tercera son muchas y peores. En 1797 D. Juan Antonio Pellicer inventó la fábula de que la tercera se corrigió por Cervantes mismo; y sus sucesores le han creído. No se ha procurado, pcr ser imposible, probar esta leyenda con argumentos. Baste decir que los autores de la época de Cervantes no solían corregir las pruebas; que las «correcciones» del *Quijote* son, en sí mismas, absurdas; y que desde 1608 hasta 1797 no hay tradición alguna de que Cervantes tuviera parte en ellas.

Pudiera parecer cosa racional seguir, en tal asunto, las indicaciones de la Real Academia Española; pero la responsabilidad de la Academia en las ediciones publicadas por ella es puramente nominal. No son éstas resultado del trabajo colectivo de la Academia, sino del particular de algún individuo de la Corporación diputado por sus compañeros. Además, en sus

dos ediciones la Academia ha emitido dos opiniones distintas y se ha equivocado en ambas. En 1780, ignorando la historia bibliográfica del libro, tomó la segunda edición por la primera, y la tercera por la segunda: error que invalida tanto su edición de 1780 como las reimpresiones de ella en 1782 y 1787. Pasaron casi cuarenta años antes de que la Academia supiese que existieron dos ediciones madrileñas con fecha de 1605; pero, aun después de saber esto, confundió la segunda con la primera, invirtiendo el verdadero orden. Hay más: aceptó erróneamente la teoría, fingida por Pellicer, de que Cervantes corrigió los pliegos de la reimpresión de 1608. Desde 1819 la Academia no ha vuelto á tratar del *Quijote*; y los comentadores de más mérito son Clemencín (1833-9), y Hartzenbusch (1863). Aquel, creyendo exacto el cuento de la corrección auténtica de la tercera edición, tuvo que adoptar un texto radicalmente vicioso, y en sus notas se dirige al autor con las palabras y maneras de una institutriz furibunda. Por otro lado, Hartzenbusch, tipo del pedante alemán, acribilla á Cervantes con «enmiendas» impertinentes y dañosas.

Ya es tiempo de purificar este libro, el primero entre cuantos se han escrito; y si en España no se cumple con este deber, no se tachará de presuntuosos á quienes en otro país toman sobre sí tarea semejante. La primera primorosa edición del *Quijote* se publicó en Londres por Tonson en 1738; y desde la reimpresión de Bowle (1781), empieza una época nueva en lo referente al comentario. Después de España, tal vez es Inglaterra quien ha trabajado más para honrar á Cervantes. Sirva esto de disculpa de la presente edición.

La *Editio Princeps* expresa mejor las ideas de Cervantes, y su lección se ha conservado en todos los casos en que es conforme al buen sentido. Se ha cotejado el texto con la edición valenciana de 1605, con la de Bruselas de 1607, y con las posteriores ediciones madrileñas de 1605, 1608, 1637, 1647, 1652 y 1668. Las reimpresiones lisbonenses se rechazan por ser meras ediciones de pacotilla. Las «enmiendas» propuestas por la

Academia, Bowle, Pellicer, Clemencin, Hartzenbusch y don Ramón León Máinez se han considerado con el respeto debido, y las variantes de importancia se dan en las notas. Ni en un solo caso se ha admitido «enmienda» (por ingeniosa que fuera) cuando existe posibilidad racional de que Cervantes escribiera lo que se lee en la *Princeps*. Cuando la «enmienda» ha parecido inevitable, se ha tomado la más sencilla. Se ha preferido la forma que, envolviendo el menor cambio de palabras ó letras, pueda haberse entendido mal por los cajistas de Cuesta. La puntuación se ha revisado; el texto se ha arreglado de nuevo en párrafos; el diálogo se imprime en forma dialogal. Salvo en los discursos del Ingenioso Hidalgo y en las caricaturas de los libros caballerescos, se ha modernizado la ortografía. Las interpolaciones por manos ajenas se imprimen aparte en apéndices al fin del capítulo donde se hicieron. No se ha procurado «mejorar» á Cervantes. Ni mucho menos. Se ha querido respetar su intención, presentar sus palabras con nimia escrupulosidad y suprimir los ataques de ignorancia y pedantería, pensando que *Don Quijote* debe ser tratado con el mismo miramiento que cualquier otra obra clásica, y que el esfuerzo de reproducir integralmente el texto original de la obra maestra de Cervantes se hace ahora por primera vez.

Hasta aquí los Sres. Fitzmaurice-Kelly y Ormsby. Han hecho lo que se les alcanza para ofrecer al público una obra digna de Cervantes y de la fama de su libro inmortal. Por complemento, los impresores y editores han deseado dar á esta edición de *Don Quijote* el primor material que conviene á una de las obras más renombradas del mundo. La portada adjunta, la forma y papel de este prospecto, que son las de la edición misma, dirán al bibliófilo, mejor que todos los discursos, si han realizado su intento.

Sólo á los pocos elegidos se dedica una edición de esta índole. Se limitará el número en razón á los pedidos del Antiguo y del Nuevo Mundo, con el objeto de asegurar que los compradores no corran el riesgo de una depreciación posible.

Para cubrir los gastos de esta edición al precio convenido, el número de ejemplares no debe ser menos que 300; y en todo caso no se imprimirán más que 500 ejemplares, de los cuales algunos serán impresos en papel japonés.

Para los señores suscriptores el precio de los ejemplares será de dos guineas esterlinas, fuera de los gastos del envío, que han de pagarse antes de la entrega. El precio de los ejemplares no suscriptos al tiempo de publicación llegará á dos guineas y media, sin descuento alguno. Los ejemplares en papel japonés, cuyo número de ningún modo excederá de 25, se venden á seis guineas esterlinas, sin descuento.

Las suscripciones pueden enviarse directamente al señor D. David Nutt, 270 Strand, Londres, ó á cualquier otro librero en el reino de la Gran Bretaña é Irlanda; en España, al señor D. Victoriano Suárez, 48, calle Preciados, Madrid; y en los Estados Unidos de América, á la Compañía de Macmillan, de Nueva York.

OBRAS NUEVAS

- Estadística general del comercio exterior de España, con sus provincias ultramarinas y potencias extranjerías en 1895, formada por la Dirección general de Aduanas. En folio, xxxi-990 págs.: 6 pesetas.
- Andreu y Serra (R.)—Procedimiento electoral de España; vicios de inmoralidad que en el ejercicio del mismo se observan; sus causas; medios prácticos para corregirlos. Proyecto de ley electoral. En 4.º, 191 págs.: 2,50 pesetas.
- Antich é Izaguirre (F.)—De colada. (La gramática en lejía). En 8.º, 66 págs.: 1 peseta.
- Antología americana. — Colección de composiciones escogidas de los más renombrados poetas americanos. En 4.º, 400 págs.: 10 pesetas.
- Anuario militar de España, año de 1897. Mandado publicar al Depósito de la Guerra por Real Orden de 13 de Octubre de 1896. En 4.º, 1.100 págs.: en tela, 7 ptas.
- Arciniegas (I. E.)—Poesías. En 8.º, xxxi-195 páginas y un retrato.
- Arnal (S.)—Paseos escolares. Monografía pedagógica, redactada según el acuerdo de la M. I. Junta Provincial de Instrucción pública de Navarra. En 8.º, 124 páginas: 2 pesetas.
- Ayuso (F. G.)—Las oposiciones de sanscrito, por varios aficionados al estudio del sanscrito. Rectificación y réplica. En 4.º mayor, 30 páginas.
- Bárcena (G.)—Aventuras de un practicante de farmacia. En 12.º, cuaderno I: 0,25 pesetas.
- Barrón (L.)—Frasas populares. En 8.º, 467 págs.; 4 pesetas.
- Baselga y Ramírez (M.)—Cuentos de la era. En 8.º, 231 págs.: 2 pesetas.
- Benavente (J.)—De alivio: monólogo. En 8.º, 16 págs.: 0,75 pesetas.
- Boletín de la Real Academia de la Historia. *Abril de 1897*. En 4.º.
- Bullón y Fernández (E.)—Ensayos de crítica filosófica. El alma de los brutos ante los filósofos españoles. En 12.º, 120 págs.: 1 peseta.

- Cano y Cueto (M.)—Tradiciones sevillanas (en verso). Tomos 1 á 6. En 8.º mayor. Cada tomo 4 pesetas.
- Carpena (R.)—Nomenclator escolar. En 4.º, 447 págs.: 5 pesetas.
- Combés (P. F.)—Historia de Mindanao y Joló, por el P. Francisco Combés, de la Compañía de Jesús. Obra publicada en Madrid en 1667, y que ahora, con la colaboración del P. Pablo Pastell, de la misma Compañía, saca nuevamente á luz W. E. Retana. En 4.º, mayor., 3 hojas sin numerar, CXLIV columnas de prólogo del Sr. Retana, 5 hojas, 800 columnas y una hoja de colofón. Portada rojo y negro: 30 pesetas.
- Cotarelo y Mori (E.)—Estudios sobre la historia del arte escénico en España. II, *María del Rosario Fernández, La Tirana*, primera dama de los teatros de la corte. En 4.º, VIII-287 páginas y un retrato: 3 pesetas.
- Díaz Moreno (E.)—Estudios elementales y cuestiones prácticas de legislación hipotecaria, 2 tomos en 4.º, 438-x y 439 á 883-x páginas: 15 pesetas.
- Duque y Merino (D.)—Contando cuentos y asando castañas; costumbres campurrianas de antaño. En 8.º, 183 págs.: 0,50 pesetas.
- Escamilla (M.)—El instructor permanente. Compendio de ortografía. En 8.º, 212 págs.: 2 pesetas.
- Estepa (F.)—Académicos en cuadrilla. Denuncia. En 12.º prolongado, 119 págs.: 1,50 pesetas.
- Fernández Vaamonde (E.)—Mujeres. Semblanzas poéticas. En 8.º, 229 págs.; 3 pesetas.
- Gascón de Gotor (P.)—Zaragoza monumental; conferencias dadas en el Ateneo de Madrid. En 8.º, 85 págs.: 1,50 pesetas.
- Genover y de Balle (I. de.)—Del poema dramático y género teatral de fantasía en Inglaterra y España. En 4.º, v-383 págs.: 4 pesetas.
- Godos (L.)—Manual de fabricación industrial de chocolate. En 8.º, 263 págs.: 4 pesetas.
- Gómez Zamora (M.)—Regio patronato español é indiano. En 4.º, 780 págs.: 8 pesetas.
- González Cedrón (A.)—Tratado de contabilidad. En 4.º, 225 páginas: 2 pesetas.
- González Fernández (A.)—Memorandum elemental de zoología. En 8.º, 286 págs.: 3,50 pesetas.
- Guichot y Parody (J.)—Historia del Ayuntamiento de Sevilla. Tomo I, desde Fernando III hasta Carlos I, 1248-1516. En 4.º, 397 páginas.
- Guimerá (V.)—Diccionario comercial. Tomo I, cuaderno 1.º Cada cuaderno, 0,25.
- Instrucción para el procedimiento contra deudores á la Hacienda. En 12.º, 128 págs.: 1 peseta.
- Jiménez de la Espada (M.)—La jornada del capitán Alonso Mercadillo á los indios chupachos é iscaicingas. En 4.º, 40 págs.: 3 pesetas.
- Lazarillo de Tormes; conforme á la edición de 1554. Publicado á sus expensas por H. Butler Clarke, M. A. Correspondiente de la Real Academia de la Historia. Oxford. Horace Hart, impresor de la Universidad. 1897. En 8.º, iv-94 páginas con una reproducción foto-

- litográfica de la portada de 1554.
En tela, 7,50.
Edición de 250 ejemplares.
- Le Maire (J.) y Schouten (G. C.)**—Relación diaria del viaje de Jacobo Le Maire y Guillermo Cornelio Schouten, en que descubrieron nuevo estrecho y pasaje del Mar del Norte al Mar del Sur, á la parte austral del estrecho de Magallanes. Reimpresión con una nota bibliográfica de J. T. Medina. Santiago de Chile. Imprenta Elzeviriana. 1897. En 8.º, vii-1 hoja, 56 págs.: 2,50.
- L'Iniers (A. de)**—De política. En 8.º, 66 págs.: 2 pesetas.
- López (V. F.)**—Un sueño (poema). En 8.º, 31 págs.: 1 peseta.
- López Ferreiro (A.)**—Galicia en el último tercio del siglo XV, 2.ª edición corregida y aumentada. En 8.º, 403 págs., 3 pesetas.
- Maldonado C. (R.)**—Estudios geográficos é hidrográficos sobre Chile. Santiago de Chile. Establecimiento tipográfico «Roma». 1897. En 4.º, cxxxviii-2 hojas, 379 págs. 29 láminas y un mapa.
- Medina (J. T.)**—Juan Díaz de Solís; estudio histórico. Santiago de Chile. 1897. Impreso en casa del autor. En 8.º, ccclii-252 páginas, 2 vols.: 12,50.
- Medina (J. T.)**—Una expedición española á la tierra de los Bacallaos en 1541. Santiago de Chile. Impreso en casa del autor. 1896. En 8.º, xxxvi-44 págs.: 3 pesetas.
- Menor (E.)**—Principios de Economía política. En 4.º, xvi-447 páginas: 7 pesetas.
- Ojea y Márquez (S.)**—Tesoros del Corazón de Jesús, depositados en la Iglesia católica, 2 tomos. En 4.º, 441 y 447 págs.: 7 pesetas.
- Oller (N.)**—Figura y paisatge. En 12.º, 283 págs.: 3 pesetas.
- Oriol (R.)**—Anuario de la minería, metalurgia y electricidad de España. Año IV. 1897. En 4.º, 384 páginas: 10 pesetas.
- Ortilva.**—El artículo séptimo del tratado de 1795 y el protocolo de 12 de Enero de 1877. En 4.º mayor, 199-xvi págs.: 6 pesetas.
- Ovalle (E.)**—Código de Constituciones vigentes de todas las naciones civilizadas, compiladas por E. Ovalle. Tomo I. Constituciones de las Repúblicas. En 4.º, viii-904 págs.: 10 pesetas.
- Obras de D. José Peón y Contreras,** de la Academia Mejicana y C. de la Española. Teatro. Tomos I y II. Méjico. Impr. de V. Agüeros. 1896 y 1897. En 8.º, xii-465 págs. y retrato y 462 págs. Cada tomo 6 pesetas.
Biblioteca de Autores Mejicanos; tomos IV y V.
- Piernas Hurtado (J.)**—Tratado elemental de estadística. En 8.º, 280 págs.: 4 pesetas.
- Rodríguez García (G.)**—Monografías de ciencias pedagógicas. En 8.º, 68 págs.: 1,25.
- Román y Zamora (J.)**—Repúblicas de Indias; idolatrías y gobierno en Méjico y Perú, antes de la conquista, 2 tomos. En 8.º, 332 y 328 págs.: 6 pesetas.
Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América; tomos XIV y XV.
- Rouanet (L.)**—Intermédes espagnols (entremeses), du xvii^e siècle, traduits, avec une préface et des

- notes. En 8.º, 2 hojas, 321 páginas y una de índice, 4 pesetas.
- Ruiz y Tártalo (J.) — Principios de zootecnia. En 8.º, 159 págs. con grabados: 1 peseta.
- Serra (P.)—Baratillo. Ensayos poéticos. En 12.º, 43 págs.: 0,50.
- Soldevilla (F.) — El año político (1896). Año II. En 4.º, 4 hojas, 562 págs.: 6 pesetas.
- Torrejón y Boneta (A. de).—Teoría y práctica de tasación agrícola. En 4.º, VII-416 págs.: 9 pesetas.
- Torres Campos (R.)—La geografía en 1895. Memoria sobre el IV Congreso internacional de ciencias geográficas, celebrado en Londres. En 4.º, 287 págs., con láminas y un mapa: 6 pesetas.
- Unión ibero-americana. Memoria de la marcha de la Sociedad durante el año 1896. En 4.º mayor, 21 págs.
- Valdivieso y Prieto (D. A.)—El paria. Poema social satírico. En 4.º, 160 págs., 2 pesetas.
- Vicente (C. de).—Termoquimia alimenticia; alimentación razonada del hombre sano y del enfermo. En 12.º, XVI-138 págs.: 2 pesetas.
- Vidal y Careta (F.)—Suelo, lenguaje y canto. Primera monografía. España y Portugal. En 4.º, 7 láminas y retrato; 86 págs.: 7,50.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El saludo de las brujas</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	5
<i>Propaganda regional en España</i> , por Pablo de Alzola.....	32
<i>De vuelta de Salamanca</i> , por Blanca de los Ríos de Sampérez.....	52
<i>Avila (iglesias románicas)</i> , por José Ramón Mélida.....	73
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	90
<i>La prensa internacional.—El empleo de la vida</i> , por Sir John Lubbock, traducido por el Dr. Luis Marco.....	102
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	168
<i>Notas bibliográficas</i> , por J. Arias de Velasco, A. Posada y P. Dorado	193
<i>Obras nuevas</i>	203

